

EL COLEGIO DE MEXICO
Centro de Estudios Internacionales

POSIBILIDADES DE ACCION POLITICA DE LA MINORIA
MEXICANO NORTEAMERICANA

Tesis, que para obtener el
grado de Licenciado en Re-
laciones Internacionales
presenta,
SYLVIA ADRIANA PINAL CALVILLO

México, D.F., agosto de 1983.

A mis 'Rucos'

A la memoria de Ma. Elena de Anda

AGRADECIMIENTOS

El trabajo que aquí se ofrece como tesis, es el producto de una preocupación inicial que se caracterizaba por ser notoriamente amorfa. Las críticas, consejos y orientación -- que recibí de Jorge Bustamante fueron los que me condujeron a efectuar los recortes necesarios que dieron como resultado un mayor grado de coherencia y rigor en mi trabajo. El agradecimiento que queda aquí por escrito es mínimo respecto del que personalmente le guardo. Quiero hacer explícito el enorme reconocimiento que tengo para los familiares del Dr. Bustamante quienes no se opusieron jamás a que yo lo consultara y discutiera con él el trabajo, durante días que, por lo regular, el común de los mortales dedica a compartir con su familia.

Agradezco igualmente al equipo de colaboradores del Dr. Bustamante, especialmente a Pily y Nora, las atenciones que para mí tuvieron y el que en más de una ocasión me ayudaran a salir de apuros.

Finalmente, un agradecimiento muy especial para Jorge Calles, quien compartió conmigo todas y cada una de las penalidades, prisas y satisfacciones que implicó la elaboración de este trabajo. Le agradezco muy en especial sus críticas y comentarios, principalmente en el aspecto teórico, su apoyo y sobre todo la enorme paciencia que tuvo para conmigo.

CONTENIDO

	página
INTRODUCCION	i
CAPITULO I: MARCO CONCEPTUAL	1
CAPITULO II: MARCO HISTORICO	51
CAPITULO III: CARACTERISTICAS DEMOGRAFICAS Y SOCIOECONOMICAS DE LA MINORIA MEXICANO NORTEAMERICANA	74
<u>Características demográficas</u>	75
<u>Características socioeconómicas</u>	87
CAPITULO IV: PARTICIPACION POLITICA	105
<u>Antecedentes organizacionales</u>	110
<u>Participación sindical</u>	114
<u>Movimiento Chicano</u>	120
<u>Participación dentro de los partidos políticos tradicionales</u>	128
<u>Participación electoral</u>	131
<u>Participación en puestos de gobierno</u>	139
Puestos de elección	139
Participación en la burocracia	141
CONSIDERACIONES FINALES	146
BIBLIOGRAFIA	154

INTRODUCCION

En los Estados Unidos, la década de los sesentas se distinguió por todo tipo de manifestaciones de protesta por parte de los diferentes grupos sociales que constituyen la sociedad norteamericana. De todos ellos resaltan de manera particular los movimientos de carácter étnico. Por primera vez - en la historia de los Estados Unidos, la voz de las minorías étnicas norteamericanas se dejó escuchar para exigir la satisfacción de ciertas demandas encaminadas a conseguir mayor equidad con respecto al resto de la población norteamericana. El movimiento pro-derechos civiles, iniciado por la comunidad negra, rápidamente fue seguido por otros grupos entre los que se distinguen los grupos indígenas norteamericanos y los mexicanos norteamericanos. Algunos otros grupos llevaron a cabo esfuerzos organizacionales con el fin de luchar por conseguir igualdad de derechos y oportunidades en el seno de la sociedad norteamericana.

Los movimientos reivindicativos de las minorías étnicas norteamericanas tuvieron un alto alcance y difusión que tuvo como una de sus más importantes consecuencias una gran actividad legislativa en contra de las comunes prácticas discriminatorias.

La lección que arrojaron todos estos movimientos realiza

dos por minorías étnicas fue el reconocimiento de que estos grupos tienen potencialidad para generar organizaciones y que con ellas pueden alcanzar ciertas metas políticas que de otra forma no podrían conseguirse.

Como consecuencia de los movimientos étnicos se dio una vuelta a la búsqueda de raíces de los miembros de estas minorías. Los negros se volvieron hacia Africa, los indígenas norteamericanos se volvieron a buscar sus raíces prehispanicas y los mexicano norteamericanos recuperaron su tradición mexicana.

Este movimiento y la particularidad de la política exterior mexicana respecto de los Estados Unidos en ese momento, dio pie para pensar que se abría la "oportunidad estructural" para México que radicaba en "el potencial de negociación derivable del apoyo del sector de la población de ascendencia mexicana en los Estados Unidos" [Bustamante 1976]. Las relaciones que existían entre otras minorías norteamericanas y sus países de origen hicieron pensar en la posibilidad de constituir un lobby mexicano norteamericano en los Estados Unidos a manera del generado por el grupo judío en favor de los intereses de Israel.

Una de las razones por las cuales se planteaba la posibilidad de esta alianza, era que a finales de los sesentas, los mexicano norteamericanos aparecían como la segunda minoría nacional en los Estados Unidos. Se trataba además del gru

po poblacional con mayor crecimiento demográfico en el país y su concentración en el área del suroeste enfatizaba su importancia regional.

La posibilidad de una alianza de este tipo dependía, naturalmente, de la posibilidad de establecer una comunidad de intereses entre ambas partes. La historia nos muestra que esto muy pocas veces se ha logrado; sin embargo, en algunas ocasiones ha sido posible establecer cierto tipo de cooperación. El caso más claro ha sido la participación de ciertos grupos mexicano norteamericanos en materia de indocumentados. No obstante, es preciso señalar que se trata de una posición que no ha sido igual siempre, y que, además, no ha involucrado a una mayoría de los grupos mexicano norteamericanos organizados.

Además de esto, existían otras muchas limitantes para la posibilidad de crear la alianza deseada entre el gobierno mexicano y los grupos de mexicano norteamericanos. Entre ellas podemos mencionar, en primer lugar, que se trata de grupos que si bien son de origen mexicano, son esencialmente ciudadanos norteamericanos y en su calidad de tales, el gobierno mexicano no tiene que ser cuidadoso de no ser visto por su vecino del norte como un gobierno hostil que trata de intervenir en asuntos de política interna norteamericana. En segundo lugar, se puede mencionar que la concurrencia de intereses entre mexicano norteamericanos y el gobierno mexicano no parece haberse dado en muchas ocasiones. Otro punto importante podría ser que para los grupos mexicano norteamericanos podría resultar

mucho más conveniente recurrir a los propios mecanismos del sistema político norteamericano antes que acercarse a un gobierno con el que nunca se ha tenido relación alguna.

El trabajo de tesis que aquí presentamos pretendió, inicialmente, investigar acerca de las posibilidades de este tipo de alianzas. Nuestro interés se hallaba alimentado por la discusión que se generó alrededor de la conveniencia de tal alianza y de las posibilidades de establecer comunidad de intereses con estos grupos. Sin embargo, una primera aproximación al problema nos hizo ver que antes que nada, había que precisar cuál era la posibilidad de la comunidad mexicano - norteamericana de influir en el sistema político norteamericano. El gobierno mexicano se plantearía la posibilidad de establecer alianza con estos grupos, sólo en caso de que fueran fuertemente influyentes y de que, por tanto, estuvieran en posibilidades de convertirse en un lobby poderoso que determinara la toma de decisiones favorables a él. Así pues, decidimos entonces, ocuparnos de la capacidad de estos grupos para afectar las tendencias políticas en su país, en las cuales ellos son sujetos de primera importancia.

Una vez resuelto este problema, resulta posible, entonces, ocuparse del problema de las posibilidades que existen de que estos grupos defiendan eficientemente los puntos de vista que benefician los intereses de México.

A lo largo del trabajo, se pretende mostrar de qué manera la formación histórica de la minoría mexicano norteamericana, así como las particularidades exclusivas de esta mino

rfa, han dado como resultado un grupo con poca experiencia organizativa y con poca tradición participativa. La flata de homogeneidad entre esta minoría y el proceso de eterna incorporación de nuevos miembros debido a la constante migración de mexicanos ha entorpecido la formación de una cohesión social al interior de este grupo étnico. Nuestro trabajo deja ver que estas circunstancias son las que han limitado la posibilidad de la comunidad mexicano norteamericana de convertir se en un actor social que genere un movimiento importante que acarree la superación de su situación actual. Porque, si bien es cierto que las organizaciones mexicano norteamericanas han conseguido algunos cambios importantes, esto no es sino un proceso lento e irregular. Si bien es cierto que durante finales de los sesentas y principios de los setentas alcanzaron gran organizatividad, también lo es que la mayoría de esas organizaciones tendieron a desmantelarse con el tiempo. La voz de los mexicano norteamericanos logró ser escuchada y ganaron muchas de las batallas que se propusieron, pero también ocurrió que con el tiempo perdieron algunos de los logros alcanzados (tal es el caso del retiro del apoyo federal para la educación bilingüe). A nuestro entender, los mexicano norteamericanos se encuentran aún en un proceso de maduración política. Tienen cierto potencial de acción política que les da su número, crecimiento y concentración, pero les falta experiencia y tradición participativa. Sus posibilidades aumentarán en la medida en que logren superar estas limitaciones.

El trabajo que se presenta se halla dividido en cuatro

partes. En la primera de ellas presentamos algunos elementos conceptuales útiles en el tratamiento de la minoría que nos ocupa, así como los instrumentos necesarios para entender su acción social. La segunda parte está constituida por una breve revisión del proceso histórico que dio origen a esta comunidad étnica. Partimos del supuesto de que únicamente con la ayuda de un análisis histórico es posible llegar a explicar la formación de la minoría mexicano norteamericana como se encuentra en nuestros días.

La tercera parte del trabajo consiste en una evaluación del lugar que la minoría mexicano norteamericana ocupa en el todo de la economía norteamericana. En los Estados Unidos, como en cualquier sociedad moderna, existe una alta correlación entre poder económico y poder político. Sin duda, el papel que ocupe un grupo en la economía norteamericana se refleja de manera casi exacta en el peso político que éste alcance. Este capítulo se ocupa también del comportamiento demográfico que esta minoría ha tenido, dado que su acelerado crecimiento poblacional le ha valido el ser considerada poseedora de un importante potencial político. En un sistema político como el norteamericano, donde la política se dirige de manera muy importante hacia los votantes, crecimiento demográfico significa, casi necesariamente, crecimiento de electores. Por esta razón, su crecimiento ha sido considerado el arma potencial más importante que tienen los mexicanos norteamericanos para influir en la política norteamericana.

La última parte ha sido dedicada al análisis de la parti

participación política que la minoría mexicana norteamericana ha manifestado en los Estados Unidos. Nos interesó ver primeramente su participación en organizaciones propiamente mexicanas norteamericanas, sus alcances y limitaciones, así como la durabilidad de su movilización organizativa. Un segundo aspecto que nos interesó fue ver su participación en los canales tradicionales de participación política norteamericanos. Esto es, en partidos políticos. Después viene la participación de mexicanos norteamericanos en puestos de gobierno ya sea por elección como por nombramiento. Nos ocupamos también de lo que ha sido su comportamiento electoral durante los últimos años. Finalmente intentamos llegar a algunas conclusiones derivadas del material que presentamos a todo lo largo del trabajo.

CAPITULO I

MARCO CONCEPTUAL

Resulta sumamente difícil imaginar, hoy en día, la existencia de estados nacionales en donde no se encuentren establecidos grupos minoritarios de población, cuyos rasgos culturales, lingüísticos, raciales, etc., los diferencien de -- las características de la generalidad de la población.

Los Estados Unidos no son la excepción en lo que hace a su conformación pluriétnica y, al igual que cualquier nación compuesta por un enorme complejo de grupos, la uniformidad cultural es imposible. Todo lo contrario, la historia de la formación de los Estados Unidos como nación está íntimamente ligada a un sinnúmero de oleadas migratorias de diversos orígenes. Gran parte de esas minorías étnicas no han podido ser asimiladas por la cultura que se desprende de la forma de ser 'típica' o relativamente representativa que se ha logrado con formar en este país.

Parsons [1981] señala que la completa asimilación encaminada a la desaparición de identidades étnicas y solidaridades no ha tenido lugar en los Estados Unidos. "Todo lo contrario, la asimilación completa, que implique la virtual desaparición de la identificación étnica y la absorción dentro de la categoría más simple norteamericana ha ocurrido muy po

co" [Parsons 1981: 64].

El pluralismo cultural es un principio que ha sido defendido enardecidamente en los Estados Unidos por la retórica de la igualdad de oportunidades propia de un país que se ha autoproclamado cuna de la libertad y de la democracia. Lo cierto es que la igualdad ha sido una de las principales fuentes de legitimación del sistema político norteamericano. Ahora bien, el pluralismo cultural, al pasar por alto la desigualdad económica y la existencia de prejuicios raciales, -- "tiene como corolario natural, inequidad y estratificación" [Young 1976: 18]. La razón de esto es que una unidad política siempre va a ser dirigida por un grupo cultural distinto y políticamente privilegiado.

Es, en este contexto de pluralismo étnico y cultural en el que se ubica, en este trabajo de tesis, la problemática de la comunidad mexicano norteamericana que en los Estados Unidos constituye la segunda minoría étnica en importancia.

Se entiende por minoría étnica un grupo de personas distintas de otras de la misma sociedad por su raza, nacionalidad, religión o lengua que se considera y es considerado como grupo diferenciado; por lo regular las minorías carecen de poder en términos relativos y son sometidas a algunas exclusiones, discriminaciones y otras diferencias de trato.

En los Estados Unidos, según lo establece la Constitución, todos los ciudadanos poseen la nacionalidad norteamericana. No existe ninguna ley que regule la situación política de ningún grupo de ciudadanos en razón de su nacionalidad de

origen o de la de sus antepasados. De acuerdo con esto, podría parecer que las dificultades que pesan sobre los grupos minoritarios no pueden ser explicados en razón de su origen nacional. Sin embargo, esto no es tan cierto. Baste observar que hay cierto tipo de minorías en ese país a las que ni se les ha permitido ni les ha sido posible incorporarse plenamente a la corriente de la vida norteamericana y disfrutar de iguales oportunidades que la mayoría de los ciudadanos. - Tal es el caso de las minorías latinoamericanas -dentro de las que queda comprendida la mexicana norteamericana- que, al contrario de las minorías europeas que fueron asimiladas con el tiempo, han continuado siendo objeto de prejuicios y de discriminación por parte de la mayoría de sus conciudadanos. Esta es la razón por la cual se han seguido conservando como 'minorías'.

Un punto de suma importancia a determinar es el papel - que desempeña el Estado en la creación, mantenimiento o cambio en la estructura social que mantiene a un grupo étnico - en situación de subordinación y desigualdad dentro de la sociedad.

El concepto de Estado ha sido objeto de innumerables - definiciones, encontradas, muchas de ellas. Hasta nuestros días, la más conocida y aceptada es la que da Max Weber en - la que el Estado es aquella institución en la sociedad que se reserva para sí el monopolio del uso de la fuerza física en un territorio dado [Gertts y Mills eds. 1946: 78]. Los representantes de la teoría marxista han agregado un elemento

funcional a esta definición. El Estado es visto como una institución que existe históricamente con el fin de asegurar la dominación de una clase sobre las otras clases [Barrera 1979: 157]. La violencia es un elemento, desde luego necesario para esta dominación, pero de ninguna manera es el único elemento.

Existen algunas respuestas a la interrogante que se refiere al papel desempeñado por el Estado en sociedades modernas, en particular con respecto a los conflictos de intereses entre los distintos grupos de la sociedad.

La llamada teoría pluralista constituye una aproximación muy común a este problema. Se trata de una teoría ampliamente difundida entre los científicos sociales norteamericanos entre cuyos mejores representantes se encuentran Dahl, Lowi, Burns y Pealtasen. Esta teoría establece el concepto de sociedad pluralista como aplicable a los Estados Unidos. Esto implica sostener el punto de vista que dice que no existen claras divisiones de clase en esta sociedad. De acuerdo a este enfoque, el sistema político es concebido como una arena en la cual los diversos grupos de la sociedad llevan a cabo un proceso de competencia y negociación sin que ningún grupo establezca una clara preponderancia de poder. El control del Estado se encuentra disperso entre los diversos grupos a la vez que éstos se vigilan unos a otros. El Estado viene a ser básicamente una institución neutral que registra el resultado del proceso de competencia política, y las decisiones políticas emanadas de este proceso reflejan los compromi-

sos de las coaliciones que se han formado entre los diversos grupos en torno a cada aspecto político. Esta teoría asume que ningún grupo domina a los demás y que todos los grupos - significativos en la sociedad son capaces de afectar el proceso de toma de decisiones políticas, de alguna manera, mediante su organización y mediante el seguimiento de las reglas del juego político existente. De este razonamiento se pueden desprender conclusiones como la de Dahl: "si un grupo es inactivo, ya sea por elección propia, violencia, intimidación, o por ley, el sistema norteamericano normal no lo provee necesariamente con un punto de inspección dentro del proceso" [Dahl 1956: 138]. Un punto de vista que considere la actuación del Estado como neutral en un mundo de negociación política entre una diversidad de grupos, todos ellos con --- igualdad de circunstancias, es insostenible. Ignora de tajo el problema central de la desigualdad de oportunidades entre los diversos grupos que actúan en el mundo real.

Una segunda aproximación teórica que trata el papel del Estado en la subordinación de una minoría, es la teoría de las élites de poder. Esta teoría se encuentra muy asociada al nombre de C. Wright Mills. El concibe a los Estados Unidos como esencialmente una sociedad de masas en la cual los poderosos intereses de los grupos ejercen un papel importante, pero los que en cambio responden muy poco a la voluntad pública. La tesis más importante de Mills [1956] es que la sociedad norteamericana se ha visto crecientemente dominada por las cabezas de las tres jerarquías burocráticas más altas:

las corporaciones, la rama ejecutiva del gobierno y el ejército. Mills visualiza estas tres jerarquías como al menos parcialmente autónomas, pero también estrechamente encadenadas a la élite del sector de las corporaciones ya que es considerado el más importante. Mills difiere claramente de la teoría pluralista en su visión del Estado, pero también difiere de las teorías marxistas en tanto que no incorpora un análisis de clase. Las clases, para Mills, son simplemente agrupaciones. La implicación de un análisis de este tipo es que las corporaciones son capaces de asegurar regularmente sus intereses mediante el control extensivo del Estado. Desde este punto de vista, ningún otro sector 'privado' de la sociedad es capaz de igualar el poder de las corporaciones y por lo tanto no hay quien pueda fungir como contrabalance. Domhoff ha provisto este enfoque con una variación interesante que otorga importancia central a una clase social alta, la que controla los diversos componentes de la élite de poder, primordialmente mediante la colocación de algunos de sus miembros en posiciones claves, pero también mediante la formación de asociaciones de alto nivel de planeación política y de la manipulación de la opinión pública [citado en Barrera 1979: 159].

La teoría marxista desarrolla también instrumentos conceptuales en relación al papel del Estado. La visión marxista de la sociedad norteamericana difiere de manera fundamental de las teorías pluralistas de las de las élites de poder en que su interés se centra en el análisis de clase. El con

cepto de clase es definido mediante la relación que se tenga con respecto a los medios y procesos de producción. El concepto marxista de clase es diametralmente opuesto al prevaleciente en las ciencias sociales norteamericanas en que las clases son definidas como meros estratos sociales, en relación al nivel de ingreso, de educación, e incluso autopercepción. Las ventajas que ofrece la definición marxista son -- que ésta forma parte de una amplia teoría del cambio social histórico, basado en el conflicto de clases, en tanto que el concepto de estrato es simplemente descriptivo de una categoría. Además, el concepto marxista realiza un mejor trabajo de agrupación de acuerdo a los intereses de un sector determinado de la población [Barrera 1979: 160].

Entre los analistas políticos marxistas se ha dado cierto consenso en torno a la idea de que el Estado en una sociedad capitalista sirve a los intereses de los capitalistas como clase. Existen, sin embargo, ciertas diferencias de matiz al respecto. En una primera instancia existe desacuerdo sobre el grado en el que el Estado es directamente controlado por la clase capitalista. Algunos marxistas, en el pasado, han concebido al Estado como un instrumento directamente en manos de la clase capitalista, manipulado por ésta a voluntad para la consecución de sus intereses. Una visión más reciente, como podría ser la de Poulantzas, sostiene la relativa autonomía del Estado. Esto no significa que el Estado deje de servir a los intereses de los capitalistas, sino que no es controlado de manera directa por ellos [Barrera 1979:

160]. Barrera menciona como una limitación de la teoría marxista el hecho de no haber sido muy específica respecto de los distintos conflictos de interés que se hacen posibles en las sociedades capitalistas o el no haber especificado de mejor manera los posibles resultados. Alan Wolfe ha hecho un esfuerzo en este sentido. Este autor presenta la existencia de distintas situaciones de conflictos de interés. La más importante de ellas viene a ser aquella en que se da conflicto entre un grupo privilegiado y otro grupo que reta estos privilegios. Wolfe argumenta que, en general, el Estado tiende a apoyar al grupo privilegiado a menos de que el hacerlo ponga en peligro la estabilidad del sistema [Wolfe 1973: 30]

En aquellas situaciones en que el Estado interviene en contra de un grupo de la clase dominante, puede ser establecido como un principio general que aquella intervención será el resultado de presiones populares que son demasiado fuertes para ser ignoradas, que aquella intervención será tan simbólica como sea posible, y que las sanciones implicadas pueden incluso ser beneficiosas para aquellos intereses con el transcurso del tiempo [Wolfe 1973: 30].

En relación a la situación en que la historia ha relegado a los mexicanos norteamericanos, el papel del Estado en este fenómeno ha sido determinante. La inserción de los mexicanos norteamericanos en la sociedad estadounidense encuentra su origen en la guerra de conquista de 1848. Esta conquista fue patrocinada para beneficiar los intereses de las clases dominantes de la sociedad norteamericana y fue legitimada bajo el aspecto de una respuesta al ataque mexicano y en términos del Destino Manifiesto [Barrera 1979: 165]. La segunda forma de ejercicio del poder del Estado norteamericano en de

trimento de la población de origen mexicano se dió mediante las expropiaciones de tierras que se llevaron a cabo a diestra y siniestra durante el siglo XIX y a lo largo de principios del XX, tanto en forma legal como ilegalmente [Barrera 1979: 166].

Otro aspecto en el que ha participado el Estado norteamericano que ha sido de enorme relevancia para la población de origen mexicano, ha sido su intervención en la regulación de la fuerza de trabajo migratoria. Es decir, su control sobre el flujo migratorio y con él, el control de las reservas de fuerza de trabajo. En materia migratoria, el Estado norteamericano ha actuado siempre para satisfacer las necesidades de los productores necesitados de mano de obra barata. - En el suroeste, se ha regulado siempre el flujo de fuerza de trabajo de acuerdo a los intereses de las empresas agrícolas. El control de la fuerza de trabajo requerida por los productores norteamericanos se ha ejercido, en ocasiones, por participación directa en el asunto como bien ilustra la operación del tratado de braceros. En otras condiciones, la participación del Estado se ha limitado a la inacción como se ha manifestado al no impedir el paso de trabajadores indocumentados en tiempos en que estos han sido requeridos por la agricultura del suroeste norteamericano [Barrera 1979: 167-168].

Gran cantidad de estudios han sido realizados tratando de encontrar explicación a la precaria situación en que se en

cuentran algunas minorías étnicas norteamericanas, así como tratando de encontrar razones para la deficiente asimilación a la vida social de los Estados Unidos. Mario Barrera [1979] distingue tres principales corrientes explicativas de este fenómeno para el caso de los mexicano norteamericanos.

La primera de estas corrientes es la que agrupa las llamadas teorías de las deficiencias. Estas teorías sostienen que las minorías raciales son pobres y carecen de poder por la deficiencia natural del grupo mismo. Entre estas se encuentran como las más importantes la teoría de las diferencias biológicas, la de las deficiencias basadas en la estructura social y la de las deficiencias culturales [Barrera 1979: 174-179]. Las teorías racistas clásicas son claro ejemplo de la primera de estas corrientes explicativas. Estas teorías han sostenido que los grupos de no blancos se caracterizan por deficiencias biológicas tales como inferioridad de inteligencia. Como ejemplos más modernos de esta corriente se cuentan las modernas teorías que culpan a la familia y la cultura de la marginación. Este tipo de teorías, lejos de una explicación válida, lo que hacen es legitimar mitos y prejuicios. Son reflejo de las ideologías que en ciencias sociales han servido históricamente para justificar la relación inequitativa que ha existido entre europeos y pueblos del Tercer Mundo [Barrera 1979: 181]. Más aún, estas teorías tienen la característica de que "culpan a la víctima".

La segunda corriente explicativa que se puede distinguir es la que agrupa a las que se han dado en llamar teorías del

prejuicio. Teorías como la de Gunnar Myrdal [1944] culpan a la existencia de prejuicios entre la sociedad mayoritaria hacia las minorías de la discriminación padecida por éstas dí timas. La discriminación mantiene a las minorías subordinadas y a partir de aquí se crea un círculo vicioso en el cual la conciencia de la subordinación padecida durante varias generaciones refuerza al estereotipo de una minoría inferior - que ha creado ella misma la situación en que se encuentra. Barrera menciona como ejemplo de esta teoría la condenación del "racismo blanco" sostenida por la comisión Kerner en -- 1968 en la publicación del Report of the National Advisory - Commission on Civil Disorders. El enfoque de la teoría del prejuicio más que incorrecto se antoja incompleto. Por lo - general, estas teorías parten del prejuicio racial como causa de la discriminación, pero se ocupan poco de investigar - sobre sus orígenes. La mayoría de ellas carecen de una perspectiva histórica.

El tercer tipo de teorías que explican la inequidad entre los distintos grupos étnicos de los Estados Unidos es la llamada teoría estructural de la discriminación. Esta teoría encuentra la fuente de la falta de oportunidades de una minoría en la estructura social de la sociedad como un todo. "La 'estructura' en este caso se refiere a los patrones de interacción humana en la sociedad" [Barrera 1979: 184]. Las es-- estructuras pueden ser tanto formales, en cuyo caso son consideradas instituciones, como informales como puede ser la estructura de clase. Estructura, por lo tanto, es un concepto

mucho más amplio que el de institución. Las teorías estructurales, al igual que las teorías del prejuicio, enfocan el prejuicio y la discriminación como problemas centrales; sin embargo, difieren de aquellas en que no ubican las actitudes individuales de prejuicio como la fuente última de la discriminación. La discriminación para esta última teoría puede existir, independientemente de la existencia de prejuicios individuales, desde el momento en que se trata de patrones sociales inherentes a la sociedad [Barrera 1979: 184]. El concepto de 'racismo institucional' tan común en tiempos recientes, es consistente con el énfasis de este enfoque. De todas estas corrientes teóricas, la explicación estructural parece ser la más acabada y la más aceptable para explicar el fenómeno de la desigualdad racial.

En el caso de los mexicano norteamericanos, la teoría del colonialismo interno, rama de la teoría estructural, ha sido muy socorrida para explicar la situación a que han sido relegados. Durante la década de los sesentas, numerosos factores se combinaron para popularizar la idea de que las relaciones raciales en los Estados Unidos podrían ser descritos como un tipo de "colonialismo interno". Se consideraba a los movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo como movimientos de origen multiracial y étnico. Por lo tanto, los movimientos llevados a cabo por las minorías raciales en los Estados Unidos podrían ser considerados producto de una situación similar. La guerra de Vietnam repercutió en la percepción de los Estados Unidos de buena parte de los activis-

tas políticas del momento. El argumento era que "si los Estados Unidos eran un poder imperial en el exterior, resultaba aún mucho más fácil pensar que en el ámbito doméstico - eran una potencia igualmente imperial con sus colonias internas tercermundistas" [Barrera 1979: 189].

En un principio, la noción de colonialismo interno fungió más que como un concepto teórico como una bandera de agitación política en el marco de los movimientos étnicos propios de los años sesentas en los Estados Unidos. Sin embargo, más adelante fue incorporado como concepto teórico para la investigación en ciencias sociales. Con Robert Blauner, en 1969, el concepto recibió por primera vez tratamiento sistemático. Blauner lo convirtió en el medio para criticar numerosos escritos académicos que trataban las minorías raciales norteamericanas dentro del mismo marco que las minorías étnicas de inmigrantes europeos. De acuerdo a esta tradición, los negros vendrían a ser la última ola de inmigrantes que llegaron a los centros urbanos de los Estados Unidos. La única diferencia era que llegaron del sur de los Estados Unidos y no de Europa. Se asumía que los negros, chicanos, y otras minorías raciales cabrían dentro del mismo patrón de asimilación y movilidad social que había sido establecido para tratar a los grupos étnicos blancos. Blauner argumentaba que - las experiencias de grupos procedentes del Tercer Mundo y -- aquellas de los grupos de inmigrantes blancos eran, y continuarían siendo, significativamente diferentes. Los grupos - tercermundistas, según insistía Blauner, habían sido sujetos,

en mucha mayor medida que los grupos de inmigrantes europeos, a un sistema de discriminación que estaba estructuralmente - enraizado en la sociedad [Blauner 1972: 95-104].

El concepto de 'colonialismo' ha sido objeto de un sinnúmero de acepciones, la más común ha sido la que lo relaciona con el proceso de expansión europea iniciado en el siglo XV hacia el Nuevo Mundo. La definición que Barrera presenta como más completa es la que da Omvedt [1973: 2]:

Colonialismo es la relación estructural de dominación y subordinación, en donde los grupos dominantes y subordinados se definen de acuerdo a criterios étnicos y/o raciales, y donde la relación se establece y es mantenida para servir a los intereses de todo o parte del grupo dominante [en Barrera 1979: 193].

La noción de colonialismo interno ha recibido también - diferentes acepciones, sin embargo, la que aquí nos interesa entiende al colonialismo interno como una variedad del colonialismo en la que comparte con el colonialismo clásico sus características esenciales como son subordinación étnica/racial y el servir a ciertos intereses, aún cuando no exista clara distinción geográfica entre metrópolis y colonia [Barrera 1979: 195]. La definición que Barrera da de colonialismo interno resulta ser la forma más clara de enunciar este término:

colonialismo interno es una forma de colonialismo en la cual las poblaciones dominante y subordinada se encuentran entremezcladas, de manera que no hay distinción geográfica en que la 'metrópolis' se encuentre separada de la 'colonia' [Barrera 1979: 194].

El concepto de colonialismo interno puede ser utilizado también para designar una situación en que una región del --

país se encuentra en una relación de dominio y explotación - con respecto a otra región del mismo país, independientemente de la etnicidad.

El motor del modelo del colonialismo interno, aplicado a la teoría de la desigualdad racial, es provisto por el concepto de interés, mismo que Blauner enfatiza mediante el contraste con las teorías del prejuicio. Los intereses aquí -- son aquellos que originalmente dieron lugar al colonialismo europeo, del cual el colonialismo interno es parte, así como los intereses de los grupos privilegiados contemporáneos [Blauner 1972: 21-22, 52-53' 58-60]. El sistema de la discriminación estructural que forma la esencia de la relación colonial existe, primero que nada, en el plano económico pero se extiende al ámbito de las instituciones políticas, al sistema educacional y a todas las formas de las estructuras sociales [Barrera 1979: 197]. Por otra parte, el prejuicio es visto por Blauner como producto de las ideologías raciales que fueron desarrolladas para justificar la discriminación - estructural [Blauner 1972: 21]. La aparición de las ideologías raciales se explica en gran medida "porque fueron útiles para justificar el colonialismo clásico y las relaciones de colonialismo neocolonial e interno que se derivaron de él" [Barrera 1979: 200].

El modelo del colonialismo interno presenta una serie - de ventajas sobre las otras teorías antes mencionadas. En - primer lugar, presenta un amplio espectro en que se estable- - cen relaciones causales en las que la naturaleza del prejui-

cio racial se ve iluminado, trascendiendo a las teorías del prejuicio e incorporándole a estas un marco más amplio. Con respecto a las teorías de las deficiencias, la teoría del colonialismo interno resulta, con mucho, más acertada desde un punto de vista histórico y es, además, mucho más explicativa de la desigualdad racial. La teoría del colonialismo interno tiene, sin embargo, una seria limitación que es claramente establecida por la autocrítica de Blauner:

Carece de una concepción de la sociedad norteamericana como una estructura total detrás del significado que yo atribuyo al racismo. Por lo tanto mi perspectiva tiende a sufrir de un carácter fragmentado de los acercamientos a las relaciones de raza norteamericanas que acabo de criticar. [...] no existe exposición sistemática de la estructura capitalista y su dinámica; la opresión racial y el conflicto racial no están ligados satisfactoriamente a las relaciones económicas dominantes ni a la distribución prevalectante de poder político en los Estados Unidos [Blauner 1972: 13].

La teoría marxista clásica -según apunta Mario Barrera- poco se ha ocupado de tratar el racismo y la desigualdad racial [1979: 206]. La razón, como es natural es que se hace énfasis en las divisiones de la sociedad en términos de clase y las divisiones raciales y étnicas son consideradas irrelevantes. Existe, sin embargo, dentro de la escuela marxista norteamericana, un esfuerzo realizado en este sentido. Gente como Eugene Genovese consideran que existe una conexión histórica importante entre la situación de subordinación de los negros y el desarrollo del capitalismo norteamericano, especialmente durante el siglo XIX [Barrera 1979: 207]. Baran y Sweezy, por su parte, consideran que los miembros de la clase dirigente ven como parte de su interés la eliminación

de la desigualdad racial; sin embargo, persisten aún algunos factores que entorpecen esta eliminación. El primero de ---ellos -según apunta Barrera- es un número de intereses privados, incluyendo empleadores que se benefician de divisiones entre los trabajadores, caseros propietarios de los guettos, negocios marginales que necesitan de trabajo barato para subsistir, y trabajadores blancos, quienes están protegidos de la competencia de los negros en materia de empleo. - El segundo elemento es el prejuicio racial, el que tiene un origen histórico pero se ve reforzado en el mundo de hoy en día por la necesidad de los blancos de tener un grupo subordinado sobre el cual puedan recaer todas las frustraciones y hostilidades generadas por una sociedad de clase. El tercer elemento es la disminución de la necesidad económica por mano de obra no calificada y semicalificada. Sin embargo, Baran y Sweezy argumentan que la posición de los grandes capitalistas, quienes constituyen la clase dirigente, es que cualquier beneficio que se derive de la subordinación racial tiende a exacerbar el potencial revolucionario de los negros -y las demás minorías importantes- dentro del contexto de una campaña anti-imperialista de dimensiones mundiales [en Barre ra 1979: 208]. En conclusión puede decirse que casi todos - los autores marxistas que han tratado el tema de la desigualdad racial convergen en la idea de que "la clase capitalista contemporánea se beneficia sustancialmente de la existencia de grupos raciales subordinados" [Barrera 1979: 208].

La contribución más valiosa del marxismo a la discusión

de raza no radica tanto en el análisis de racismo como en la aportación de una manera de entender el contexto económico y social en el cual el racismo opera. Además del análisis general de clase, el marxismo de los últimos tiempos incorpora dos instrumentos sumamente útiles: los conceptos de segmentación del mercado de trabajo y el de fracciones de clase. El concepto de segmentación del mercado de trabajo corresponde perfectamente con la idea del mercado de trabajo dual [Barrera 1979: 209]. La aplicación de estos conceptos al caso de los mexicanos norteamericanos es descrita por Barrera en los siguientes términos:

los chicanos han sido incorporados a la economía política de los Estados Unidos como segmentos de clase subordinados, e históricamente han sido encontrados ocupando una posición estructural semejante a todos los niveles de clase. En tanto que he enfatizado en la definición de la relación respecto del sistema de producción, la posición de clase de una persona es típicamente manifestada en todas las instituciones de la sociedad (ej. el sistema educativo, el sistema político) [Barrera 1979: 212].

La teoría del colonialismo interno, en un principio, no tenía implicaciones de un análisis de clase. Sin embargo, al hacer un análisis concienzudo de la inserción de los mexicanos norteamericanos en el desarrollo económico capitalista de los Estados Unidos, Barrera descubre que para una correcta comprensión de la situación en que se encuentra este grupo, es indispensable incorporar al análisis un enfoque de clase. Este deberá estar elaborado con base en un conocimiento amplio del desarrollo histórico tanto de la economía capitalista norteamericana, como el papel desempeñado por la minoría en él. Este autor elabora una síntesis del enfoque del

colonialismo interno con un análisis del fenómeno de la segmentación de clase. El resultado será lo que él mismo llama "un nuevo enfoque ampliado de la teoría estructural". Según la explicación que da Barrera, el examen cuidadoso de la historia revela que los trabajadores 'anglo'^{*} han reaccionado al sistema de trabajo segmentado racialmente por los empleadores, precisamente para deprimir los niveles salariales, los esfuerzos organizativos y la unidad de los trabajadores como un todo. Esto ha ocurrido a un grado tal que los empleadores han tenido éxito en sus esfuerzos, los trabajadores 'anglo' han visualizado como sus enemigos a los trabajadores minoritarios manipulados y no a los manipuladores. Este mal entendido en esencia es un tipo de falsa conciencia que ha sido reforzada por las ideologías raciales desarrolladas para mantener al sistema y por la cegazón general de las relaciones de clase creadas por la hegemonía de la ideología capitalista. El impulso de los trabajadores 'anglo' ha sido de excluir a los trabajadores minoritarios de la economía con vistas a solidificar sus propias posiciones [Barrera 1979: 213].

Este enfoque sostiene que los mexicanos norteamericanos son miembros de todas las clases sociales en los Estados Unidos, pero forman un segmento subordinado dentro de cada clase [Barrera 1979: 214]. En todas las clases sufren de discriminación institucionalizada, aún cuando toma diferentes formas en cada una de esas clases. Sin embargo, los distintos

* el término 'anglo' es usado para designar a la población mayoritaria norteamericana. En general corresponde con el WASP: White Anglo Saxon Protestant.

segmentos subordinados que constituyen la población mexicana norteamericana tienen algunos intereses en común, "sus intereses coloniales y ciertos intereses en oposición, sus intereses de clase" [Barrera 1979: 216].

Los diferentes segmentos de los mexicanos norteamericanos también constituyen una colonia interna en el sentido de que comparten una cultura común, al menos en parte, y esto puede estar reflejado en un interés compartido en algunos asuntos tales como los programas bilingües-biculturales de educación. Los mexicanos norteamericanos también constituyen una colonia con cierta coherencia dentro de las líneas de clase en el sentido de que son susceptibles de estar en contacto entre sí [Barrera 1979: 216].

El concepto de cultura se refiere por lo general al conjunto de técnicas de que se provee un pueblo para mejor enfrentarse y adaptarse a su medio ambiente social y físico. A este respecto, los mexicanos norteamericanos han desarrollado algunas respuestas culturales especiales hacia su estatus minoritario de la misma forma que ocurre entre los miembros de otros grupos minoritarios [Peñalosa 1971: 115].

La cultura característica de la minoría norteamericana de origen mexicano es una entidad cultural completamente sui géneris que ni es mexicana ni es norteamericana. Entidad cultural en la cual el elemento de origen mexicano se ha visto reforzado por un flujo constante y significativo de inmigrantes, muchos de los cuales se han quedado en el suroeste de los Estados Unidos, durante las últimas décadas. De este fe

nómeno ha resultado, naturalmente, un cierto tipo de fusión cultural. La única forma de evitar el error tan generalizado de considerar a los mexicano norteamericanos como mexicanos enclavados en los Estados Unidos, es tomar en cuenta los diversos elementos que han pasado a ser constituyentes de -- una cultura nueva, particular y muy suya. El producto es al go distinto a las partes que le dieron origen.

Peñalosa distingue cuatro elementos principales que mez clados han dado como resultado la propiamente dicha cultura mexicano norteamericana. El primero de ellos es la 'cultura tradicional mexicana'. El segundo es la 'cultura mayoritaria norteamericana'. El tercero es la 'influencia de clase'. Es te punto tiene que ver con el hecho de que además de ser de origen mexicano, la mayoría de los mexicano norteamericanos se encuentran en condiciones de pobreza y comparten la cultu ra de la pobreza típica norteamericana con otros norteamericanos igualmente pobres. Por último, Peñalosa menciona el - 'estatus minoritario de los mexicano norteamericanos' como el cuarto elemento que constituye esta cultura. Esto significa que se comportan como minoría por la sencilla razón de -- que lo son [Peñalosa 1971: 116].

El caso de la población de origen mexicano en los Estados Unidos corresponde en mucho con las características generales de todas las minorías. Sin embargo, difiere de las de más por su particular formación histórica, por habitar en un territorio tradicionalmente considerado como propio, por la persistencia con que ha conservado su lenguaje, así como al-

gunas tradiciones y pautas culturales [López y Rivas 1971: 102].

De acuerdo a lo que escribe McWilliams, el elemento mexicano constituye una peculiar nacionalidad en los Estados Unidos:

diferente de la mayoría de las minorías europeas en norteamérica, los mexicanos han estado arraigados -en una región particular- durante un gran período. Uno de los factores importantes en el 'problema' - siempre fue su relación y su sentimiento para con la región en que se hallaban concentrados. Como lo ha señalado la doctora Carolyn Zeleny, son más parecidos a la minoría típica en Europa que a la típica -minoría europea en Estados Unidos. Los mexicanos - fueron anexados por conquista, junto con el territorio que ocupaban y, en efecto, su autonomía cultural fue garantizada por un tratado [McWilliams 1972: 250].

Los elementos históricos y geográficos constituyen, sin duda, las características primordiales que los diferencian - del resto de las minorías norteamericanas. Históricamente, el suroeste fue parte de México. Geográficamente, el suroeste es uno con las porciones del norte de México. Indudablemente, la situación tan peculiar de la población de origen - mexicano en los Estados Unidos está determinada, en gran medida, por la situación fronteriza entre México y los Estados Unidos. La doctora Moore señala que "en contraste, el negro no puede retornar a su 'tierra'; su único hogar está en los Estados Unidos; los inmigrantes de Europa y Asia están muy lejos de su 'tierra', pero los mexicanos norteamericanos viven aún a pocas horas en automóvil de México" [Moore 1972: 252].

Carey McWilliams hace énfasis en el hecho de que la minoría mexicana norteamericana ha sido capaz de preservar sus - características culturales principales por un largo período

de tiempo debido a la existencia de una cultura intermedia - que separa, pero a la vez une la cultura 'anglo' y la cultura 'tradicional mexicana' [McWilliams 1972: 252]. El mismo autor atribuye a este grupo la función de amortiguador en el proceso de asimilación de los mexicanos inmigrantes [McWilliams 1972: 252]. A pesar de las marcadas diferencias entre estos dos grupos, los 'anglonorteamericanos' los consideran uno solo: 'mexicano'.

Si bien es cierto que algunos de los miembros de este grupo intermedio han pasado completamente al mundo anglonorteamericano, también es cierto que la mayoría ni ha podido hacerlo, ni siempre lo ha deseado. La discriminación constante, que se volvió más aguda con la llegada de los inmigrantes, complicó su existencia y endureció su resistencia a la absorción. De hecho, los 'anglonorteamericanos' les han hecho imposible disociarse como grupo de los inmigrantes. De esta manera, los mexicano norteamericanos se han mantenido como una perenne primera generación de inmigrantes y han padecido indefinidamente la discriminación que ha recaído sobre las primeras generaciones de todas las minorías que han llegado a los Estados Unidos.

El tema que nos interesa en este trabajo tiene que ver con la participación política de la minoría mexicano norteamericana. Por las razones expuestas anteriormente, el grueso de la población de origen mexicano en los Estados Unidos se encuentra concentrado en los niveles más bajos de la escala social y por lo tanto su participación política tiende a ob

decer muchas de las pautas de comportamiento político propias de los grupos sometidos al bajo estatus. La evidencia ha de mostrado que, casi por regla general, la participación política tiende a ser menor entre los estratos más bajos de la so ciedad [Ambrecht 1976: 22].

El hecho de que los individuos de las clases bajas hayan tendido a tener una menor probabilidad de participación en política ha sido ampliamente documentado por numerosos estudios en los Estados Unidos [ver los datos presentados por Al mond y Verba 1965]. Es notorio que las clases bajas, han ten dido a estar más subrepresentadas en los Estados Unidos que en el resto de las 'democracias occidentales'.

Muy importante es mencionar que la ausencia de credibilidad en la eficacia de la acción propia por parte de los in dividuos de las clases bajas está relacionada íntimamente a la propensión a la pasividad política. "Las personas que se sienten más eficaces en la resolución de sus problemas y retos cotidianos tienden a participar más en política" [Milbrath 1965: 59].

La participación política entre los sectores más bajos de la escala social norteamericana ha sido visualizado desde diferentes puntos de vista. Aquellos que defienden el siste ma político norteamericano como pluralista y que tienden a definir la democracia de acuerdo a la experiencia anglo-ame ricana "han visto en el incremento del nivel de la participación de las clases más bajas como un potencial reto a la estabilidad del sistema" [Ambrecht 1976: 12].

Bajo esta perspectiva, la falta de participación política de un sector entero de la sociedad no es visto como un problema. Todo lo contrario, la apatía es considerada como 'funcional' para la estabilidad del sistema. La raíz de una visión de las cosas de esta naturaleza se remonta a la concepción de democracia que se tiene. A este respecto cabe mencionar lo que dijera Dahl:

Debemos concluir que las suposiciones clásicas acerca de la necesidad que tienen los ciudadanos de participar políticamente en la democracia eran, en última instancia, inadecuadas [...]. De cualquier manera, lo que llamamos democracia -es decir, un sistema de toma de decisiones en el cual los líderes más o menos son responsables ante las preferencias de los no-líderes- parecería operar dentro de un relativamente bajo nivel de participación ciudadana. De aquí que resulte inadecuado decir que una de las condiciones necesarias para la democracia sea una extensa participación ciudadana [Dahl 1956 b: 87].

Existen otras versiones del mismo punto que se muestran un tanto escépticas aunque por distintas razones. Gentes como Parenti concluyen que los miembros de las clases bajas

carecen del 'poder de intercambio' necesario para negociar en la arena política: esto es, carecen de recursos 'comerciables' que puedan crear los tipos de inducciones necesarias para que los líderes políticos se interesaran en resolver sus peticiones. Carentes de dinero, estatus y expertos, el único recurso que los pobres pueden tener -número en forma de votos- es aún ineficaz [...]. A diferencia de los indigentes en muchos otros países, los pobres en los Estados Unidos son una minoría y por lo tanto cuando se les moviliza para participación electoral únicamente pueden tener un impacto limitado. El poder de los números puede ser empleado cuando sea contrabalanceado eficientemente por la mayoría que se identifica con el 'tener' y en contra del 'no tener' [Parenti 1970: 528].

Es un hecho que la discusión sobre participación política de los grupos marginados en los Estados Unidos ha tendido

a concentrarse consistentemente en la participación a nivel electoral, es decir, a partir de la conducta electoral, elecciones y partidos políticos [ver Milbrath 1965]. Sin embargo, de alguna manera, en tiempos más recientes también se ha abordado el tema, aunque en menor medida, desde un punto de vista organizacional

El involucramiento organizacional puede representar un camino alternativo de participación política para los grupos socialmente en desventaja -los campesinos rurales [sic], los obreros industriales, los negros marginados- pueden convertirse políticamente activos a través de su involucramiento organizacional a pesar de que por otro lado pueden carecer del estatus y recursos para una participación política [Nie, Powell y Prewitt 1969: 819].

La participación organizacional, por lo general, tiene fines muy concretos derivados de los intereses específicos de la organización de que se trate. Sin embargo, según menciona Ambrecht, lo más importante de la participación a nivel organizacional vendrían a ser las repercusiones que esta participación tuviera en el cambio de patrones de comportamiento participativo de un grupo subordinado. En el caso -- concreto de una minoría étnica en desventaja como lo son los mexicanos norteamericanos, lo importante radicaría en ver en qué medida la participación organizacional podría redundar en un incremento en su grado de participación a otros niveles. A este respecto, Ambrecht señala que

la participación en los 'niveles bajos' de decisión (niveles que afectan el propio trabajo de los individuos en contraste con las decisiones que afectan a la empresa como un todo, o decisiones de 'alto nivel') viene a fomentar en cierto sentido la auto-competencia, lo que a su vez tiende a 1) verter otros efectos manifestados como un deseo de partici-

par en los altos niveles de toma de decisiones y 2) verter también como una propensión a participar en las esferas política y social del exterior del contexto organizacional [Ambrecht 1976: 31].

A pesar de que el argumento de Ambrecht se antoja convincente, no se debe ignorar el peligro que otros autores han señalado con referencia al reflejo, a otros niveles, de la participación organizacional. Autores como Goldrich cuestionan acerca de la durabilidad del involucramiento participativo - organizacional. Sugiere que el involucramiento organizacional puede resultar en una participación esporádica y no en -- propensiones duraderas de participación a largo plazo [Ambrecht 1976: 30].

En el caso específico de la acción política llevada a cabo por un grupo étnico, existen varias teorías que han tratado de explicarla. Estas teorías, por lo general, se refieren a lo que es conocido como acción étnica colectiva. El concepto de acción colectiva en este contexto se refiere a la "actividad concertada por un grupo de individuos en su lucha por obtener una mayor participación del bien público. Como tal se da en varias formas (votaciones, haciendo lobbismo, acciones o demostraciones violentas, etc.). Ocurre sobre diferentes bases (de clase, grupos étnicos o sexos); y es orientada hacia la consecución de una variada gama de fines (recursos materiales, nuevas leyes o nuevas posiciones)" [Hechter Friedman y Appelbaum 1982: 412].

Las características del bien público a cuya participación estas minorías avocarán su acción colectiva son presen-

tadas por Hechter, Friedman y Appelbaum, de la siguiente manera:

los bienes públicos difieren de los privados en tres aspectos. El primero es que son indivisibles: cualquier unidad dada del bien público es accesible a to dos y cada uno de los miembros del público relevante. El segundo es que son no excluíbles: una vez - concedidos, ningún miembro puede ser impedido del disfrute del bien público. En tercer término no im plican rivalidad: el consumo de una unidad del bien no afecta la habilidad de otros individuos para consumirlo [Hechter, Friedman y Appelbaum 1982: 416-417]

La teoría estructural de la acción étnica colectiva es la que ha influido los trabajos de investigación elaborados en los últimos tiempos en materia de acción política por parte de los grupos étnicos. De acuerdo a este enfoque, la dinámica de la acción colectiva funciona de la siguiente manera:

cuando los miembros de un grupo étnico ocupan posiciones distintivas en las estructuras de clase u ocupacionales, o en el mercado de trabajo (particularmente si se trata de posiciones desventajosas), y cuando toman conciencia de su situación común, se rá sólo una cuestión de tiempo para que una acción colectiva tome lugar [Hechter, Friedman y Appelbaum 1982: 413].

Existe, sin embargo, desacuerdo sobre la clase específica de estratificación que se antoja necesaria para promover una acción colectiva. El debate principal se da entre quienes sostienen que el concepto idóneo es el de mercado de trabajo segmentado o dividido [Bonacich 1972, 1979] y quienes defienden el de la división cultural del trabajo [Hechter 1978]. A pesar de esta y muchas otras diferencias entre los teóricos estructuralistas, la mayoría de ellos concuerdan en la idea de que "entre más tiene un grupo que ganar mediante

una acción colectiva, mayor será el incentivo que lo lleve a tomar una estrategia colectiva, y con ello, mayor será la probabilidad de que se siga una acción colectiva" [Hechter, Friedman y Appelbaum 1982: 413].

La teoría estructuralista dedica un esfuerzo enorme a tratar de descubrir las causas de la estratificación étnica. Se considera que, sin duda alguna, la causa principal emana de los arreglos institucionales que regulan y constriñen la actividad económica, política y social en todas las sociedades; sus mejores ejemplos serían los derechos de propiedad y los derechos civiles. Es indudable que el esfuerzo hecho por la teoría estructuralista para explicar las causas de la estratificación étnica ha sido muy exitoso; sin embargo, la experiencia parece desmentir su supuesto que liga automáticamente la estratificación con la acción colectiva

Si la acción colectiva es meramente el resultado del diferencial en la estratificación, habría muchos más registros históricos que lo revelaran [...]. Para estar seguros, muchos grupos étnicos distintamente estratificados votan en bloques y tienen coaliciones de lobbismo efectivas. Más aún, existe una inmensa variación en los niveles de movilización de grupos étnicos a lo largo del tiempo y del espacio. En algunas sociedades donde la severa opresión étnica debería producir un fuerte interés colectivo en el cambio político, de acuerdo a la teoría estructural, hay una muy baja incidencia de acción colectiva de carácter étnico [Hechter, Friedman y Appelbaum 1982: 414].

Como teoría alternativa a la teoría estructural surgió muy recientemente una teoría llamada de la 'elección racional' sobre la acción étnica colectiva. Este nuevo enfoque critica a la teoría estructuralista diciendo que ésta ignora el meollo central de la acción colectiva: "cualquier acto que persi

que bienes colectivos es hecho por individuos. Por esta razón cualquier teoría de la acción colectiva debe considerar el nivel de la dinámica individual. Las condiciones que afectan al promedio de las decisiones individuales acerca de la participación en una estrategia colectiva serán decisivas en la determinación de la probabilidad de la acción étnica colectiva" [Hechter, Friedman y Appelbaum 1982: 415]. Bajo ciertas condiciones, el individuo racional no estará dispuesto a participar en una acción étnica colectiva a pesar de que desee los beneficios colectivos que ésta esté diseñada para obtener; sin embargo, bajo otras condiciones estaría dispuesto a participar. "La teoría de la 'elección racional' se basa en el supuesto de que los individuos tienen metas, deseos, gustos o necesidades. En vista de que las metas no pueden ser igualmente alcanzadas debido a la escasez, los individuos escogerán, entonces, entre cursos alternativos de acción cómo podrían maximizar esos deseos y necesidades" [Hechter, -- Friedman y Appelbaum 1982: 415-416]. La predicción sobre la que se basa la teoría de la 'elección racional' es que el individuo sólo se enrola en una acción colectiva cuando espera que los beneficios de su participación excedan a los costos. En palabras de Hechter, Friedman y Appelbaum:

Aquí, su mayor predicción es que los individuos participarán en una acción colectiva únicamente cuando el beneficio privado (más que el público) exceda el costo privado de hacerlo. Esta es la razón por qué una teoría de la acción étnica colectiva debe preocuparse por la acción de los individuos en nombre del bien público más que por su situación de grupos [Hechter, Friedman y Appelbaum 1982: 418].

Esto pretende no sólo predecir las probabilidades de --

que se dé una acción colectiva, sino también las formas que tenderá a asumir. Las formas de acción colectiva que impongan costos personales bajos sobre los individuos participantes ocurrirán más frecuentemente que aquéllos en que se imponga un costo muy elevado. Así se explicaría por qué la votación étnica y el lobbismo (que impone bajos costos) son mucho más socorridos que las guerras de guerrillas con bases étnicas.

De acuerdo a esta formulación teórica, la posición de un grupo étnico en el sistema de estratificación social no tiene repercusiones ni en la decisión de un miembro a participar, ni en la propensión del grupo de participar en acción colectiva. "Individuos en grupos étnicos extremadamente explotados no son ni más ni menos propensos a participar en acción colectiva de lo que son los grupos privilegiados" [Hechter, Friedman y Appelbaum 1982: 420]. Los mismos autores reconocen, sin embargo, que el papel de la estratificación social no es irrelevante para la acción colectiva. Simplemente lo consideran indirecto. Consideran que opera principalmente a través de sus efectos sobre la solidaridad de grupos y organización.

En la medida que los miembros de un grupo étnico -- son dependientes de uno o un pequeño número de organizaciones afiliadas (como son las asociaciones étnicas de varias clases) por beneficios que no pueden obtener en algún otro lado, son propensos a tener una elevada solidaridad y tener el potencial necesario para enlistarse en acción colectiva [Hechter, Friedman y Appelbaum 1982: 421].

Esta situación es muy frecuente entre grupos raciales y étnicos que ocupan posiciones distintivas en el sistema de -

estratificación.

La teoría de la 'elección racional' se caracteriza por tener expectativas muy ambiciosas pero alcances limitados. *
La premisa básica de la que parte, que considera los intereses individuales como determinantes de toda acción colectiva, nos resulta inaceptable. El colectivo es distinto de la suma de sus partes y una lógica individual no nos puede explicar una lógica colectiva. Por otra parte, esta teoría presupone que las decisiones en política son racionales y que es posible hacer un perfecto análisis de costo-beneficio antes de iniciar una acción colectiva. Error imperdonable, ya que este tipo de contabilidad no existe en política.

De las principales teorías que han abordado el problema de la acción colectiva de los grupos subordinados, en los países industrializados, la que se antoja más convincente es la teoría de la acción social, cuyo mejor expositor ha sido Alain Touraine.

En el caso que nos ocupa, en particular, la teoría de la acción social nos permite un mejor entendimiento de la participación política que ha seguido la minoría mexicana norteamericana por las circunstancias que en seguida mencionamos.

La situación de los mexicano norteamericanos, en términos de interés, es sumamente compleja y no es de sorprender que sus patrones de participación política sean un tanto inconstantes. El grupo presenta, entre otras cosas, segmenta

ción y divisiones de diversos tipos [Barrera 1979: 216]. Si se contempla la panorámica general del transcurso de actividades políticas desarrolladas por el sector mexicano norteamericano de la sociedad estadounidense, se puede observar en primer término que "LA ACTUACION POLITICA DEL GRUPO CHICANO TIENE SU RAIZ O SE ORIGINA EN 'PROBLEMAS SOCIALES', y en virtud de tal origen dicha actuación ES DISCONTINUA EN EL SENTIDO MAS ESTRICTO DEL TERMINO" [Rodríguez 1981: 5]. Entre las características de la acción política de este grupo, Rodríguez incorpora el hecho de ser una acción "esencialmente bidimensional". Entiende por esto una acción en que "a través del tiempo los grupos y organismos políticamente activos han empleado de manera básica -si no exclusiva-, dos tipos de tácticas institucionales y extrainstitucionales" [Rodríguez 1981: 5]. Las 'institucionales' engloban aquellos medios de lucha reconocidos en forma oficial, o 'legales', como son la participación en campañas electorales y en las diversas votaciones. Las tácticas 'extrainstitucionales' incluyen los actos de "autodefensa 'ilegales' cual son el boicot, las manifestaciones ofensivas, y las agrupaciones cuasiviolentas" [Rodríguez 1981: 5].

Una correcta ubicación del estudio de la actividad política mexicana norteamericana obliga a no limitar el análisis del nivel de la política como tal sino a enmarcarlo también como movimiento social dentro de la estructura social global en la que viven. La literatura existente sobre movimientos sociales, como la de casi cualquier otro tema, alberga una -

gran cantidad de puntos de vista encontrados. Sin embargo, la mayoría de los autores sobre el tema han coincidido en -- cuanto al origen, la finalidad, la evolución y los efectos -- de un movimiento. A este respecto Rodríguez elabora una tipificación general de un movimiento social sobre los puntos en que se presenta homogeneidad de opinión.

- a) Los movimientos sociales nacen de las contradicciones básicas en los sistemas de poder y opresión;
- b) Por ser dinámicos los movimientos sociales pasan a través de varias etapas de desarrollo; es decir, tienen un historial compuesto de discontinuidades - en las formas de acción y de organización;
- c) La meta primordial de todo movimiento es 'el cambio' que cure o tenga el malestar y sufrimiento de aquel(los) sector(es) de la sociedad que realiza(n) de manera conjunta acciones destinadas a alcanzar - dicho cambio;
- d) Los movimientos sociales tienden siempre a cambiar instituciones asociadas pero no centrales a la estructura de clase, por lo cual se enfocan especialmente en las condiciones laborales, en las medidas de bienestar y beneficencia, en la protección al -- ciudadano, en la distribución de ingresos, etc. [Rodríguez 1981: 7].

La definición clásica de movimiento social entiende por tal "exigencias socialmente compartidas de cambio en algún - aspecto del orden social [...que...] no son la suma inadvertida de muchos cambios sino una acusación explícita y consciente contra todo o parte del orden social, y una petición consciente de cambio" [Gusfield: 269].

Si bien es cierto que un movimiento social es producto del descontento, "no hay una relación directa y sencilla entre penalidades sufridas por un grupo y el desarrollo de movimientos en favor del cambio" [Rodríguez 1981: 8]. Antes - bien, de acuerdo a Gusfield "la investigación ha demostrado

que la actuación absoluta de un grupo no es tan decisiva en cuanto a crear y dirigir el descontento, como lo es la percepción de lo que es justo, posible y de esperar" [Gusfield: 270]. Friesbie, por su parte, señala que "aunque la frustración y el desencanto sean enormes y motiven la acción masiva, es menester que se tenga la confianza de poder lograr un cambio" [Friesbie 1973: 871].

Queda claro pues, que consideramos preferible tomar la participación política de la minoría mexicana norteamericana como un movimiento social dentro del marco de la teoría de la acción social.

A nuestro entender, Alain Touraine presenta la forma más acabada de esta corriente de pensamiento y su análisis nos resulta muy útil para emprender un estudio del comportamiento político de los grupos mexicanos norteamericanos. Una de las razones por las cuales parece ser importante es porque su postura teórica permite establecer análisis de movimientos que no tienen sus causas en situaciones meramente de clase. Touraine contempla la posibilidad de conflictos de intereses entre grupos cuyo elemento cohesivo es otro que su situación de clase. Además, hace esto posible despojándose de la idea -sostenida por los esquemas teóricos estructural-funcionalistas- de que el movimiento en un sistema social es producto de las orientaciones valorativas de los sujetos que en él actúan. Esto es claro en este pasaje:

Las relaciones de clases presentan dos aspectos, -

puesto que cada clase es opuesta a la otra, y, al mismo tiempo, se halla orientada hacia un sistema de acción histórica. Y eso descarta dos concepciones extremas y excesivamente simples: según la primera, el sistema de actividad histórica es un conjunto de valores, cuyo control se disputan unos grupos sociales opuestos; según la segunda, la sociedad sólo es el conjunto de los medios políticos e ideológicos que aseguran el mantenimiento y la reproducción de una dominación de clase definida por unos intereses privados o unos mecanismos económicos.

La primera obliga a suprimir la noción de clase y a considerar que existe un campo cultural definido con independencia de las relaciones existentes entre los actores sociales, campo que sólo es explicable, a su propio nivel, por el lugar que ocupa en una evolución de los valores, en una historia de la humanidad. Así como la sociología se ha visto atada de esquemas evolucionistas, que describen el tránsito de la comunidad a la sociedad, de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica [...]. Inversamente, si definimos la dominación social y las relaciones de clase en términos no sociales, es decir, sin la intervención de las orientaciones de la acción, nos vemos forzados a oponer el interés privado a unas necesidades fundamentales del hombre, a una naturaleza humana que se sustrae tan por completo del análisis sociológico como la existencia de Dios. Más aún, así queda prohibida toda comunicación entre el estudio de un sistema, definido sin la menor referencia a las conductas, y el estudio de las conductas definidas por referencia a esta naturaleza [Touraine 1978 a: 88-89].

Así pues, Touraine, recupera la idea de oposición de intereses como uno de los puntos fundamentales de las relaciones sociales y a las orientaciones de los actores (conductas) como otro de los aspectos que deben tenerse muy presentes a la hora de realizar el análisis sociológico. Su punto de vista es que, conservar en mente el esquema marxista puro, hace perder de vista las orientaciones valorativas de los sujetos sociales y su interés en apropiarse del sistema de acción histórico que organiza y sostiene a tales valores con el fin

de cambiar la dirección del proceso de desarrollo social.

El origen de su razonamiento procede de una de las ideas centrales de Touraine que argumenta que en las sociedades de hoy en día no está en juego el paso de un modo de producción a otro, sino más bien la transformación de un modo de desarrollo en otro [ver Touraine 1978]. Es decir, las sociedades actuales no se encuentran en una situación similar a las sociedades en las que se presentaron las primeras transformaciones hacia el modo de producción capitalista. En esas sociedades, opina nuestro autor, historia y sociología iban de la mano: los actores sociales eran las clases que por las transformaciones económicas que en esos momentos tenían lugar, irrumpían en el escenario social y luchaban por apropiarse el sistema de acción histórica, sustentados en una racionalidad economicista. Hoy, aunque con grados de desarrollo diferenciados, el modo de producción capitalista se encuentra plenamente presente en la gran mayoría de las sociedades. Ha alcanzado un desarrollo tal que en algunos países, como lo son los fuertemente industrializados, los enfrentamientos de los actores sociales no tienen ya por detrás únicamente móviles económicos. En estas sociedades, a las que Alain Touraine llama 'tecnocráticas' o 'programadas',

... las decisiones y los combates económicos no se ven ya en ella la autonomía y el carácter fundamental que tenían en un tipo de sociedades anterior, definido por su esfuerzo de acumulación y por la obtención de beneficios a partir del trabajo directamente productivo [...]. Los particularismos de la vida privada, de las sociedades locales, de los géneros de vida, se ven penetrados y destruidos por -

una consciente movilidad geográfica y social, por la difusión de publicidades y propagandas, y por una participación política más amplia que en otro tiempo [...]. El crecimiento es el resultado, más que de la acumulación de capital, solamente, de un conjunto de factores sociales [...]. El crecimiento económico está determinado por un proceso político más que por unos mecanismos económicos que se desarrollan casi por completo fuera de cualquier control social...[Touraine 1969: 6-9].

De esta manera, el análisis de las luchas sociales que tienen lugar en estas sociedades post-industriales, tienen que dejar de lado la perspectiva de la lucha de clases porque, en opinión de Touraine, limitan el estudio e impiden la aprehensión del movimiento en forma más completa.

Si en las sociedades actuales la clase obrera ya no es un actor histórico privilegiado simplemente porque el ejercicio del poder capitalista en el seno de la empresa ha dejado de ser el soporte principal del sistema capitalista y, por lo tanto, de los conflictos sociales, [Touraine 1969: 17-19] hay que tener presente, entonces, que son innumerables los grupos sociales que tienen la capacidad potencial de generar movimientos sociales y de oponer un sistema de valores al que sostiene la clase dirigente, o que es uno de los factores por medio de los cuales se mantiene el orden establecido. Viene entonces a quedar claro que la noción de movimiento social tiene mucha relevancia en el cuerpo teórico del autor.

Dice Alain Touraine:

En una sociedad cambiante, la categoría más abierta al cambio y más favorecida por éste es la que se alza más directamente contra la tecnocracia. Se trata de un levantamiento social y cultural más que económico, pues las luchas sociales, hoy como ayer, movilizan dos órdenes de reacciones complementarias por la parte popular. Por un lado, está el llama--

miento a las orientaciones mismas de la sociedad -- contra su apropiación privada por la clase dirigente; por otro, la resistencia de la experiencia personal y colectiva a unos cambios no controlados por la colectividad [Touraine 1969: 12-13].

La noción de movimiento social hace referencia al cambio de orientación del sistema de acción histórico que es resultado del conflicto de intereses (y no de la contradicción como nos lo sugeriría la teoría marxista, porque esta noción, considera nuestro autor, encierra una connotación de oposición en la esfera de lo económico). Y el conflicto está dado entre grupos sociales diversos y la tecnocracia (o clase dirigente) lo cual nos hace ver que la perspectiva toureniana pone énfasis en que el eje de la dinámica social lo es el sistema de valores y no exclusivamente la racionalidad de la ganancia y la explotación. Así pues, los movimientos sociales tienen por foco propiciador no sólo el sistema de producción en general, sino el sistema de dominación y de orientación valorativa (sistema de acción histórica). Los movimientos sociales nos dejan ver, claramente, que en las sociedades actuales están presentes luchas por el poder a todos los niveles, con el objetivo de generar transformaciones en las -- formas de vida y de trabajo y no en la estructura de producción en general.

...la dirección del crecimiento jamás ha estado a cargo de jugadores de ajedrez, sino de actores sociales particulares, que refuerzan los intereses y el poder no ya de una familia o de un capitalista privado, sino de un aparato; que imponen mediante todos los instrumentos de control social que tienen a su alcance, la participación dependiente de los miembros de la sociedad: no solamente el objetivo general del crecimiento, sino de un desarrollo diri

gido por los aparatos y las exigencias de su fuerza y de su poder. El desarrollo no aparece entonces como un conjunto de decisiones racionales y de arbitrajes, sino como lo que está en juego en las luchas sociales, dominadas por la oposición de la innovación tecnocrática y de la contestación basada a la vez en la crítica de los aparatos y en la defensa de la creatividad personal y colectiva, creatividad que no se reduce a su eficacia económica [Touraine 1969: 23-24].

Vemos, entonces, que las conductas colectivas que tienen lugar en las sociedades de nuestros días, no son acciones que tengan por sujetos a las clases sociales. Estas son cada día más difíciles de aislar y de definir. La sociedad post-industrial es el centro de luchas locales por poder y su finalidad es la transformación de la orientación que ciertos grupos (detentadores del poder) dan al sistema de valores de la sociedad. Al análisis de clase debe agregarse el estudio de los actores sociales que desempeñan un papel muy importante en la dinámica social. De esto se desprende una conclusión no menos importante: en la sociedad post-industrial, la lucha por el poder no puede ni debe ser vista como el producto del progreso, de la evolución, que avanza en un sentido ascendente y que implica, por tanto, que a una ideología o sistema de valores propio de una clase dirigente se le oponga otra más real y verdadera, superadora de las falsas creencias encerradas en el sistema anterior. Lo que cabe en los análisis de las luchas sociales actuales no es sino observar la oposición entre una ideología y otra, situadas ambas en el mismo nivel: no son sino maneras de percibir y de justificar, por parte de unos y de otros, la apropiación

ción del sistema de acción histórica. Estas luchas no son - sino la dialéctica de la utopía y la ideología, como ha dado en llamarle Alain Touraine [1978a : 85-88].

Touraine llama movimiento social "a la combinación de - un principio de identidad, un principio de oposición y un -- principio de totalidad y lo considero más profundamente como un actor de un sistema de acción histórica" [Touraine 1973: 361]. Entiende por principio de identidad la definición que de sí mismo da el actor. Esto significa que el actor esta-- blece quién es, cuáles son sus intereses, cuáles son los me dios con los cuales va a emprender la lucha por tales intere ses. Según Touraine, es el conflicto el que genera la consti-- tución y la organización del actor. De esta forma, queda claro que las condiciones en las que se desenvuelven los actores sociales van propiciando su aparición organizada. Y - una vez generada la posibilidad de la presencia de un actor social, éste surge por propia voz: se autonombra y determina qué es lo que persigue como ente organizado.

La definición de un principio de identidad acarrea la determinación de un adversario, aún cuando la práctica (o acción llevada a cabo por el actor social) no presuponga la necesaria identificación de aquél. El establecimiento de intereses, medios y capacidades implica que se luche en contra de algo establecido por alguien, a pesar de que en muchas ocasiones esto no sea explícito ni claro. El establecimiento - de este principio de oposición contribuye a que el actor con figure su conciencia. De esta forma, la conciencia, que es

la capacidad que tiene el actor de definirse a sí mismo como fuerza y como opositor de algo concreto, queda desprendida - de una posible relación con factores y situaciones estrictamente económicas. En las sociedades post-industriales los actores sociales no se ven afectados fundamentalmente por -- causas económicas, sino más bien por factores sociales. Se percibe, asimismo, que ni el actor, ni el adversario, protagonistas centrales del movimiento social, son clases estrictamente hablando. El actor social es un agente, una fuerza mucho más amplia que la clase social.

"El principio de totalidad no es otra cosa que el sistema de acción histórica en la que los adversarios, situados - dentro de la doble dialéctica de las clases sociales, se disputan la dominación" [Touraine 1973: 363]. Es decir, el principio de totalidad no es sino el marco dentro del cual los - actores sociales se disputan el control de la orientación -- del proceso de desarrollo. Con base en esto, se puede establecer una jerarquía de los movimientos sociales. Los menos importantes serán aquellos cuyo principio de totalidad sea - restringido en sus alcances. Esto puede suceder, por ejemplo, cuando en el seno de una empresa se generan movimientos por parte de los trabajadores que buscan transformar el proceso de la producción y las relaciones sociales que de él se desprenden. En este caso, el sistema de acción histórico en disputa es estrecho; es el sistema de normas y valores de la empresa. Por el contrario, los movimientos sociales de mayor relevancia serán aquellos cuya definición de un princi-

pio de totalidad implique poner en entredicho el sistema de dominación global de la sociedad.

La sociedad norteamericana es, sin duda, claro ejemplo de una sociedad post-industrial y como tal alberga un sinnúmero de conflictos de interés entre los distintos actores sociales que la conforman. Como es bien sabido por todos, los Estados Unidos han sido escenario de numerosos movimientos sociales que se han propagado durante las últimas décadas. Entre los más importantes de estos movimientos sociales se cuentan los movimientos de carácter étnico. Los movimientos étnicos aparecen como una respuesta, por parte de algunas minorías, que consideraban que se encontraban sometidas a una situación de discriminación injusta por naturaleza. Si bien es cierto que la mayoría de los miembros pertenecientes a estos grupos étnicos se encontraban concentrados en los renglones más bajos de la escala social norteamericana, no fue su bajo status el elemento que diera pie a su adherencia a un movimiento social tendiente a cambiar su situación dentro de los parámetros de la sociedad norteamericana. Ni siquiera se puede considerar que los móviles perseguidos por estos movimientos hayan tenido fines meramente materiales. El mejoramiento de las condiciones de vida de los miembros de las minorías étnicas discriminadas era una bandera de lucha importante, pero el fin último era sin duda combatir el aparato ideológico que justificaba la discriminación. Tenemos así, que se trata de movimientos sociales que como cualquiera de ellos pretende modificar el sistema de acción histó

claridad y fuerza que pueda alcanzar el movimiento social - que ese actor genere.

La minoría mexicano norteamericana, en lo concerniente al principio de identidad, se ha encontrado con algunos obstáculos. En términos generales, es bien sabido que la población de origen mexicano en los Estados Unidos se ha caracterizado por su alto grado de heterogeneidad. Existen entre sus miembros diferencias de todo tipo: las más importantes serían las diferencias regionales, algunas diferencias de -- clase, de organización, etc. No puede hablarse de que se - identifiquen claramente como un grupo sólido y cohesivo.

Entre los mexicano norteamericanos el problema de la - identidad cultural es un asunto que ha ocasionado innumerables discusiones. En el caso de cualquier comunidad la "identidad es un fenómeno individual subjetivo" [Young 1976:20].

En el caso de los mexicano norteamericanos, es imposible hablar de una identidad uniforme. Entre los miembros de esta minoría, la simple autodenominación es un fenómeno sumamente complicado. La autodenominación ha sido considerada - un buen indicador de la cohesividad social de un grupo. De acuerdo a lo que informa John García, "la variación en la denominación de grupo entre las personas de origen mexicano - puede ser vista como evidencia de diversidad cultural, o variaciones dentro de alguna clase de continuum asimilacional, o una opción denominativa fluida, dependiente del contexto - en el cual la identificación étnica ocurre" [García J. 1981: 97]. Es un hecho que la identificación de grupo tiene conno

taciones en cuanto a la existencia de una conciencia de experiencias ancestrales e históricas comunes, uso de lenguaje, interacción social, así como de otras preferencias y lealtad cultural. La autodenominación puede también desempeñar un papel importante en términos de la conciencia política, por ejemplo, en movimientos colectivos e involucramiento en procesos de cambio social, así como en la construcción de una ideología política y modos de participación política (García, J. 1981: 90). De acuerdo al estudio sobre autodenominación hecho por John García, la identidad étnica y las experiencias políticas de las personas de origen mexicano varían significativamente, particularmente de acuerdo al estado de residencia. Los términos más comunes utilizados para la autodenominación, según informa el mismo estudio, han sido: Mexican American, principalmente en Arizona y Texas; Other Spanish, en Nuevo México; Mexican en California; Mexicano en Texas; Chicano, principalmente en Colorado y Nuevo México (García J. -- 1981: 92). Puede considerarse que, por lo general, el término mexicano norteamericano es el de mayor preferencia para la autodenominación de los miembros de este grupo, y es también el término que tiene implicaciones de mayor neutralidad. Por estas razones es el término que nosotros decidimos adoptar en este trabajo. Mexicano norteamericano fue el término seleccionado por una muestra más diversa de individuos en el estudio hecho por García. El mismo autor concluye que "En consecuencia, identidad étnica existe, pero la cuestión sobre la relevancia y la intensidad es desconocida" (García J.

1981: 96].

En cuanto al principio de oposición, como veremos más adelante, tradicionalmente ha existido la conciencia entre los norteamericanos de origen mexicano de ser constantemente desplazados y subordinados por el blanco norteamericano. El término comúnmente utilizado para identificar al opositor ha sido el de 'anglo', que implica básicamente blanco de habla inglesa. Sin embargo, a pesar de que, en términos generales, los miembros de esta minoría han tenido identificada a su -- contraparte natural, en muchas ocasiones han caído en el juego tendido por las clases dominantes norteamericanas y han identificado como opositores a otras minorías igualmente en desventaja e incluso a miembros de la misma minoría. Claro ejemplo ha sido la oposición manifestada a la presencia de trabajadores indocumentados mexicanos, en épocas de depresión económica, que han sido acusados del desempleo prevaleciente en el mercado de trabajo norteamericano. Todo esto es para indicar que existe una enorme divergencia en la identificación de un enemigo común. Por tanto este difícilmente puede pasar a constituir un elemento de unidad para la acción colectiva. A todo esto, es relevante agregar la importancia del sistema educativo norteamericano como agente socializador de las nuevas generaciones de mexicano norteamericanos. Al asimilarse al sistema educativo norteamericano, los miembros pierden, en parte, la noción de pertenencia al grupo étnico, aceptan valores nuevos y tienen mayor dificultad para identificar al opositor del grupo al que pertenecen.

En lo referente al principio de totalidad, este ha varia
do en cada una de las acciones colectivas que han sido empren
didas por los mexicano norteamericanos. Las más exitosas no
han sido, por lo general de amplio espectro. Las manifesta-
ciones de acción colectiva más ambiciosas se presentaron a
finales de los años sesentas y principios de los setentas,
pero fueron de vida un tanto effmera, la mayoría de ellas. -
Sin embargo, sentaron el precedente de acción colectiva lle-
vada a cabo por un grupo étnico que cuestionaba el sistema
de dominación y el aparato valorativo norteamericanos.

El propósito de este trabajo radica en el análisis de -
las posibilidades de acción política que tiene la minoría me
xicano norteamericana vista como actor social. Antes de pa-
sar a ver lo que es propiamente la acción colectiva o las po
sibilidades que existen de que se de acción colectiva, es in
dispensable establecer la situación en que se encuentra nues
tro actor social, así como las características que les dis-
tingue y más importante aún, determinar las razones de que
la realidad para ellos se de en la forma en que lo hace. Pa
ra conseguir este objetivo, consideramos indispensable recu-
perar el proceso histórico que le dio origen a la minoría -
que nos ocupa.

En resumen, puede decirse que la población de origen -
mexicano en los Estados Unidos constituyen una minoría nacio
nal que, por las características de la estructura de la socie
dad en la que viven, históricamente han sido relegados a con
servar su estatus minoritario. Al igual que todas las mino-

rías étnicas destinadas a ocupar los estratos más bajos de la escala social norteamericana, la minoría mexicano norteamericana ha padecido una discriminación sistemática a todo lo largo de su historia. Muchas explicaciones han sido dadas para el fenómeno del racismo y la discriminación. La más acertada parece ser la teoría de la discriminación estructural y más concretamente la explicación del colonialismo interno. Este enfoque explica la existencia de prejuicios raciales como producto de las ideologías que justificaron la discriminación impuesta en el colonialismo clásico. Estas ideologías raciales han sido adaptadas a las necesidades de la época moderna, pero sus móviles continúan siendo los mismos. La discriminación estructural se instauró sobre todas las minorías en desventaja en los Estados Unidos. Más adelante, la discriminación se ha dejado sentir principalmente mediante un mercado de trabajo segmentado en el cual los miembros minoritarios de la sociedad padecen discriminación en todos los estratos sociales a los que pertenecen.

Por regla general, se dice que los miembros de las clases bajas de la sociedad tienden a involucrarse menos en actividades participativas. El grueso de la minoría mexicano norteamericana se encuentra concentrado en los estratos más bajos de la escala social y no ha sido la excepción en lo que a participación se refiere. A pesar de la poca tradición participativa, a partir de que inicia en los Estados Unidos el movimiento pro-derechos civiles para las minorías étnicas, los mexicano norteamericanos iniciaron un esfuerzo or

ganizacional tendiente a la creación de un movimiento social que coadyuvara a la satisfacción de sus peticiones como minoría nacional discriminada. Se acepta que se puede hablar de la existencia de un movimiento social cuando se da un grupo que funge como actor social cuyos miembros comparten los tres principios básicos de toda acción social: identidad, oposición y totalidad. Es decir que se puede hablar de movimiento social cuando un conjunto de individuos se unen considerándose se y siendo considerados por los demás como miembros de un mismo grupo, que se oponen a un mismo enemigo y persiguen un mismo fin. A lo largo de este trabajo se pretende dar un panorama, lo más completo posible, de estos tres principios aplicados a la acción colectiva llevada a cabo por los mexicano norteamericanos.

Consideramos que para conseguir este objetivo es necesario seguir los siguientes pasos. En un primer término resulta indispensable establecer las características de su formación histórica, misma que ha llevado a esta minoría a constituirse tal y como se le conoce en nuestros días. A partir de esto sería necesario un análisis de la inserción que tiene dentro de la sociedad norteamericana, principalmente en la economía estadounidense. El paso siguiente sería una revisión de lo que ha sido su participación política dentro de los diferentes niveles participacionales de los Estados Unidos. A partir de estos pasos, podría haber la posibilidad de establecer las posibilidades que tiene la minoría mexicana norteamericana de constituir un movimiento social de peso en los Estados Unidos.

CAPITULO II

MARCO HISTORICO

La revisión histórica de la formación de un grupo poblacional es un elemento esencial para la buena comprensión de la situación actual que éste vive. Un análisis histórico -- nos permite ver la persistencia de ciertos patrones de comportamiento así como los cambios ocurridos a través del tiempo. El análisis histórico tiene también la ventaja de que -- permite detectar lo que de en común ha existido entre los -- diferentes grupos minoritarios. De acuerdo con el análisis histórico que hace Barrera [1979], la manera en que se formó la minoría mexicana norteamericana la liga con la historia -- de otros pueblos del Tercer Mundo que han sido sujetos de ex -- periencia colonial de una u otra formas. En este caso, la -- expansión imperial de los Estados Unidos resultó en lo que -- se ha dado en llamar 'colonialismo interno'. Se trata de -- una situación que los mexicanos norteamericanos han compartido con otras minorías étnicas. Camarillo explica esta situación en los siguientes términos:

Los hechos que aquí presentamos demuestran que el estado socioeconómico y político subordinado de los mexicanos emanó del establecimiento de la sociedad dominante 'anglo' en el sur de California y el crecimiento correspondiente del sistema económico capitalista durante el siglo XIX [Camarillo 1979: 4].

La experiencia mexicano norteamericana se inicia con la anexión de los territorios del norte de México a los Estados Unidos. En tanto que el proceso inicial de conquista afectó solamente a ciertas áreas del suroeste en primer momento y - dejó muchas otras en una situación más o menos periférica, - la penetración económica que siguió durante el resto del siglo XIX, tuvo como resultado final la incorporación de todos los sectores al mismo orden de cosas. En la medida en que - los intereses de las clases dominantes norteamericanas se de- jaban sentir, las tierras que permanecían aún bajo control de mexicanos eran expropiadas, en algunos casos violentamente y en otros de manera gradual. Esto se hizo tanto bajo el auspicio de la ley, como fuera de ella. De acuerdo a Barrera, el papel desempeñado por el Estado norteamericano se de- jó sentir en su forma más clara en el terreno de la expropia- ción. Es aquí donde se puede observar de mejor manera en -- que forma el Estado norteamericano ha actuado en la crea- ción y perpetuación de un estatuto colonial para los mexica- no norteamericanos [ver Barrera 1979: capítulo 6].

La fragmentación de clase, concepto que Barrera toma -- prestado de la teoría marxista, aparece en el siglo XIX como parte del mismo proceso de expropiación, pero está más rela- cionado con la explotación del trabajo mexicano norteamerica- no. Este fenómeno es responsable, en gran medida, de la su- bordinación estructural en que se situó a los mexicano nor- teamericanos en aquella sociedad. Las filas de mexicano nor- teamericanos se vieron fuertemente reforzadas por la incesan-

te migración de nuevos mexicanos que cruzaron la frontera durante las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, la estructura de subordinación solamente sufrió cambios menores. Los cambios significativos aparecen a raíz de los importantes cambios ocurridos en la economía política de los Estados Unidos, en particular, de la creciente integración entre Estado y economía. El desarrollo de este hecho y otros más, iniciados durante la década de los treinta y cuarentas, han establecido una cadena de eventos que han resultado en modificaciones significativas en la posición de clase de los mexicano norteamericanos en las décadas más recientes. En tanto que más y más mexicano norteamericanos se han integrado, si no completamente, al menos sí de manera sustancial, al área de la estructura de clase, la línea de fragmentación de clase permanece siendo un factor determinante crucial en la realidad de todos los días de los mexicano norteamericanos --- [Barrera 1979: 219].

Numerosos autores nos dicen que la minoría mexicano norteamericana se ha generado tanto por conquista como por migración, de aquí que resulte indispensable hacer una revisión por breve que ésta sea, tanto de la suerte que la historia deparó a los colonos mexicanos de los territorios anexados, como del proceso que ha seguido el fenómeno migratorio que ha engrosado sus filas constantemente. Consideramos que -- únicamente teniendo presentes estos dos aspectos que han dado origen a la minoría que estudiamos, podremos aspirar a u-

na aproximación, si no más objetiva, sí más comprensiva de nuestro objeto de estudio.

La historia nos cuenta que al momento de la firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo, tratado en el cual México cedía más de la mitad de su territorio al dominio de los Estados Unidos, existían varios miles de personas de habla hispana habitando en el territorio cedido. McWilliams habla de aproximadamente 75 000 personas: "unos 7 500 en California, unos mil en Arizona; 60 000 en Nuevo México y quizá 5 000 en Texas. La gran mayoría de esta gente era mezcla de sangre española e india" [McWilliams 1971: 52]. La población mexicana en los Estados Unidos se formó a partir de este núcleo inicial y se reforzó por las migraciones.

Cabe señalar que cualquier cultura que venga a entorpecer la construcción de una cultura nacional, en cualquier sociedad, será hostilizada. En el caso de los Estados Unidos esto es más grave aún, en vista de que la diversidad cultural que les conforma haría imposible la consecución de este objetivo nacional primordial para cualquier país.

El primer periodo de contacto entre los mexicanos y los recién llegados 'anglos' produjo según nos cuenta Camarillo un legado de "mutuo antagonismo racial que caracterizaría -- las relaciones futuras entre los dos pueblos" [Camarillo 1979: 32]. La doctora Moore opina que la conquista norteamericana se impuso sobre una sociedad que era resultante de la antigua conquista española. Los prejuicios 'anglos' se superpusieron a los prejuicios españoles. "La aceptación, por par-

te de los anglos, de los prejuicios de la América Hispana ya existente, tuvo consecuencias muy importantes para los mexicanos norteamericanos" [Moore 1972: 16]. Carey McWilliams explica que a diferencia de los ingleses, los españoles no tenían clase media colonizadora. En términos generales diremos que cuando los 'anglos' llegaron, encontraron unos cuantos aristócratas y el resto de cuasi-esclavos analfabetas en condiciones similares a los indios. Esta situación predispuso a los anglonorteamericanos a formarse una opinión sumamente negativa de las clases humildes mexicanas que constituían las 9/10 partes de la población" [McWilliams 1972: 81].

De esta forma se gestó una forma de vida para la mayor parte de la población de origen mexicano en aquellas regiones. Una forma de vida en la que la discriminación y el empobrecimiento serían las directrices de aquellos destinos. Desde esos primeros años se inició una lucha por parte de esta minoría para defender los derechos que teóricamente les garantizaba el Tratado Guadalupe-Hidalgo. Este tratado aseguraba el derecho de los mexicanos que hubieran quedado en los territorios arrebatados a mantener su cultura, sus propiedades, su lengua y sus derechos políticos. Uno a uno, esos derechos fueron siendo violados y estas violaciones fueron causa de constantes reclamaciones internacionales. De hecho, la historia diplomática de las relaciones entre México y Estados Unidos del siglo XIX se encuentra plagada de reclamaciones mexicanas por violaciones a los derechos de sus nacionales legalmente protegidos por el tratado.

Poca importancia se ha dado a la resistencia que este pueblo presentó ante su situación de subordinación. Esto es debido, en gran parte, a que la historia de los fracasos difícilmente queda registrada, así como a la falta de organización política que ha manifestado esta minoría. Sin embargo, es posible hablar de ciertos hechos que demuestran inconformidad por parte de los mexicanos. En un principio,

animados por un espíritu de venganza, mineros y propietarios desplazados se levantan y organizan para la defensa de su pueblo. Surgen los llamados, desde el punto de vista anglo, 'bandidos mexicanos' -- [...]. Sin otro camino que la sujeción ignominiosa o la rebeldía, aquellos hombres representan la primera manifestación de protesta de un pueblo dominado. Juan Nepomuceno Cortinas, se mantuvo durante más de diez años en rebeldía... [López y Rivas 1971: 38].

La historia oficial norteamericana, como haría cualquier historia oficial, jamás habla de la amarga situación a que fué condenada la minoría mexicana en los territorios anexados, y si en algún momento la menciona siempre será para justificar la presencia norteamericana en aquellos territorios como necesaria y beneficiosa para todo el mundo. Se considera que los 'anglo' norteamericanos vinieron a rescatar del salvajismo a toda aquella región abandonada por México, sumida en el peor de los atrasos. Fué gracias a los norteamericanos que esa región logró desarrollarse; gracias a ellos llegó el progreso y la bonanza para todos. Nos parece que una visión de este tipo olvida, porque así lo quiere, mencionar los beneficios que estos mexicanos atrasados aportaron al recién llegado.

El destino de los mexicanos que permanecieron en los Estados Unidos después de la anexión no fue el mismo para todos. Aún cuando en este trabajo no profundizaremos en los detalles, es necesario, cuando menos, mencionar que la situación de esta población varía en forma muy significativa en y dentro de cada uno de los distintos estados de la Unión Americana. La suerte que corrieron los mexicanos en Nuevo México poco o nada tiene que ver con la que corrieron en Texas o en California. Lo único en común que tienen es que tarde o temprano en uno y en otro casos se vieron envueltos en una situación de minoría nacional en desventaja respecto del resto de los ciudadanos norteamericanos. En lugares como en Texas, desde un principio, se estableció el papel a que los mexicanos serían relegados. En cambio en Nuevo México, por sus características geográficas y más que ello topográficas, la penetración de 'anglos' fue muy lenta y así lento fue el proceso de anglicización de la región. El caso de California estuvo determinado por la presencia de la fiebre del oro de mediados del siglo XIX. Cuando esto ocurrió, llegaron con ella muchos invasores 'anglos' y se empezaron a apoderar de las tierras de los hispanos en California del norte. En el sur de California, estas tierras siguieron en manos de los mexicanos hasta la década de los 1860s. A partir de entonces una catástrofe climatológica arruinó a los propietarios y perdieron sus bienes. Ya para 1880 eran una sombra solamente [Moore 1972: 34-44].

En pocas palabras, podemos decir que ya para 1900, los

mexicanos habían cambiado notablemente de suerte. Según indica Camarillo, los mexicanos norteamericanos fueron incorporados al mercado de trabajo del nuevo sistema económico capitalista entre 1870 y 1890:

Para finales de los 1870 y principios de los 1880s, el dominio económico del capitalismo norteamericano, y el concomitante desplazamiento de trabajadores mexicanos de sus ocupaciones sentaron un proceso de empobrecimiento de la comunidad mexicana [...] para el principio de este siglo, estaban claramente atados a una estructura ocupacional que no sólo restringía sus oportunidades de superación, sino que perpetuaba su pobreza también [Camarillo 1979: 100].

Una excelente ilustración del destino que la suerte depararía para los mexicanos anexados la presenta Albert Camarillo en su estudio sobre Santa Bárbara.

Dentro del periodo de una década, los barbareños -- presenciaron la transformación de su pueblo de ser una comunidad mexicana a ser una comunidad anglo. Las catástrofes naturales de los 1860s destruyeron la ya débil economía pastoral y fueron los mexicanos quienes sufrieron las repercusiones [...]. El influjo del apogeo poblacional anglo de la década de los 1870s causó el desplazamiento de los políticos californianos tradicionales y sus seguidores -- mestizos; la derrota política vino en 1873. La pérdida de poder político vino acompañado por un paulatino desplome económico [...] para 1870 los barbareños estaban en el fondo de la jerarquía ocupacional de Santa Bárbara... [Camarillo 1979: 52].

En el mismo estudio, Camarillo indica que ya para 1873, los mexicanos en Santa Bárbara, constituían un "grupo étnico minoritario, crecientemente desposeído de su modo de vida -- tradicional por un elemento extraño que les había sido superpuesto" [Camarillo 1979: 52].

El desarrollo económico basado en la modernización -- ocurrido en el suroeste implicaba para los mexicanos cambios

significativos en el papel desempeñado en el todo del sistema productivo. Por un lado, la tecnología agrícola adoptada cambió la dotación de factores y las instituciones agrícolas predominantes hasta ese momento. Ocurrió también que el riego fue implementado en la zona y con él se hizo mucho más intensivo y caro el sembrar. La agricultura de riego es intensiva, altamente capitalizada y especializada y demanda mucha mano de obra. Sobra aclarar que los mexicanos no podían acceder a un tipo de producción con esas características. Tampoco podían competir con ella bajo sus métodos tradicionales de producción. La única opción que les quedó fue irse incorporando a la producción como mano de obra barata, vendiendo, desde luego, sus tierras de temporal ya que resultaban incompetitivas [Moore 1972: 45-47].

Es necesario hacer notar la importancia que para la población de origen mexicano tuvo la aparición del ferrocarril. A diferencia de lo ocurrido en otras regiones, en las que el ferrocarril apareció como reflejo de la bonanza económica de la región y sirvió para incrementarla, en el suroeste el -- ferrocarril apareció primero y la bonanza económica después. La modernización trajo para los mexicanos residentes allí -- cambios de suma trascendencia. Con el ferrocarril llegaron al suroeste miles de 'anglos' que opacaban en cantidad y en importancia a los mexicanos. Con ellos llegó el desplazamiento. Los mexicanos se fueron constituyendo poco a poco en el soporte de la nueva economía en lo que concierne a mano de obra barata. La mano de obra intensiva fue requerida por to

dos los pilares de la nueva forma de producción. Los ferrocarriles también la necesitaban. Gran parte de los mexicanos que llegaron a principios de este siglo trabajaron allí.

Debido a que casi toda la mano de obra requerida - por los ferrocarriles es temporal y a que muchos de los obreros que fueron empleados en este trabajo de cidióron permanecer en las poblaciones que surgían con el ferrocarril, el reclutamiento de nueva mano de obra fue continuo [...] desde el año de 1880, - los mexicanos han compuesto el 70 por ciento de las cuadrillas de sección y el 90 por ciento de los supernumerarios de las principales ferrovías del oeste que regularmente empleaban [en 1930], entre 35 000 y 50 000 obreros de tales categorías [Moore 1972: 47].

El desarrollo económico del suroeste norteamericano no se limitó a absorber la fuerza de trabajo de origen mexicano ya existente en la región. Conforme la economía crecía, hubo necesidad de proveerse de nuevas fuentes de mano de obra barata. El paso obligado a seguir fue fomentar la inmigración. En vista de que la migración es un factor que ha reforzado enormente a la minoría mexicano norteamericana, consideramos indispensable hacer una breve revisión de lo que ha sido el fenómeno migratorio de mexicanos.

La migración de mexicanos a los Estados Unidos ha afectado a la minoría mexicano norteamericana principalmente en dos formas. Por un lado, aumentó las filas de la población de origen mexicano ya que muchos mexicanos a pesar de soñar con regresar a México, hicieron de los Estados Unidos su hogar. Por otro lado, a pesar del rechazo a los inmigrantes - por parte de los mexicano norteamericanos, es un hecho que la inmigración fortaleció el sentimiento de mexicanidad de estos últimos. Es importante hacer notar que los efectos de

la inmigración no fueron del todo benéficos para la población de origen mexicano ya establecida en los Estados Unidos. Maciel y Bueno señalan tres razones principales para que esta población se viera afectada por el fenómeno migratorio:

- 1) los chicanos no pudieron absorber a los nuevos miembros sin sacrificar algo de su movilidad social.
- 2) las constantes oleadas de inmigración ocasionaron que los chicanos, como grupo, estuvieran siempre en condición de 'primera generación'. Es importante señalar lo anterior porque, a diferencia de otros grupos étnicos que inmigraron a los Estados Unidos, y en los que los problemas de adaptación los padeció la primera generación, pero desaparecieron paulatinamente con las posteriores, en el caso de los chicanos esto nunca ha sido posible y
- 3) los estereotipos y la discriminación en contra de los mexicanos aumentaron conforme su número se elevaba [Maciel y Bueno 1976: 8].

Las primeras migraciones masivas se remontan justamente a la época en que los territorios del suroeste fueron anexadas a los Estados Unidos. Las migraciones se sucedieron a todo lo largo del siglo en forma ininterrumpida y sobra aclarar que sin reglamentación alguna. Las necesidades de la economía norteamericana obligaron a importar mano de obra barata. Oleadas migratorias llegaron a territorio norteamericano, de Asia y de Europa principalmente. Con estos inmigrantes llegaron gran cantidad de problemas sociales que pronto hartaron al grueso de la población y hubo que reglamentar el ingreso de extranjeros al país de las oportunidades ilimitadas. Como consecuencia de ello, se implementó el sistema de cuotas a la inmigración. Se pretendía equilibrar la inmigración para evitar el crecimiento desproporcionado -

de minorías indeseables. En algunos casos se llegó a prohibir el ingreso de ciertas nacionalidades en su totalidad.

Al tiempo que esto ocurría, la economía norteamericana continuaba su rápido ritmo de crecimiento. Los estados fronterizos se caracterizaban por estar orientados hacia actividades económicas que requieren grandes inversiones de capital y grandes cantidades de mano de obra barata, que llegaba en forma de trabajadores temporales bajo contrato o como inmigrantes. Los últimos años del siglo XIX ofrecieron un auge agrícola sin igual en la historia de la región y la minería se constituyó en el otro pilar de la economía del suroeste. Por otro lado, el ferrocarril alcanzaba proporciones -- nunca antes imaginadas.

La demanda de mano de obra barata no hacía caso del disgusto de la población norteamericana harta de extranjeros -- mal educados. Era, en pocas palabras, imposible dar marcha atrás. "Por este motivo una sucesión de no-europeos proporcionó la mano de obra barata, que llegaba como trabajadores temporales o como inmigrantes. Los mexicanos sucedieron a los grandes grupos de chinos (hasta 1882), japoneses (hasta 1907), filipinos e hindúes, que suministraban mano de obra barata" [Moore 1972: 66]. El sistema de cuotas no incluyó a México sino hasta muy tarde, debido a que los intereses de los agricultores del suroeste obligaron a ello. La importación de mexicanos fue, por lo tanto, la opción natural a seguir. Rodolfo Acuña da la cifra de 103 000 inmigrantes mexicanos legales que ingresaron a los Estados Unidos para el --

año de 1900; sin embargo, opina que la inmigración real debió haber sido mucho más alta. Por otro lado, McWilliams habla de que antes de 1900 hubo una filtración de inmigrantes mexicanos a las tierras fronterizas: "Texas tenía una población de inmigrantes de 71 062 en 1890; Arizona 14 172; California 8 096; Nuevo México, 6 649" [McWilliams 1972: 193]. - Las cifras oficiales para 1910 fueron de 222 000 inmigrantes legales, pero algunos analistas calculan un número de no menos de 550 000" [Acuña 1981: 127].

El fenómeno de la migración de mexicanos a los Estados Unidos, si bien ha estado presente a todo lo largo de la historia de la región fronteriza, se vio fuertemente incrementado a raíz del conflicto revolucionario acaecido en México a partir de 1910. El desorden y la crisis económica, producto de este fenómeno, determinó que un gran número de mexicanos se trasladaran al norte de México en busca de mejores condiciones. A esto se suma que las tensiones políticas obligaran a un grupo de ciudadanos a abandonar el país. "Según -- cálculos hechos por investigadores modernos, entre 1910 y -- 1920, alrededor de 3 300 000 mexicanos cruzaron la frontera" [Maciel y Bueno 1976: 7]. Esto no quiere decir que los Estados Unidos permanecieron indiferentes en tanto que grandes -- cantidades de mexicanos atravesaban sus fronteras. Lo cierto es que la inminencia de la I Guerra Mundial hizo que la -- migración de mexicanos fuera vista con buenos ojos, dada la enorme cantidad de vacantes que ellos vinieron a cubrir. Ca -- be señalar que de estos mexicanos que cruzaron, no todos lo

hicieron en forma legal. El flujo de trabajadores indocumentados continuó y se incrementó en la medida en que los Estados Unidos ofrecían oportunidades de trabajo ilimitadas y en tanto que el gobierno de aquel país fingía no darse cuenta de lo que ocurría en su frontera sur. Rodolfo Acuña señala que ya para 1920 la migración mexicana no se limitaba a la región del suroeste de los Estados Unidos, sino que ya se había expandido hacia el medio oeste. Nadie sabe con precisión cuántos inmigrantes mexicanos llegaron a los Estados Unidos en el periodo que va de 1900 a 1930, pero según se señala McWilliams- se acepta, en general, que el número excede a un millón [McWilliams 1972: 193].

En la década de los 1920s se concentra un alto número de inmigrantes, tanto, que es conocida como el periodo de la "emigración masiva" [López y Rivas 1971: 47]. Ya a principios de los 1920s, comenzaron las señales de tensión. El Congreso consideró la necesidad de promulgar una legislación restrictiva. Durante los años veintes, abundaron las Actas de control migratorio para evitar la migración de europeos de raza inferior (los del este, naturalmente) y de asiáticos. Los mexicanos siempre quedaron excluidos por el temor de que los agricultores del suroeste vetaran la decisión en el Congreso [Acuña 1981: 130-132]. Las presiones de los nativistas para evitar la presencia de mexicanos fueron muy fuertes durante este periodo. Los inmigrantes mexicanos fueron clasificados como blancos para evitar la exclusión de las Actas de raza de 1921 y 1924. La población, en lo general, no a--

ceptó esta medida. A pesar de todo, durante mucho tiempo se les protegió considerándoles parte indispensable de la economía. Sin embargo, los contribuyentes de las ciudades de los estados fronterizos se dieron cuenta de lo que costaba mantener a esta 'aves de paso' cuando no podían encontrar trabajo en el campo. Según cifras que proporciona la doctora Moore:

...en 1925 la ciudad de Riverside, California, gastó el 90 por ciento de su presupuesto de asistencia pública en casos mexicanos y la ciudad de Los Angeles en 1927 gastó el 28 por ciento del presupuesto anual destinado a obras de beneficencia en mexicanos, aunque éstos constituían únicamente el 7 por ciento de la población [Moore 1972: 54].

El hecho que vino a dar el golpe de gracia a la presencia masiva de mexicanos en los Estados Unidos fue, desde luego, la Gran Depresión de 1929. La recesión trajo como consecuencia el desempleo que afectó brutalmente a todos los estratos de la sociedad norteamericana. Ante estas situaciones, los gobiernos tienden a echar mano de un viejo truco: - buscar 'chivos expiatorios' y de esa forma aplacar el descontento popular. El gobierno de Estados Unidos obedeció la receta al pie de la letra. El blanco, en esta ocasión, fueron los extranjeros acusados de apoderarse de los empleos que legítimamente pertenecían a los ciudadanos norteamericanos. - La suerte que corrieron los mexicanos no fue mejor que la del resto de los inmigrantes, con la enorme agravante de tener el país de origen justo al otro lado de la frontera.

A partir de 1929, la inmigración de mexicanos descendió sorprendentemente. Según datos que nos proporciona Rodolfo Acuña la migración descendió de 238 527 mexicanos que ingre-

saron entre 1925 y 1929 a sólo 19 200 en el periodo que va de 1930 a 1934. Entre 1935 y 1939, el número descendió aún más, hasta 8 737.

Las consecuencias para los mexicanos no se limitaron al terreno de las restricciones migratorias. La hostilidad hacia ellos fue creciendo en la medida en que la economía demostraba no ser capaz de una rápida recuperación. Por otro lado, la desesperación también afectó a los mexicanos que, para esta época, comenzaron a hacer demostraciones de organización sindical por mejores condiciones de vida. Esto ocasionó que incluso los agricultores asociados en The Associated Farmers perdieran simpatía por ellos. Los resultados bien conocidos se tradujeron en repatriaciones forzosas para mexicanos que tuvieron lugar a todo lo largo de la década de los treintas. Según cifras oficiales norteamericanas, entre 1931 y 1934, tuvieron lugar alrededor de 300 000 repatriaciones forzosas a México; sin embargo, hay quienes calculan que en realidad debieron haberse realizado cerca de medio millón [Acuña 1981: 138]. Gran parte de estos repatriados ni siquiera eran ciudadanos mexicanos, sino ciudadanos norteamericanos de ascendencia y apariencia mexicanas.

Cerca de la tercera parte del total de mexicanos registrados en el censo de 1930 fueron repatriados, y cerca del 60 por ciento de éstos eran niños nacidos en los Estados Unidos y, por lo tanto, ciudadanos norteamericanos [Acuña 1981: 138].

En 1939 estalló la II Guerra Mundial y con ella la economía norteamericana se vió en la necesidad de reorientar su producción hacia una economía de guerra. En un principio --

los Estados Unidos no participaban directamente en el conflicto bélico; sin embargo, eran ellos el sostén de las naciones involucradas en la lucha contra los países del Eje. Desde un principio era previsible que, al igual que en la I Guerra Mundial, los Estados Unidos se verían obligados tarde o temprano a participar de lleno en el conflicto. El ingreso a la guerra significaría enrolar en el ejército a la mayor parte de sus ciudadanos en edad productiva. Resultaba, por tanto, necesario encontrar una fuente segura de mano de obra -- que viniera a cubrir las vacantes dejadas por los soldados recién reclutados; más aún, tomando en cuenta que la producción de guerra significaba un esfuerzo adicional ya que los Estados Unidos tenían sus aparatos productivos prácticamente paralizados y dependían del buen funcionamiento del aparato norteamericano.

Fue en estas condiciones que los Estados Unidos vieron como solución a su problema la mano de obra mexicana que reunía todas las condiciones requeridas: además de ser segura, abundante y barata, se encontraba a la puerta, lo que disminuía los costos de transporte. En vista de que era mano de obra expulsada por la economía mexicana, estaba muy dispuesta a trabajar en los Estados Unidos. Lo más importante: era mano de obra temporal, de manera que se podría contratar en el momento de necesidad y regresar al término de éste.

El gobierno mexicano, previendo que podría repetirse la experiencia pasada de la I Guerra Mundial y las posteriores repatriaciones forzosas, se negaba, en un principio, a cola-

borar con los deseos del gobierno norteamericano. Sin embargo, el 22 de mayo de 1942, México tuvo que declararse en estado de guerra en contra del Eje y se vió obligado, con esto a colaborar en el esfuerzo de guerra de los aliados. La contribución mayor a dicho esfuerzo fue realizada con fuerza de trabajo prestada a los Estados Unidos [Pellicer y Mancilla - 1978: 61-67]. Se firmó en agosto de ese año un trato entre ambas naciones, poniendo en marcha las condiciones bajo las cuales podría reclutarse mano de obra mexicana para el Emergency Labor Program, mejor conocido como el programa de braceros [Acuña 1981: 144].

Este trato estipulaba que a los trabajadores importados se les aseguraba transporte gratuito de ida y vuelta, que se les iba a dar manutención en el viaje y que no se utilizarían para desplazar a otros trabajadores o para reducir salarios; y que ciertas garantías mínimas, salarios vigentes y condiciones de trabajo tendrían que ser observadas. Una de las ventajas evidentes de este acuerdo es que daba al gobierno mexicano una base firme para protestar contra actos de discriminación a mexicanos en las tierras estadounidenses, así como - un medio por el cual tales protestas podrían apoyarse.

Al principio gran parte de los granjeros del suroeste se opusieron al acuerdo de braceros. Les resultaba mucho más atractivo el arreglo de la I Guerra Mundial en que no había que lidiar con interferencia gubernamental. Los agricultores de Texas, en particular, se inclinaban por que el gobierno no abriera unilateralmente la frontera sin tomar parecer al

gobierno mexicano [Acuña 1981: 145].

La rama ejecutiva del gobierno norteamericano no recibió aprobación para el programa de braceros sino hasta 1943, cuando pasó la propuesta de Ley Pública 45. Sin embargo, un año después, obedeciendo a las presiones de los agricultores, la responsabilidad del programa de braceros fué transferida a la War Food Administration [Acuña 1981: 144-145].

El acuerdo de braceros fracasó en su intento por garantizar protección a los trabajadores migratorios. Únicamente en el periodo de 1947-1949, 142 000 trabajadores indocumentados fueron registrados, en tanto que sólo 74 600 braceros fueron llevados por contrato desde México [Acuña 1981: 147]. En las negociaciones de 1953 para el programa de braceros, los Estados Unidos negaron al gobierno mexicano, ya de manera oficial, la injerencia en materia de contratación de trabajadores migratorios; a cambio de ello abrieron sus fronteras al flujo migratorio ilegal [Acuña 1981: 148]. De esta forma anulaban todo poder de negociación a México en su intento por asegurar mejor trato a sus nacionales.

El convenio de braceros, ideado originalmente como una medida de emergencia en tiempos de guerra, tuvo una vigencia de veinte años. En este periodo se importó un total de 5.0 millones de braceros, de los cuales 4.8 millones entraron a los Estados Unidos entre 1951 y 1954, bastante tiempo después de la guerra [Montiel 1977: 83]. Una vez terminada la guerra, no había razón aparente para que se protegiera el ingreso, legal e ilegal, de trabajadores migratorios a los -

Estados Unidos. Comenzaron, una vez más, las protestas por parte de la población norteamericana debidas a la presencia de trabajadores mexicanos. Al tiempo que la antipatía por los mexicanos crecía, la influencia de los intereses agrícolas disminuía rápidamente en el plano de la política norteamericana. Estos factores se combinaron dando como consecuencia la segunda gran deportación de mexicanos llamada 'operación espalda mojada'. En esta ocasión no se adujo la indigencia como en los años treinta, sino la ilegalidad. Durante cinco años, se realizaron 3.8 millones de deportaciones de mexicanos, de los cuales únicamente 63 515 fueron procesados formalmente [Moore 1972: 62]. En el año fiscal de 1953 el Servicio de Inmigración y Naturalización (SIN) reconoció haber deportado 875 000 mexicanos. En 1954, el número de deportados manifestados por este organismo ascendió a ----- 1 035 282 personas, en 1955 a 256 290 y en 1956, 90 122 [Acuña 1981: 157].

Para finales de 1956 había quienes consideraban que el episodio de los trabajadores indocumentados había sido concluido. Sin embargo, la vida de este fenómeno, como la de cualquier fenómeno social, no depende de la voluntad de algunos o de muchos. La historia de la presencia de trabajadores migratorios en los Estados Unidos puede ser resumida en la frase de Albert Camarillo: "Cuando su trabajo era necesario, su estatus social era ignorado; cuando su trabajo no era necesario ya más, se constituían en un problema social" [Camarillo 1979: 225]. Se trata de un fenómeno con vida --

propia y su existencia depende de la persistencia de los factores que le dan origen. En tanto que existan los factores de expulsión en México y los factores de atracción en los Estados Unidos para esta mano de obra mexicana, seguirá existiendo el flujo migratorio. A pesar de la oposición de la población norteamericana y a pesar de los enormes esfuerzos del SIN por frenar el paso de mexicanos a territorios estadounidenses, la migración ilegal continuó en grandes cantidades. Las deportaciones, producto de la atención que presten el SIN y el gobierno federal a la inmigración, también se incrementaron en grandes proporciones. Esto se acentuó aún más durante los últimos años de la década de los sesentas. Veamos las cifras de deportaciones:

1964.....	222 222
1965.....	48 948
1966.....	89 683
1967.....	107 695
1968.....	142 520
1969.....	189 572
1970.....	265 539

Fuente: Refugio J. Rochin. "Economic Deprivation of Chicanos Continuing Neglect in the Seventies" Aztlán (primavera 1973), p. 96.

En 1964 el programa de braceros fue cancelado definitivamente por decisión de los Estados Unidos. Desde hacía años el programa resultaba inoperativo dado que el número de trabajadores mexicanos reclutados por este medio era insignificante comparado con la cantidad de ilegales. Además, la protección que el gobierno mexicano podía garantizar a sus braceros era mínima debido a la minimización de sus competen---

cias que se dió desde 1953. Sin embargo, la cancelación formal y definitiva era un duro golpe para el gobierno mexicano. Se le negaba, incluso formalmente, la injerencia en los asuntos migratorios de su frontera norte. La medida era una demostración clara del endudrecimiento de la política migratoria norteamericana ante la que México, por demás, es vulnerable.

La cancelación del programa de braceros vino a despejar uno de los puntos centrales que afectan las relaciones bilaterales entre México y los Estados Unidos: la reglamentación en materia de trabajadores migratorios, principalmente trabajadores ilegales. Este es un punto que ha ocasionado infinidad de negociaciones, discusiones, debates, etc., en ambos países. En los Estados Unidos han desfilado varios proyectos de ley, ante los salones del Congreso, pretendiendo dar solución definitiva al problema. Mientras tanto, México no parece tener claro cuál sea la estrategia que le conviene seguir. Su actuación ha sido, tal parece ser, la de conservarse a la expectativa, sufriendo con el temor de que alguno de estos proyectos de ley, hostiles a los mexicanos, pudiera convertirse en ley en el vecino país. Prácticamente cualquiera de las proposiciones que han aparecido en los Estados Unidos trae implicada la realización de repatriaciones forzosas para los ilegales no protegidos por la amnistía ofrecida. Para el gobierno mexicano esto significa un muy serio problema económico y social, además de potencialmente político.

A lo largo de este capítulo hemos podido apreciar de -- qué manera la minoría mexicano norteamericana se constituyó como tal en los Estados Unidos. Hemos visto que este grupo étnico se conforma a partir de los dos elementos que tradicionalmente han dado lugar a la formación de minorías nacionales: colonización y migración. En ambos casos la población de origen mexicano fué utilizada de la manera que resultaba más "racional" para el desarrollo de la economía norteamericana. Es de hacerse notar que, desde un principio, la situación a que este grupo poblacional sería relegado fué determinada por las necesidades de expansión de la economía de los Estados Unidos.

La población de origen mexicano, desde siempre vino a alimentar al aparato productivo de fuerza de trabajo barata. Cuando la mano de obra disponible en los Estados Unidos no fue suficiente, se recurrió a la importación de mano de obra nueva procedente de muchas regiones pero principalmente de México. Sin duda alguna, la constante migración de mexicanos ha sido uno de los elementos claves que han aumentado las filas de esta minoría en forma sorprendente. Este crecimiento, basado en gran medida en la inmigración de nuevos miembros propiciada, en mucho, por la necesidad norteamericana de mano de obra barata, ha colocado a la minoría mexicano norteamericana como la segunda minoría étnica en los Estados Unidos en importancia. Si bien este elemento promete un potencial de acción política importante, los mexicano norteamericanos aún se encuentran relegados a los niveles más bajos de la escala socioeconómica y con ello a un bajo nivel de participación.

CAPITULO III

CARACTERISTICAS DEMOGRAFICAS Y SOCIOECONOMICAS DE LA MINORIA MEXICANO NORTEAMERICANA.

En los Estados Unidos, como en cualquier otro lado, la capacidad de acción política de una minoría depende, principalmente, de dos factores esenciales. En primer término, se cuenta, naturalmente, su número, así como la dinámica de su crecimiento demográfico. Como segundo elemento se tiene el peso socioeconómico que este grupo detente dentro del todo de la sociedad a la que pertenece. Tenemos así, casos como el de la comunidad judía cuyo poder en los Estados Unidos ha sido tantas veces demostrado. El poder político que ostenta la minoría judía, únicamente es explicable cuando se le asocia al poder económico que también ha logrado.

Históricamente, la mayor parte de la población mexicano norteamericana en los Estados Unidos se ha encontrado situada dentro de los niveles más bajos de la escala social norteamericana. Este hecho ha explicado, en parte, la falta de participación política sistemática y bien organizada por parte de este grupo étnico. Sin embargo, el violento crecimiento demográfico de la población norteamericana de origen mexicano durante las últimas décadas parece haber ido cambiando su peso político dentro del todo de la sociedad estadounidense

se. No debe olvidarse que dentro del juego político norteamericano, número de ciudadanos significa también número de votantes.

Para comprender en su exacta dimensión la capacidad de acción política de la minoría mexicano norteamericana, que es el caso que nos ocupa, resultaría indispensable hacer una revisión, por breve que ésta fuera, de la inserción de la población norteamericana de origen mexicano en los terrenos -- económico y demográfico dentro de la sociedad norteamericana. Únicamente si se parte de esta base, será posible apreciar los bemoles de la actividad política mexicano norteamericana y lo que es más importante: sus alcances y límites.

Características demográficas

La conformación histórica de la población de origen mexicano en los Estados Unidos dio por resultado una minoría en franca desventaja respecto del promedio de la población norteamericana. Como veremos más adelante, la población mexicano norteamericana en los Estados Unidos ocupa algunos de los renglones más bajos de la escala social. Sin embargo, su crecimiento demográfico ha mostrado que poseen un potencial de poder político importante.

Hacia mediados de los años setentas, se calculaba que la población de mexicano norteamericanos en los Estados Unidos alcanzaba entre 5 y 10 millones de personas. En 1979, la Oficina del Censo reportó un total de 12.1 millones de ha

bitantes de origen hispano*, de los cuales 7.3 millones eran de origen mexicano (Bureau of the Census, oct. 1979:2). Para un país con 200 millones de habitantes, una cantidad como ésta, no representa una cifra peligrosa. La importancia radica en que se encuentran concentrados mayoritariamente en una zona bien delimitada del territorio estadounidense que, además, hace frontera con México; ésta es la zona suroeste de los Estados Unidos. Es decir, que por estar concentrados, su número se vuelve importante ya que representan un alto porcentaje de la población de los estados que habitan.

Por otra parte, es importante destacar el rápido crecimiento demográfico de la población mexicano norteamericana. Esto es debido tanto a la cotidiana migración de mexicanos a Estados Unidos, como a su elevada tasa de natalidad [Gutiérrez A 1980: 492]. En este aspecto, los mexicanos, junto con la población indígena norteamericana, son quienes tienen los niveles más altos del país. Según señala Armando Gutiérrez, en 1980, la tasa de crecimiento de la población de origen hispano era de 2.7% en tanto que el promedio de los negros era de 1.3% y la de los blancos 1% [Gutiérrez A. 1980: 492].

Otro aspecto importante a tener en cuenta es que la población mexicana en los Estados Unidos es una población muy joven, lo que hace preveer un incremento aún mayor de la tasa de nacimientos a futuro.

Para entrar más en detalle, se puede decir que entre --

* Se entiende por población de origen hispano aquella de apellido español.

1970 y 1977, el aumento de la población mexicana en los Estados Unidos fue de 44.4% [Bustamante 1982: sp]. Durante la última década, la población hispana aumentó en un 61%. Los individuos que se declaraban de origen hispano aumentaron entre 1970 y 1980 de 9.1 millones a 14.6 millones [Bustamante-1982: sp]. De esta manera, de representar el 4.5% del total de la población norteamericana, pasaron a ser el 6.5% [Masciel 1981: 196-197]. Cabe señalar que los expertos calculan que en algún momento después de 1995, los latinos* disputarán a los negros el puesto de mayor grupo minoritario de los Estados Unidos. Del grupo latino, el mexicano es, sin duda, y seguirá siendo el subgrupo más numeroso. Las estimaciones de la Oficina del Censo para 1979 indicaban la siguiente distribución de la población hispana por países de origen:

Población total	215 935 000
Población hispana	12 079 000
Mexicana.....	7 326 000
Puertorriqueña.....	1 748 000
Cubana.....	794 000
Centro y sudamericana.....	840 000
Otros hispanos.....	1 371 000
No- hispanos.....	203 856 000

Fuente: U.S. Department of Commerce. Bureau of the Census. "Persons of Spanish Origin in the United States: March 1979 (Advance Report)" en Current Population Reports. Population Characteristics. Series P-20; No. 347, Octubre 1979, p. 4.

De todo lo anterior, resulta previsible que para finales de este siglo, en muchas regiones del suroeste, la población de origen mexicano muy probablemente sobrepasará a la -

* Se toma por latinos a aquellas personas cuyas lenguas de origen sean ibéricas.

población negra en los Estados Unidos [Montiel 1977: 80].

Los últimos veinte años han registrado un violento crecimiento de la población hispana, en general, y de la mexicana, en particular, dentro de los Estados. Los datos del censo de 1980 nos dicen que la población hispana dentro de los Estados Unidos creció entre 1970 y 1980 de 9 072 600 a 14 605 883 [U.S. News & World Report 1981]. Esto quiere decir que pasó de representar un 4.5% de la población total del país a ser un 6.4% del total. Lo anterior significa un aumento del 61% [Montiel 1977: 80]. La Oficina del Censo manifiesta que este aumento se debe, en parte, a que el censo de 1980 fue más completo que los anteriores y a que probablemente incluyó un gran número de personas indocumentadas.

Dentro del grupo de población hispana, el subgrupo de origen mexicano ocupó, según el censo de 1980 -que incluyó una categoría específica de origen mexicano- el 60% de la categoría hispana de los Estados Unidos. Esto es que en 1980 8 260 000 personas de las 14 605 883 registradas como hispanas eran de origen mexicano [Bustamante 1982].

La población hispana de los Estados Unidos se encuentra concentrada en unas dos terceras partes, en cinco estados del suroeste del país y en los estados de Illinois, Michigan, -- New Jersey, New York, Nevada, Pennsylvania y Wyoming [Bustamante 1982: sp]. La alta concentración cambia la situación general de una minoría ya que en los Estados Unidos la actividad política a nivel local es sumamente importante, muchas veces más que la nacional.

Según informa la Oficina del Censo, en 1976 el 63% de la población de origen mexicano en los Estados Unidos se encontraba concentrada en cinco estados del suroeste norteamericano; esto es California, Texas, Nuevo México, Arizona y Colorado, en este orden de importancia [Hernández 1979: 263]. Los informes de la Oficina del Censo indican, también, que entre 1970 y 1977 hubo un descenso en la tasa de natalidad, lo que llevó a que se registraran 6.4 millones menos de niños menores de 14 años [Hernández 1979: 263]. Curiosamente, el 40% del crecimiento poblacional total de los Estados Unidos desde 1970 ocurrió en California, Florida y Texas [Bureau of the Census, Abril 1978: 55-56]. Es decir que el crecimiento demográfico de los Estados Unidos aparece concentrado en los estados que albergan importantes núcleos de población de origen hispano [Bureau of the Census, abril 1978: 55-56].

Cabe señalar que, en lo que hace a la población mexicana norteamericana, Texas y California concentran las tres cuartas partes de esta población del suroeste [Durma 1970: xiii]. Estos dos estados tienen los mayores porcentajes de población de origen mexicano de los Estados Unidos. En 1977, Texas contaba con el 15.6% del total y California con el 18.9% [Maciel 1981: 195]. Rodolfo Acuña nos habla de que para 1970 California iba a la cabeza del país en lo que hace a población latina, albergando a 3.2 millones y Texas le seguía con 2.3 millones [Acuña 1981: 387].

Dentro de la región del suroeste, en que se concentra la población de origen mexicano en los Estados Unidos, la ma

por parte se localiza en las zonas que hacen frontera con México. Esto es más importante en el estado de Texas. Tenemos así, por ejemplo, que para 1960 el porcentaje de mexicano norteamericanos en El Paso era de 45%; en Laredo de 82% y en el área de Brownsville-Berlingen-San Benito, 64% [Moore - 1972: 69]. Muchas pequeñas ciudades a lo largo del Río Bravo estaban pobladas mayoritariamente por mexicanos. En ese mismo año (1960) Houston tenía la décima mayor concentración de mexicano norteamericanos de los Estados Unidos; para 1970 ocupaba ya el cuarto lugar de concentración de latinos del país. San Antonio era la segunda, después de Los Angeles, -- con 385 000. El área de San Francisco-Oakland ocupaba el -- tercer lugar en ese año, con 362 900 [Acuña 1981: 387]. David Alvírez [1979: 9] señala, en su estudio sobre tendencias demográficas en Texas, que, a pesar de que cerca de la mitad de los 254 condados aún tienen menos del 10 por ciento de la población chicana entre sus poblaciones, aparecieron 16 condados menos en esta condición en 1970 que los registrados en 1960. Por el otro extremo, en 1970 se encontraron, por vez primera, cuatro condados con población mexicana superior al 90%. En ese año hubo once condados más que en 1960 con más del 50% de población de origen mexicano. De lo anterior se puede desprender que los mexicano norteamericanos se están expandiendo dentro del estado de Texas, a la vez que se está acentuando su grado de concentración en ciertos condados muy localizados [Alvírez 1979: 9]. Los condados con un porcentaje superior al 50% de mexicano norteamericanos se encuentran

localizados en la frontera o muy cerca de ella. El resto de los condados con una concentración de 25 a 50% se encuentran en la parte sur del estado, con excepción de algunos dispersos en el oeste de Texas. Esto hace que la capacidad de acción política de los mexicano norteamericanos y por lo tanto de cambio, se encuentre restringida a las áreas en donde se encuentran ubicados mayoritariamente o en vías de alcanzar - la mayoría.

Uno de los puntos que más atención ha merecido en lo -- que hace al estudio de la minoría mexicano norteamericana, - ha sido su crecimiento demográfico. Sin duda, la militancia política que este grupo ha manifestado durante las últimas - décadas se haya muy ligada a este fenómeno. Como ejemplo po demos mencionar que las ciudades de Los Angeles, San Antonio, Houston y Chicago han doblado sus poblaciones de origen mexi- cano norteamericanas. Entre 1960 y 1970 los latinos del con- dado de Los Angeles aumentaron de 576 716 a 1 228 595, es de cir, un incremento de un 113%, en tanto que la población 'an glo' de esa zona decreció en un 2% (estas cifras no toman en cuenta la población indocumentada) [Acuña 1981: 396]. Rodol- fo Acuña [1981] opina que este incremento de la población me xicano norteamericana es fundamentalmente resultado directo de los nacimientos. Señala que, en el condado de Los Ange-- les, 79 619 niños 'anglos' nacieron en 1966, en tanto que - 24 533 niños de origen mexicano y 17 980 negros. Ocho años más tarde, el número de niños 'anglos' disminuyó a 41 980, - el de negros a 16 173 mientras que los nacimientos de lati-

nos aumentaron a 45 113 [Acuña 1981: 386-387].

La relación niños/mujeres mide la tasa de fertilidad en un grupo. En los Estados Unidos, la comunidad mexicana norteamericana tiene la mayor fertilidad de los últimos años en tanto que los 'anglos' tienen la menor [Alvrez 1979: 23]. Por otro lado, para medir el crecimiento de una población es importante tener en cuenta la mortalidad que tenga. La tasa de defunciones ha disminuído sustancialmente en las últimas décadas en toda la población norteamericana incluyendo a la de origen mexicano. Cabe señalar, sin embargo, que -según indicó en 1970 el Bureau of Vital Statistics en Texas- la tasa de mortalidad entre los mexicanos todavía es mayor que la tasa de mortalidad de la población anglonorteamericana, -aunque inferior a la tasa para la población negra. El fenómeno de la alta tasa de crecimiento demográfico mexicano norteamericano no es un fenómeno nuevo; ya a finales de los años cuarentas Carey McWilliams hablaba de él:

Con la elevada tasa de nacimientos y la rápida merma de la mortalidad infantil, el elemento de habla española podrá retener su posición relativa ante -- los anglo-norteamericanos por muchos años [McWilliams 1972: 352].

Tradicionalmente, la familia de origen mexicano ha tendido a conservar de alguna manera las pautas de crecimiento demográfico de su país de origen, que en 1978 era de 41 sobre 1 000. En el siguiente cuadro podemos observar, a manera de ejemplo, la propensión a tener hijos menores de 18 -- años en las familias texanas, tanto de apellido español como

de origen 'anglo' y no blancos entre 1960 y 1970.

no. de Hijos	'Anglo'		De apellido español		No-blancos	
	'60 (%)	'70	'60 (%)	'70	'60 (%)	'70
Ninguno	42.2	46.9	26.9	28.2	46.8	40.8
1	19.7	19.1	16.5	18.0	15.4	17.6
2	19.2	17.8	16.3	17.0	11.5	14.5
3	11.0	9.8	13.6	13.8	9.0	10.1
4 ó más	7.9	6.3	26.8	23.1	17.2	17.5
Familias (%)	100.0	99.9	100.1	100.1	99.9	100.0
número	1910803	2076987	216932	423780	264833	317353

Fuente: (1) Persons of Spanish Surname, 1960, Table 5; (2) Detailed Characteristics, Texas, 1960, Table 109; (3) 1970 Detailed Characteristics, Texas, Table 156 [en Alvírez 1979: 28].

A mediados de los años setentas, el tamaño de la familia típica de origen mexicano en los Estados Unidos, era de 4.8 personas y únicamente se le acercaba en número la familia indígena norteamericana. En esos años el promedio de la familia anglonorteamericana era de 3.4 personas [Montiel 1977: 79]. A continuación ilustramos, con un cuadro del estado de Texas, esta propensión mexicano norteamericana a la familia más numerosa

Tamaño familia	'Anglo'		De apellido		No-blancos	
	'60 (%)	'70	'60 (%)	'70	'60 (%)	'70
No. de fam.	1857297	2076987	270438	423780	264833	317356
2	34.8	39.4	15.0	18.6	32.1	29.9
3	22.5	21.4	16.3	18.1	19.4	19.9
4	20.9	19.6	16.8	17.7	14.4	15.7
5	12.5	11.3	14.8	14.7	10.9	11.5
6	5.6	5.1	12.3	11.4	8.2	8.4
7 y más	3.7	3.1	24.8	19.6	15.1	14.6
Total	100.0	99.9	100.0	100.0	100.1	100.0

Fuente: (1) Persons of Spanish Surname, 1960, Table 5; (2) Detailed Characteristics, Texas 1960, Table 110; (3) Detailed Characteristics, Texas, Table 157 [Citado en Alvírez 1979: 29].

La población mexicano norteamericana es una población - muy joven, de la que una buena parte es población infantil. Es importante subrayar que el mayor número de niños indica - la probabilidad de una alta tasa de crecimiento demográfico. La baja edad promedio entre la población de origen hispano - es considerada muestra de la elevada fertilidad de este grupo poblacional por la Oficina del Censo [Octubre 1979: 1]. Dentro de la población de origen hispano, sólo la población puertorriqueña tuvo en 1979 un promedio de edad inferior a la población de origen mexicano siendo respectivamente 19.9 y 21.1 en tanto que el promedio hispano es 22.0 y el promedio nacional 29.8 años.

Edades	Población Norteamericana.	Población de origen Hispano	Población de origen Mexicano.
Todas las edades (miles)	215 936	12 079	7 079
Porcientos	100.0	100.0	100.0
Menos de 5 años	7.2	12.6	13.3
De 5 a 9 años	7.7	11.8	12.4
De 10 a 17 años	14.1	17.1	17.3
De 18 a 20 años	5.7	6.2	6.4
De 21 a 24 años	7.3	7.9	8.4
De 25 a 34 años	15.8	16.0	16.8
De 35 a 44 años	11.4	11.3	10.0
De 45 a 54 años	10.6	8.0	7.2
De 55 a 64 años	9.6	4.8	4.3
De 65 y más años	10.7	4.5	3.7
18 años y más	71.0	58.5	57.0
21 años y más	65.4	52.3	50.5
Promedio (en años)	29.8	22.0	21.1

Fuente: U.S. Department of Commerce. Bureau of the Census "Persons of Spanish Origin in the United States: March 1979 (Advance Report)", en Current Population Reports Population Characteristics. Series P-20, No. 347 Octubre 1979, p. 4.

En el cuadro anterior se puede apreciar de qué manera - la población de origen hispano tiende a concentrarse en los niveles inferiores de edad y cómo este fenómeno se acentúa - aún más en la población de origen mexicano. El que así suce - da promete incrementar el crecimiento de este grupo étnico - en un futuro no muy lejano.

Hacia 1970, la población infantil mexicano norteamericana en el suroeste de los Estados Unidos fue de 1 500 000. - Constitufan el 16% de todos los niños que habitaban la región.

La proporción de los mexicanos respecto a los 'anglos', entonces, sin tomar en cuenta la edad, era de uno a siete. La proporción de niños era de uno a cinco [Moore 1972: 114].

De las personas entre 0 y 14 años de edad en 1976, el 38.7% era de origen mexicano, 31.2% no blancos y 22% 'anglos' [Alvírez 1979: 16]. Cabe señalar que los tres grupos poblacionales están envejeciendo en promedio; sin embargo, los mexicanos norteamericanos continúan siendo el grupo más joven - de los tres [Alvírez 1979: 16-20]. Todo parece indicar que este grupo tiende a mostrar normas de comportamiento demográfico más parecido al mexicano que al de la sociedad dominante 'anglo' en la que viven.

En los primeros años de la década de los sesentas, el promedio de edad del total de la población mexicana en los Estados Unidos era de 19.6 años. Era inferior en diez años

al promedio de los 'anglos' y en cuatro al promedio de personas de raza no blanca. En aquel entonces, más del 40% de los mexicanos norteamericanos eran niños menores de 15 años. En contraste, únicamente alrededor del 30% de la población anglo tenía menos de 15 años de edad [Moore 1972: 114]. Para mediados de los años setentas, el promedio de edad de la población latina norteamericana era de 20.7 años en tanto que la media nacional era de 28.6 años. De acuerdo a los datos de la Oficina del Censo de marzo de 1979, la edad media de personas de origen mexicano era de 21.1 años. Esto se explicaba, principalmente, por la alta tasa de fertilidad que se atribuye a este grupo. Se calculaba que aproximadamente uno de cada ocho personas de origen mexicano tenía menos de cinco años de edad. En ese mismo año, el 11% de la población no hispana tenía 65 años, en tanto que únicamente un 5% de la población mexicana podía contarse en la misma categoría [Bureau of the Census, Oct. 1979: 1-4].

Consecuencia natural de una gran población infantil en un grupo, es una elevada tasa de dependencia. La tasa de dependencia se define como el número de dependientes que tienen que ser sostenidos por cada 100 miembros de la población económicamente activa. En los estados del suroeste, de los tres grupos: 'anglo', no blanco y de apellido español, este último es el que tiene la tasa de dependencia mayor. A continuación tenemos, a manera de ejemplo, un cuadro con datos correspondientes al estado de Texas y el país México para el periodo 1950-1970. Podemos observar, una vez más, que la tasa de

dependencia de la población de apellido español es mucho más parecida a la tasa de dependencia en México que a la tasa correspondiente a la población mayoritaria norteamericana.

Grupo étnico	% en grupos de edad				Tasa de Dependencia
	0-14	15-64	65-	total	
Anglo					
1950	27.3	65.5	7.2	100.0	52.6
1960	30.1	61.2	8.7	100.0	63.4
1970	26.0	63.8	10.2	100.0	56.7
De apellido español					
1950	41.0	55.6	3.4	100.0	80.0
1960	44.4	51.7	3.8	99.9	93.3
1970	40.2	55.2	4.6	100.0	81.1
No blancos					
1950	30.7	62.7	6.6	100.0	59.4
1960	37.0	55.7	7.3	100.0	79.4
1970	35.0	57.0	8.0	100.0	75.5
México					
1960	44.2	52.0	3.5	99.7	91.7
1970	46.2	50.1	3.7	100.0	99.7

Tasa de dependencia: la población (0-14 años) más (65 y más años) dividida entre (15-64) por 100.

Fuente: Alvírez 1979.

Es importante hacer notar que una elevada dependencia, como es el caso de la población norteamericana de origen mexicano, tiene necesariamente serias repercusiones en el nivel de bienestar familiar promedio del grupo.

Características socioeconómicas.

Es bien conocido que la población norteamericana, en su conjunto, ha mejorado notablemente sus condiciones de vida -

durante los últimos años. La población de origen mexicano - no ha sido la excepción. Sin embargo, indicadores que orientan sobre la aceptación social tales como ocupación, ingreso, participación política y escolaridad, colocan a la minoría mexicana norteamericana muy por debajo de la población mayoritaria norteamericana.

La historia de este grupo étnico muestra que éste, a lo largo del tiempo vió limitadas sus posibilidades laborales a las actividades más bajas de la escala ocupacional norteamericana a la vez que se establecía un mercado de trabajo dual en el que los mexicanos norteamericanos padecían una continua discriminación. Tradicionalmente, en los Estados Unidos, - los renglones más bajos de la escala social han sido ocupados por las minorías étnicas en desventaja.

En partes anteriores de este mismo trabajo hemos visto cómo la conformación histórica de la minoría mexicana norteamericana, que tuvo su origen en una guerra de conquista, fue conformando la suerte que padeciera la minoría de origen mexicano en los Estados Unidos. Hemos ya visto cómo, por una parte, los colonos residentes en los estados cedidos por México a los Estados Unidos se vieron envueltos en un proceso de asimilación a la economía capitalista norteamericana. -- Proceso que implicó la pérdida de sus tierras y la final incorporación como mano de obra barata. De esta forma, desde un principio quedaron ubicados como el estrato más bajo de la escala social norteamericana. Por otro lado, el segundo factor que conformaría a la comunidad mexicana en Estados --

Unidos sería la inmigración. Los nuevos inmigrantes eran importados, según indicaban las necesidades de la economía del suroeste, como mano de obra barata, para ocupar los puestos que ningún nacional -incluso los de los estratos más bajos- estaba dispuesto a aceptar. Los inmigrantes mexicanos fueron, tradicionalmente, admitidos expresamente para ocupar algunos de los estratos laborales más bajos. Con esto se re--forzaba, aún más, el predominio del mexicano norteamericano en los lugares más bajos de la escala social norteamericana.

Un punto que es muy importante mencionar, aun cuando -- sea de paso, es que la crisis del sistema capitalista, que - afecta a todos los países de este tipo, es un elemento fundamental a tener presente en el análisis de la situación de la población mexicano norteamericana en los Estados Unidos. Las depresiones económicas han sido el peor verdugo de la mino--ría mexicano norteamericana a todo lo largo de este siglo.

El grueso de la comunidad mexicano norteamericana depende de una variedad muy restringida de empleos. Se encuen--tran concentrados en actividades que requieren muy poca o --ninguna calificación; se dice que están subrepresentados en las ocupaciones llamadas de cuello blanco (profesionales, administradores, empleados y en ventas)

En el año de 1960, el 61% de todos los mexicanos emplea--dos en el suroeste de los Estados Unidos estaban concentrados en ocupaciones manuales que requerían poca destreza en comparación con menos del 28% de trabajadores 'anglos' ubicados dentro de este renglón [Maciel 1981: 127]. A la vez, el por

centaje del total de la población de apellido español en las ocupaciones de cuello blanco era de un 21.6% mientras que para los 'anglos' era de 53.3%. En el otro extremo del espectro, 78.4% de los apellidos españoles estaban en ocupaciones de cuello azul, y de los 'anglos' sólo un 46.7%. Puede decirse que en términos generales hubo poco cambio en esta distribución de ocupaciones para los hispanos entre 1960 y 1970. Hubo un incremento del 7% en las ocupaciones de cuello blanco para los 'anglos' y sólo un 2.5% para los mexicano-norteamericanos [Maciel 1981: 200]. Por otra parte, Bilbao y Gallart hablan de que para 1970 el 64.4% de los mexicano-norteamericanos y el 53.6% de los mexicano-norteamericanos con empleo eran obreros y trabajadores de cuello azul [Bilbao y Gallart 1981: 33]. Es un hecho, sin embargo, que la Segunda Guerra Mundial trajo como consecuencia una sustancial mejoría del grueso de la población de origen mexicano en los Estados Unidos. Su activa participación en la empresa bélica obligó al resto de la población a reconocerlos como ciudadanos valiosos para la sociedad. A partir de 1950 se registra, por tanto, una creciente mejoría del nivel general de vida del grupo. En lo que a empleo se refiere, en el siguiente cuadro podremos observar los cambios ocurridos en su distribución ocupacional.

Distribución ocupacional de la población de
origen mexicano del suroeste, 1930-1970.

Ocupación	1930	1950	1960	1970	1979
Profesional y Técnicos	0.9%	2.2%	4.1%	6.4%	5.3%
Empresarios	2.8	4.4	4.6	5.2	5.1
Ventas	2.4		3.6	3.9	3.1
Empleados	1.0	6.5	4.8	6.0	15.0
Artesanía	6.6	13.1	16.7	20.8	14.4
Manufactura	9.1	19.0	24.1	25.4	25.8
servicios	4.0	6.3	7.5	10.5	16.7
Obreros	18.2	18.7	15.2	12.1	9.2
Granjeros	9.8	5.1	2.4	0.9	0.1
Trabajo agrícola	3.5	24.7	16.8	3.1	4.8

Fuentes: 1930-1960, Walter Fogel, "Job Gains of Mexican-American Men", Monthly Labor Review 91, No. 10 (Octubre 1968: 23; 1970 Bureau of the Census, "Persons of - Spanish Surname", Census: 1970, Subject Reports; Bureau of the Census, "Persons of Spanish Origin in the United States: March 1979 (Advance Report)", Current Population Reports (Octubre 1979).

Como puede observarse, una buena parte de la población de origen mexicano dejó de ocuparse de tareas agrícolas para dedicarse, principalmente, a actividades artesanales y manufactureras. Por lo que toca a ocupaciones profesionales y técnicas, si bien su participación en este ramo es mayor que en años anteriores, continúa siendo aún microscópica. Datos más recientes procedentes de la Oficina del Censo para marzo de 1979, indican que el 17% de la población económicamente activa de origen no-hispano, en los Estados Unidos, estaba - empleado en trabajos técnicos o profesionales en tanto que - sólo un 8% de la población hispana se encontraba en esta categoría [Bureau of the Census, Oct. 1979]. Por otro lado, el 6% de los hispanos se ocupaban de empleos administrativos. El porcentaje para los no hispanos en este renglón era de 11%

La comparación en el renglón de trabajos operarios (en gasolineras, lavanderías, manufacturas, etc.) señaló que las -- personas no-hispanas se empleaban en esto en un 15%, en tanto que las hispanas en un 25% [Bustamante 1982: sp].

Muy importantes son las diferencias en la distribución ocupacional por sexos entre la población de origen hispano. Según señala David Alvírez, las trabajadoras mexicano norteamericanas tienden a seguir un patrón más parecido al de las trabajadoras 'anglo' que al de los trabajadores hombres de su mismo grupo [Alvírez 1979: 42]. Así pues, las trabajadoras de origen mexicano tienen un porcentaje superior en ocupaciones de cuello blanco que los trabajadores mexicano norteamericanos hombres. Cabe señalar que el grupo de mujeres en general se ubica en los estratos más bajos dentro de la escala de trabajos de cuello blanco. Para marzo de 1979, aproximadamente el 7% de los hombres de origen hispano tenía empleo de carácter administrativo, mientras que sólo el 4% de las mujeres contaban con este tipo de trabajo. Por otro lado, el 32% de las mujeres de origen hispano tenían empleo de oficina, mientras que sólo el 6% de los hombres de origen -- hispano desempeñaban este tipo de empleo [Bustamante 1982: sp]. En el siguiente cuadro podemos observar la distribución ocupacional en el suroeste de los Estados Unidos por sexos y por grupos poblacionales para 1970.

Hombres:

Ocupación	Chicano	"Anglo"	Negro
Profesional	6.4%	18.7%	6.9%
Empresarios	5.2	14.0	3.5
Ventas	3.9	9.1	2.5
Empleados	6.6	7.2	8.7
Artesanías	20.8	21.1	15.7
Manufacturas	25.4	14.4	26.2
Servicios	10.5	7.1	17.6
Trabajador	12.1	4.7	15.9
Granjero	0.9	2.1	0.4
Trabajo agrícola	8.1	1.4	2.4
Totales	99.9	99.8	99.8

Mujeres:

Ocupación	Chicana	"Anglo"	Negra
Profesional	7.6	18.4	11.9
Empresarias	2.4	5.1	1.7
Ventas	6.1	8.8	2.9
Empleadas	27.9	40.3	21.7
Manufacturas	23.3	7.6	12.2
Empleadas domésticas	5.4	1.9	17.4
Servicios	20.6	14.7	28.0
Otros	6.7	3.2	4.2

Fuentes: U.S. Bureau of the Census, "Persons of Spanish Surname", Census: 1970 Subjects Reports, Tabla 10, pp. 60-77. Census: 1970, Detailed Characteristics. U.S. Summary, Tabla 224, pp. 746-748 [Citado en Maciel y de los Ríos 1977: 109 111].

La población denominada como no blanca es la que tiene un menor porcentaje de ocupaciones de cuello blanco; cabe señalar que esto ocurre así a pesar de que tiene un promedio de escolaridad superior a la población de origen hispano [Alvírez 1979: 42].

Los grupos minoritarios en desventaja de los Estados Unidos son, desde luego, quienes padecen en mayor medida las

consecuencias de los problemas inherentes a toda economía capitalista. Se ha dicho por muchos años que en tiempos de recesión los miembros de la minoría mexicano norteamericana -- han sido los primeros despedidos y los últimos contratados. Esto, sin duda, es cierto. El desempleo es uno de los problemas que más ha golpeado a la población norteamericana de origen mexicano. Tradicionalmente, su porcentaje de desempleados ha sido, con mucho, mayor al porcentaje promedio de la población mayoritaria norteamericana. Así, en 1960 el porcentaje de desempleo promedio para la población 'anglo' fue de 4.5%, en tanto que el correspondiente a la población mexicana fue de 8.5% y el de no blancos de 9.1%. En el año de 1969 el 6.2% de los mexicanos estaban desempleados en tanto que sólo el 3.5% de la población general estaba sin trabajo. Estos porcentajes se elevan considerablemente cuando se toma en cuenta el grupo de edad entre los 18 y los 24 años. En 1969 la población mexicana de esta edad estaba en un 9.8% -- sin trabajo [López y Rivas 1979: 66].

Según datos de marzo de 1979, el 8.7% del total de hombres hispanos en los Estados Unidos estaba desempleado, en tanto que el porcentaje correspondiente a la población no -- hispana norteamericana era de un 6.1%. Para ese mismo año, el porcentaje de desempleo entre la población de origen mexicano se calculaba de 8.4% [Bureau of the Census, Oct. 1979: 5].

La desocupación femenina aumenta en todos los grupos de población en relación a la de la población masculina. Tene-

mos así, que para 1960 el 9.5% de las mujeres mexicanas estaban desempleadas, en tanto que un 5% de las mujeres 'anglo' lo estaban y un 8.1% de las no blancas. Ya para 1970, el porcentaje de mujeres mexicanas desempleadas había disminuido a un 7.5%, aunque para el subgrupo de edad de 18 a 24 años el porcentaje continuaba siendo de 9.5% [López y Rivas 1971: 66]. Los datos de la Oficina del Censo señalan que en marzo de 1979 la brecha de desocupación entre mujeres hispanas y no hispanas era de 10% las primeras y 6% las no-hispanas - [Bustamante 1982: sp]. Tradicionalmente, la participación de la mujer chicana en el mercado de trabajo ha sido menor que la de mujeres de otros grupos poblacionales. Sin embargo, es notorio que esta participación se ha incrementado de manera importante desde 1950.

El bajo nivel ocupacional en la distribución de la fuerza de trabajo de origen mexicano en los Estados Unidos se refleja, necesariamente, en el nivel general de salarios del grupo. Por mucho tiempo el ingreso promedio de la población mexicana norteamericana en los Estados Unidos ha sido muy inferior al ingreso promedio nacional. Si a esto le agregamos una elevada tasa de dependencia como la de los mexicanos norteamericanos, el resultado será, necesariamente, un ingreso familiar per cápita aún más bajo.

Para 1969, el ingreso familiar promedio de las familias de origen mexicano en los Estados Unidos fue de \$ 5 488 (dólares) en tanto que el promedio general fue de \$ 8 011 [López y Rivas 1971: 63]. Los datos que se tienen para 1978 seña-

lan que el ingreso medio para personas de origen hispano fue de \$ 5 900 anuales, en tanto que el promedio para personas - no hispanas era de \$ 6 900 y el ingreso medio para personas de origen mexicano, en particular, fue de \$ 5 780 [Bustamante 1982: sp].

Según datos procedentes de la Comisión de Derechos Civiles de agosto de 1978, se establece la siguiente tabla de ingreso per cápita en familia por grupos de población:

Falta el título del cuadro

Grupos	1959	1969	1975
Negro	\$ 680 (.46)	\$ 1303 (.50)	\$ 2263 (.52)
Chicano	\$ 742 (.50)	\$ 1334 (.51)	\$ 2130 (.49)
Mayoritario	\$ 1472 (1.00)	\$ 2601 (1.00)	\$ 4333 (1.00)

Fuente: U.S. Commission on Civil Rights, Social Indicators of Equality for Minorities and Women (August 1978).

Como se puede observar en el cuadro, el ingreso per cápita en familia de las poblaciones minoritarias no ha podido pasar de representar, con dificultad, la mitad del ingreso correspondiente a la población mayoritaria norteamericana.

En 1978 el porcentaje de hombres de origen hispano localizados en la parte alta de la distribución de ingresos resultó ser significativamente más pequeño que el correspondiente a hombres no hispanos. Únicamente el 21% de los hombres mayores de 14 años de origen hispano obtuvieron ingresos mayores a \$ 15 000 al año, en tanto que el 35% de la población no hispana logró obtenerlos [Bustamante 1982: sp]. En cambio, un alto porcentaje de las familias de origen mexicano del suroeste se encontraban sobre la línea de la pobre

za o por debajo de ella, de acuerdo a las determinaciones -- del censo. A continuación presentamos un cuadro que muestra esta situación en 1970:

de E.U.
Características generales de las familias mexicano norteamericanas pobres urbanas y rurales en el suroeste, 1970.

Características de la pobreza	Urbana	Rural no granjera	Rural granjera
(1) Incidencia de pobreza en todas las familias chicanas.	21.1%	32.1%	27.9%
(2) Ingreso familiar medio.	\$ 2376	\$ 2349	\$ 2005
(3) Dimensión familiar media	4.61	5.25	5.18
(4) Ingreso <u>per cápita</u> (2/3)	\$ 504	\$ 447	\$ 387

Fuente: 1970 Census of Population, "General Social and Economic Characteristics", Cuadro 58, State Reports for Arizona, California, Colorado, New Mexico and Texas [en Maciel y de los Ríos 1977: 113].

Existen importantes diferencias en el nivel de ingresos de acuerdo al lugar de residencia. Diferencias por estados, así como urbano-rurales. A continuación incluimos un cuadro de ingreso medio de las familias chicanas para 1969, así como el porcentaje que representó del ingreso correspondiente a la población 'anglo'. Se puede observar que en los estados donde se concentra la mayor parte de la población de origen mexicano se encuentran las mayores diferencias en lo que se refiere a ingresos:

Ingreso medio de familias mexicano norteamericanas
en el suroeste
1969

Estado	Ingreso Medio	Chicanos como % de los 'anglos'
Arizona	\$ 7 350	74%
California	\$ 8 430	73
Colorado	\$ 6 930	69
Nuevo México	\$ 5 890	67
Texas	\$ 5 600	58

Fuentes: U.S. Bureau of the Census "Persons of Spanish Surname"; 1970, Subject Reports, PC (2)-ID, cuadro 12 pp. 81-83. Census: 1970. General Social and Economic Characteristics. PC (!)-C4, Arizona, cuadro 57 pp. 109-110; PC(1)-C6, California, cuadro 57, pp. 403-404; PC(!)-C7, Colorado, cuadro 57, pp. 158-159; PC(1)-C45, Texas, cuadro 57, pp. 451-454. [en Maciel y de los Rfos 1977: 112].

En lo que hace a las diferencias de ingreso según el tipo de residencia, en 1978, las personas de origen mexicano - residentes en áreas metropolitanas tenían, en general, ingresos superiores a las personas de origen hispano residentes - en áreas no metropolitanas. El ingreso medio de hombres hispanos residentes en áreas metropolitanas era de \$ 8 600 en tanto que el ingreso medio para hombres de áreas rurales era de \$ 7 400 [Bustamante 1982: sp]. El ingreso medio de las mujeres de origen hispano residentes en área metropolitana - fue de \$ 4 000 y el de la mujer del área rural fue de \$ 2 400 [Bustamante 1982: sp].

Suele ocurrir que en los estados con grandes cantidades de habitantes de origen mexicano, los ingresos promedio más

bajos se concentran en las zonas de residencia de este grupo. Tenemos así, por ejemplo, en el estado de Texas, la distribución estatal de ingresos muestra que los dos renglones más bajos de la escala (de 0 a \$ 3 745 y otro de \$ 3 746 a -- \$ 5 897) se concentran a lo largo de la frontera y en las zonas rurales del estado [Alvarez 1979: 45].

En general, se puede considerar que el nivel educacional obtenido por una población está directamente relacionado con su nivel de ingresos. Tenemos, por ejemplo, que el ingreso medio en 1978 para hombres de origen hispano con más de 25 años y que habían terminado sus cuatro años de High School fue de \$ 12 600; en cambio, el ingreso medio de hombres hispanos con sólo 8 años de educación fue de \$ 9 000 al año.

El problema del bajo nivel educativo general entre la población mexicana norteamericana es uno de los que más ha preocupado a sus miembros en los últimos veinte años. Es muy claro que en la solución del problema educativo radica la posibilidad de romper el círculo vicioso en el que se ven envueltos. Es decir, sus ingresos no alcanzan para satisfacer sus necesidades más inmediatas porque sus oportunidades de trabajo son muy estrechas debido a la falta de capacitación. No pueden acceder a la capacitación porque sus necesidades económicas les obligan a abandonar la escuela demasiado pronto para incorporarse a la fuerza de trabajo. Por otro lado, las posibilidades reales de acceso a la educación son muy limitadas [Gutierrez A. 1980: 495]. Hay que hacer notar

que, aún cuando se incremente el número total de años de escuela entre los mexicano norteamericanos, como de hecho ha sucedido, la calidad de los estudios es sorprendentemente inferior a la de los estudios de los 'anglos'. De esta manera, se ven incapacitados para competir con éstos por los puestos que requieren de cierta capacitación escolar [Alvírez - 1979: 45]. Sin embargo, no cabe duda de que el nivel educativo general de la población de origen mexicano en los Estados Unidos se está incrementando rápidamente. Encontramos así, por ejemplo, que en el estado de Texas, entre 1950 y 1970, los mexicano norteamericanos más que doblaron su nivel educacional. No obstante, aún tenían su promedio escolar -- cuatro años y medio por debajo del promedio 'anglo' y tres años debajo del de los no blancos [Alvírez 1979: 30].

De acuerdo a la información que da la Comisión de Derechos Civiles de los Estados Unidos, es sorprendente el poco acceso del que tradicionalmente las minorías norteamericanas han gozado en ese país.

Estudios Universitarios Concluidos

(Tasas en relación a la población masculina mayoritaria)

	1960	1970	1976
<u>Hombres</u>			
Negros	.20	.27	.32
Mexicano norteamericanos	.20	.23	.32
Mayoría	1.00	1.00	1.00
<u>Mujeres</u>			
Negras	.30	.36	.32
Mexicano norteamericanas	.10	.14	.15
Mayoría	.45	.64	.65

Fuente: U.S. Commission on Civil Rights, Social Indicators of Equality for Minorities and Woman (Agosto 1978).

Para 1970, una tercera parte del grupo mexicano norteamericano podía ser clasificado como funcionalmente iletrado (se considera así a las personas con menos de cuatro años de educación formal). Esto garantiza, desde luego, su permanencia en los niveles socioeconómicos más bajos de la sociedad norteamericana. Se calcula que un mínimo de 12 años de educación formal es requerido para colocarse en los trabajos -- más disputados y mejor pagados en los Estados Unidos. Únicamente la cuarta parte de la población mexicana norteamericana está capacitada para competir por ellos [Alvírez 1979: 53]. Es indudable que la falta de una mayor educación limita seriamente las oportunidades para los mexicanos norteamericanos de incorporarse a la clase media norteamericana. Sin embargo, el nivel educativo mexicano norteamericano, aunque lentamente, se ha ido mejorando con los años. Tenemos que para 1976, entre los mexicanos norteamericanos de 18 y más -- años de edad, sólo el 22% tenían menos de cinco años de educación formal, en tanto que el 39% había alcanzado, cuando menos, nivel de High School [Alvírez 1979: 33-35].

Según datos más recientes procedentes de la Oficina del Censo, para marzo de 1979 el 34.9% de la población de origen mexicano había terminado sus estudios de High School y el -- 23.9% tenía cinco años o menos de educación primaria [Bureau of the Census, Oct. 1979: 5]. Sin embargo, únicamente el --

3.9% del total tenía educación superior [Bustamante 1982: sp]. De lo anterior se desprende que si bien es cierto que el nivel general de educación está incrementándose para la población de origen mexicano en los Estados Unidos, este incremento no alcanza más que para reubicar al grupo un poco más arriba, pero siempre dentro de los niveles más bajos de la sociedad. El acceso a los niveles más altos, siempre asociado a la educación, como ya se vio, es casi inexistente. Se tiene que para marzo de 1979 el promedio de años escolares terminados entre la población de origen mexicano mayor de 14 años era de 3.1 años. Del mismo grupo de edad, el 7.1% había terminado High School y únicamente un 1.8% tenía un año o más de estudios universitarios [Bureau of the Census, Oct. 1979].

Este capítulo ha intentado ocuparse de los dos elementos que han sido considerados clave en la discusión sobre las posibilidades de acción política de la minoría mexicana norteamericana. Por un lado, la situación demográfica de esta minoría ha dado pie para pensar que existe un enorme potencial al respecto. Por otro lado, la baja colocación del grupo - como tal dentro de la escala social norteamericana, ha hecho pensar lo contrario. La consideración de cada uno de estos elementos por separado han dado lugar al sostenimiento de -- puntos de vista muy distantes respecto del tema que en este trabajo nos interesa. En nuestra opinión únicamente la consideración de ambos juntos puede dar lugar a una evaluación más objetiva.

Con respecto al potencial político que le da el número y el rápido crecimiento demográfico, en la primera parte de este capítulo pudimos constatar que, efectivamente, existe evidencia para pensar que en un futuro no lejano la población de origen mexicano en los Estados Unidos se convertirá en la minoría étnica más importante en ese país. Su tasa de crecimiento demográfico únicamente es igualado por la población indígena norteamericana. Por otro lado, se trata de una población sumamente joven, condición que permite pensar en un aumento en la tasa de fertilidad a futuro y un consecuente crecimiento demográfico aún mayor. Se ha visto también que la población de origen mexicano se encuentra altamente concentrada geográficamente en los estados del suroeste; sin duda, la alta concentración geográfica aumenta aún más la importancia de su número.

Como se ha mencionado antes, el rápido crecimiento demográfico de la minoría mexicana norteamericana y su alta concentración son los elementos que permiten contemplar la idea de un incremento sustancial en el poder político que esta minoría pudiera alcanzar. Se ha dicho, sin embargo, también, que el hecho de que el grueso de la población de origen mexicano se encuentre entre los estratos más bajos de la escala social norteamericana la hace comportarse políticamente como el grueso de la población pobre de ese país. Es decir, su grado de participación política ha demostrado históricamente ser sumamente reducido, como reducida es la participación de cualquier grupo caracterizado por pobre. A este respecto, -

cabe señalar que es indudable que la minoría mexicana norteamericana ha sido relegada históricamente a ocupar algunos de los estratos más bajos de la escala social norteamericana. - A lo largo de la segunda parte de este capítulo bien lo pudimos observar. Sin embargo, cabe hacer notar que el total de la población norteamericana ha mejorado sustancialmente - sus condiciones generales de vida durante las últimas décadas. La minoría mexicana norteamericana no ha sido la excepción. Es notorio que durante los años posteriores a la II - Guerra Mundial, esta minoría ha mejorado sus condiciones absolutas de vida, aunque con relación al grueso de la población norteamericana se encuentra aún en franca desventaja. Hemos visto que, si bien es cierto que los mexicanos norteamericanos aún ocupan parte de los estratos más bajos de la escala social norteamericana, sus ocupaciones principales han ido convirtiéndose en ocupaciones con una cierta calificación y por lo tanto mejor remuneradas. Es notorio también que la escolaridad, elemento fundamental de movilidad social en la sociedad norteamericana, ha aumentado considerablemente durante los últimos tiempos. Sin embargo, el nivel de ingresos por familia continúa siendo de menos de la mitad del promedio de la población blanca. No cabe duda de que los mexicanos norteamericanos como grupo se encuentran aún relegados a los bajos niveles. No obstante, el mejoramiento relativo que han experimentado parece haber alterado sus patrones de comportamiento participativo. En las últimas décadas parecen haber pasado de la indolencia total a una creciente participación.

CAPITULO IV.

PARTICIPACION POLITICA.

A diferencia de otras minorías nacionales en los Estados Unidos, la población de origen mexicano adquirió la nacionalidad norteamericana por el tratado Guadalupe-Idalgo - que fue firmado en 1848. Además, durante todo el tiempo posterior a su anexión como parte de los Estados Unidos, han -- mantenido contacto constante con México. Lingüística, social y culturalmente, esta minoría se ha visto reforzada por una fuerte inmigración procedente de México que se ha dado tanto en forma legal como ilegal. Armando Gutiérrez diría que "de esta manera los Chicanos no han afrontado el aislamiento físico de la madre patria que ha caracterizado a otros grupos en los Estados Unidos" [Gutiérrez A. 1930: 493].

Las circunstancias muy particulares de la formación histórica de este grupo étnico han determinado características igualmente particulares de sus patrones de comportamiento político. De la misma manera que la heterogeneidad es característica primordial en los demás ámbitos de la vida de esta minoría, la vida política de los mexicano-norteamericanos se ha distinguido por una enorme heterogeneidad.

Una de las fuentes de diferenciación más importantes -- que han dividido a los distintos sectores de la minoría mexi

cano norteamericana proceden de la separación existente de acuerdo al estado que habitan. Tradicionalmente, por ejemplo, los mexicanos que han habitado en Texas han tenido muy poca voz política. Hasta el año de 1966, en que se abolió el impuesto al empadronamiento, muchos mexicano norteamericanos - estuvieron privados de sus derechos políticos en este estado. En Nuevo México, en cambio, los mexicanos desde siempre han tenido una importante tradición de actividad política. En este estado ha sido práctica común que los mexicano norteamericanos hayan elegido regularmente legisladores del estado y senadores ante el Congreso. Cabe agregar que "hasta la II - Guerra Mundial, la población hispana de Nuevo México sobrepasa a los residentes anglos" [Moore 1972: 70-71].

Aparte de las diferencias por lugar de residencia, los mexicano norteamericanos se encuentran sumamente divididos - por toda clase de elementos divisionistas. A diferencia de otras minorías, este grupo no ha podido superar su inmadurez política. Se trata de una minoría políticamente fragmentada que muy rara vez ha logrado unificar un gran número de miembros alrededor de un líder, un candidato o una organización. Burma menciona como buen indicador de que esto ocurre así "la extrema escasez de funcionarios mexicano norteamericanos electos aún en áreas donde la población mexicano norteamericana es más numerosa que la mayoritaria" [Burma 1970c: 251]. En general, se puede decir que la comunidad mexicano norteamericana en los Estados Unidos se ha mantenido carente de liderazgo y sin grupos de acción políticamente organizados --

[Finkney 1970: 73-80]. Acuña señala que muy pocos son los líderes mexicano norteamericanos que han logrado seguir patrones de conducta que probaron ser exitosos entre otras minorías, particularmente los negros. El movimiento negro, a diferencia del chicano, se distinguió por haber constituido un liderazgo nacional mantenido con el apoyo de una enorme organización a nivel nacional operada por personal altamente capacitado [Acuña 1981: 27]. El mismo autor menciona que en realidad César Chávez fue el único líder de importancia nacional que estaba sostenido por una organización significativamente grande. Desafortunadamente, se trataba de un sindicato que, como es natural, promovía antes que nada los intereses de sus afiliados y no los intereses de la minoría mexicana norteamericana como un todo. Dicho esto en términos de Touraine, se trataba de un movimiento social con un principio de totalidad muy reducido y resultaba, por ello, incapaz de guiar a la minoría mexicana norteamericana hacia un movimiento que modificara las condiciones estructurales en que se habían encontrado sumergidas desde que surgieron como minoría en los Estados Unidos.

En partes anteriores de este trabajo hemos aceptado las condiciones que impone Touraine para que un actor social pueda llevar a cabo una acción social y cómo de la intensidad con que se presenten los tres principios que él menciona, depende la eficacia o al menos la fuerza de ese movimiento social. Hemos mencionado también, aunque de manera muy somera, que si bien es cierto que el principio de identidad se da en

tre los mexicano norteamericanos el reconocimiento de pertenencia a la minoría mexicano norteamericana desenlaza un sinnúmero de controversias. A este respecto, por ejemplo, Bustamante declaró en 1976:

no todos los individuos de ascendencia mexicana que viven en los Estados Unidos se consideran chicanos; hay aún una mayoría que considerándose impotentes - de modificar las definiciones de inferioridad que les ha sido impuesta por el color moreno de su piel o por su apellido español o por su idioma, luchan desesperadamente por asimilarse a los valores de la cultura dominante y el acercarse lo más posible al prototipo del WASP [Bustamante 1976: 532].

La falta de claridad en cuanto a la pertenencia al grupo ha venido acompañada, en el caso de los mexicano norteamericanos por una falta de claridad respecto a cuál es el enemigo común que puede justificar su unificación en una acción colectiva. Esto es, el principio de oposición propuesto por Touraine tampoco se ha cumplido satisfactoriamente. Tenemos por ejemplo que como práctica común se han visualizado a los miembros de otras minorías igualmente en desventaja como enemigo común, dado que tradicionalmente han competido por los mismos sectores del mercado de trabajo. Teóricamente, una lógica racional indicaría como conveniente seguir una estrategia contraria. En tiempo de peligro para las minorías en desventaja en los Estados Unidos, lo óptimo parecería ser una alianza entre las minorías más importantes con el fin de gozar del beneficio que otorga la fuerza de la unidad. Sin embargo, en la realidad esto no se ha dado. Para entrar más en detalle, cabe mencionar que el Movimiento Chicano surgió en la década de los sesentas como reflejo del Movimiento Ne-

gro, sin embargo, en ningún momento se plantearon la posibilidad de trabajar en conjunto sus demandas con otras minorías. Numerosas encuestas aplicadas a mexicano norteamericanos han mostrado que éstos han asimilado en gran medida el sistema de valores 'anglonorteamericano' en lo que hace a -- discriminación racial, muy probablemente a través del sistema educativo y de los distintos agentes de socialización tales como los medios masivos de comunicación [ver López y Rivas - 1971: 80-81]. De acuerdo a estas encuestas, los mexicano -- norteamericanos tradicionalmente han mostrado "cierta clase de complejo de superioridad hacia los negros, ciertos recelos causados por las explosiones de violencia del Movimiento Negro y una discriminación racial que, sin embargo, no llega al grado de la que ejerce el 'anglo'" [López y Rivas 1971: 80-81]. La asimilación inconsciente de una parte de los valores 'anglonorteamericanos' ha dado como consecuencia una enorme confusión en términos de la identidad de grupo de los miembros de la minoría mexicano norteamericana y más en términos de la determinación de un opositor común.

De lo arriba expuesto se sigue que los principios de -- identidad y oposición, hasta ahora, presentados por la minoría que nos ocupa no reúnen los requisitos necesarios para que se dé un tipo de acción social fuerte y duradera entre -- los mexicano norteamericanos. En lo que hace al principio -- de totalidad, cabe mencionar que se trata de un problema un poco más complejo. Como ya se ha dicho antes, la minoría me -- xicano norteamericana se encuentra terriblemente fragmentada

políticamente. Esta fragmentación política se da a todos niveles, y de la misma forma en que no es posible hablar de -- una mínima unidad en cuanto a las técnicas inmediatas a seguir por parte de los diferentes grupos, organizaciones, sectores, etc., tampoco es posible hablar de una estrategia común a largo plazo. Dentro de las organizaciones de mexicano norteamericanos se encuentra todo tipo de agrupaciones: -- gremios, sindicatos, asociaciones civiles, políticas, estudiantiles, etc. Las ambiciones de cambio de cada una de -- ellas varía de acuerdo al tipo de organización de que se trate según el estrato al que represente. De esta manera, digamos que el principio de totalidad no es uniforme en lo que -- toca al actor social que estamos tratando.

Antecedentes organizacionales.

Por lo general, los distintos autores que han tratado -- la historia de la participación política de los mexicano norteamericanos como minoría, han coincidido en que las formas que sus manifestaciones han adoptado han variado de acuerdo al momento histórico en que se han dado. El tipo de organización así como las aspiraciones con que aparezca y las estrategias que planteen a largo plazo se pueden enmarcar en -- una periodización histórica. Tenemos así, por ejemplo, que la periodización histórica clásica que hace la doctora Moore corresponde en mucho con la tipificación que muy posteriormente realizaría Armando Gutiérrez al abrigo del enfoque sis

témico.

El primer periodo que distingue la doctora Moore, lo relaciona con las actividades guerrilleras que se dieron a lo largo de la frontera, que fueron llevadas a cabo por famosos dirigentes y que constituyen la reacción posterior a los resultados de la guerra de conquista [López y Rivas 1971: 88]. Armando Gutiérrez, por su parte, distingue dentro de su primer rubro los encuentros violentos que entre los mexicanos norteamericanos y la sociedad dominante. Los considera ejemplos de "acción política no sistémica e independiente de estilo -violento" [Gutiérrez A. 1979: 328]. En esta categoría se encuadran movimientos tales como el de Juan "Cheno" Cortinas, el Chico Cano Gang, y el Plan de San Diego con representantes de la sociedad 'anglo'. Fueron todos asociados con resistencia violenta a las injusticias cometidas por la mayoría de la sociedad. Estos individuos y organizaciones acabaron por separarse de una sociedad que percibieron como racista e injusta.

Moore menciona como segundo periodo histórico el que se inicia alrededor de los años veinte y se caracteriza por la aparición de organizaciones en cuya ideología se encuentran aspiraciones integracionistas de las capas medias de la población de origen mexicano. A este segundo rubro Gutiérrez le llama de "estrategias sistémicas independientes". Dentro de esta estrategia -según indica Gutiérrez- se pueden clasificar la participación política dentro de los canales tradicionales de participación política como son los partidos políti-

cos Demócrata y Republicano [Gutiérrez 1979: 328-329].

El tercer periodo histórico de que habla Moore aparece después de la II Guerra Mundial [ver Maciel 1981: 93-94]. Los participantes mexicano norteamericanos regresaron de la guerra con la inquietud de recuperar trato igual en la nación por la cual habían arriesgado la vida [López y Rivas 1971: 90]. El clásico ejemplo de este tipo de organización sería la American G.I. Forum. Gutiérrez llama a estas estrategias "dependientes, activistas y no partidarias". Incluye dentro de esta clasificación, desde luego a la American G.I. Forum, a la League of United Latin American Citizens (LULAC), el Texas Farm Workers Union (TFW) y en cierta medida también los Communities Organized for Public Services (COPS). Estas organizaciones se caracterizan por su independencia y activismo en varios temas concernientes al significado del origen nacional de los mexicano norteamericanos. Por otro lado, se han distinguido por una constante renuencia a ser identificados con cualquier partido político. Constantemente han puesto énfasis en que sus temas de interés se relacionan con hechos reales y no con ideologías. Esto mismo les ha costado serias críticas por carecer de ideología [Gutiérrez A. 1979: 329- 330].

El cuarto y último periodo en la historia política mexicano norteamericana es la que Moore propone que se inicia en 1960 como reflejo del Movimiento Negro e inicialmente, también como oposición a la guerra de Vietnam. El despliegue organizacional surgido en este cuarto periodo es conocido co

mo el Movimiento Chicano [López y Rivas 1971: 88-91]. El Movimiento Chicano logró movilizar a un gran número de organizaciones de diversos orígenes y naturalezas. Finalmente se logró la creación de una estrategia independiente y activista. Gutiérrez menciona que el caso mejor acabado de este tipo de organización es el Partido de la Raza Unida, aparecido en 1970 en la ciudad texana de Crystal City. De acuerdo a lo que nos dice Gutiérrez, esta organización se distinguió por una ideología altamente desarrollada que fue acompañada por una fuerte participación en la política electoral con el doble propósito de garantizar puestos de elección popular a representantes de minorías raciales en ciertas comunidades, por un lado, y por otro, el propósito de educar al público en general y a los mexicanos norteamericanos en particular, en el trabajo político norteamericano y en las formas para ir resolviendo los problemas de pobreza, falta de poder, inequidad, etc. "A pesar de que el Partido de la Raza Unida ha tenido un limitado éxito en implementar sus estrategias, sigue apareciendo como el paso más significativo en la actividad política Chicana moderna" [Gutiérrez A. 1979: 330].

Tradicionalmente, el modelo de liderazgo mexicano norteamericano -según apunta Moore-, había sido de "combatiente silencioso" [Moore 1972: 293] que no creaba dificultades públicas. Hasta la llegada de César Chávez en 1965 y las sensacionales huelgas agrícolas en los valles de San Joaquín en California y del Río Bravo en Texas, la estrategia mexicana era únicamente de negociación silenciosa y privada.

Hasta ese momento las manifestaciones públicas habían sido - muy escasas. Sin duda alguna, la década de los sesentas marca un viraje fundamental en la historia política de la minoría mexicano norteamericana.

Participación sindical.

Dentro de la historia organizacional de la minoría mexicano norteamericana, la participación en organización sindical merece particular tratamiento por varias razones. Una de ellas y quizá la más importante es que la gran mayoría de los ciudadanos mexicanos han sido y siguen siendo clase trabajadora. Sus intereses, necesidades y expectativas dependen fundamentalmente de su papel y posiciones económicos [Gómez Quiñones 1981: 9]. Cabe señalar que la formación de organizaciones civiles previas a la década de los sesentas obedeció casi por lo general a las necesidades organizacionales de miembros de clase media de la comunidad mexicano norteamericana. Desde siempre, la forma natural de organización que han encontrado las clases trabajadoras han sido las agrupaciones sindicales. La segunda razón de importancia por la que nos parece necesario considerar por separado la participación sindical es que la historia laboral nos ayuda a "entender el impacto de los cambios económicos en la comunidad, el desarrollo de divisiones internas y sus ramificaciones políticas en la comunidad, el grado de tensión entre los mexicano norteamericanos y la sociedad dominante, los modelos de -

resistencia, el grado de politización y de cohesión, el papel de las oficinas gubernamentales respecto de la comunidad, las actitudes y las posibilidades ante la cooperación en el seno de las minorías, el estado de la conciencia de clase y cómo en algunas circunstancias ésta trasciende los antagonismos nacionales" [Gómez Quiñones 1981: 9]. No es de nuestro interés elaborar un análisis a profundidad de la historia -- sindical mexicano norteamericana, pero no podemos pasar por alto ciertos elementos que resulta indispensable, cuando menos, mencionar así sea de paso.

En páginas anteriores de este trabajo hemos mencionado de qué manera se fue estableciendo un mercado de trabajo segmentado en los Estados Unidos y cómo en todos los niveles de éste las minorías en desventaja se vieron ubicadas como población de segunda clase. Como trabajadores los mexicano norteamericanos, tradicionalmente se vieron desplazados a los sectores menos atractivos y peor pagados. La concentración del trabajador chicano en los niveles más bajos de la clase obrera, ha sido garantía para que los trabajadores blancos gocen de una mejor situación al poder aspirar a los trabajos mejor remunerados y que requieren de una mayor capacitación técnica, atenuando la competencia entre ellos.

Esta situación mantiene a la clase obrera convenientemente dividida entre blancos y no blancos, al tiempo que fomenta también la división entre las minorías. Pues en términos reales, durante las épocas de auge del ciclo del capital, la opresión de las 'minorías' es condición para el bienestar del resto de la clase obrera, en tanto que en épocas de crisis se convierten en una amenaza, pues la competencia se recrudece [Maciel y de los Ríos 1977: 103-104].

El sindicalismo apareció en los Estados Unidos desde finales del siglo XIX como producto de las malas condiciones de trabajo, salud y nutrición [Maciel 1981: 98]. Desde un principio el sindicalismo "era visto como 'antinorteamericano' y los trabajadores 'independientes' o sea los rompehuelgas, se convirtieron en héroes" [Maciel 1981: 98]. Tradicionalmente, se había pensado en los trabajadores de origen mexicano como trabajadores carentes de tradición e iniciativa participativa. Sin embargo, cuidadosas investigaciones han demostrado lo contrario. Su participación fue tan temprana como los esfuerzos organizativos de los Knights of Labor de finales del siglo XIX. Del siglo XIX datan, también, las numerosas sociedades mutualistas que se dieron por la existencia de la discriminación, la pobreza general y del nivel elemental de unificación en el suroeste.

Los mutualistas existían casi en cada barrio y la tarea de identificarlos apenas ha comenzado. La memoria estaba compuesta por trabajadores y elementos de clase media baja; una gran cantidad eran nuevos inmigrantes. Estas organizaciones funcionaban como instituciones locales que proporcionaban ayuda económica y servicios de defensa legal a los mexicanos [Gómez Quiñones 1981: 75].

Según refiere Carey McWilliams la primera organización estable de trabajadores mexicanos se fundó en el sur de California en 1927: Confederación de Uniones Obreras Mexicanas - [McWilliams 1972: 228]. La primera huelga emplazada por esta organización ocurrió en el Imperial Valley en 1929. Fue rota por arrestos en masa y deportaciones [McWilliams 1972: 228]. La década de los treinta ha reportado una gran acti-

vidad organizativa entre los mexicano norteamericanos en materia sindical [Maciel 1981: 23]. Como hemos mencionado en el Capítulo II, en este mismo periodo se registra una de las deportaciones masivas más importantes de la historia de los Estados Unidos. Entre los deportados se encontraban de manera importante los principales líderes sindicales de origen mexicano [Maciel 1981: 17]. Durante esta época quedó claro para los mexicano norteamericanos que la sindicalización debería "realizarse fuera de la organización obrera nacional -la AFL- puesto que ésta constantemente había estado manifestando su poco interés o concediendo muy poca importancia a las quejas de la mano de obra mexicana" [Maciel 1981: 68]. Es de hacerse notar que históricamente la AFL había ignorado las necesidades de las organizaciones o secciones locales de los mexicano norteamericanos no especializados o semiespecializados.

En repetidas ocasiones, la dirección nacional de la AFL hizo declaraciones racistas y exclusivistas acerca de los trabajadores de origen mexicano. Su interés era el mejorar a los trabajadores 'anglos', aunque eso se lograra a expensas de minorías como la chicana [Maciel 1981: 68].

sin embargo, a pesar de estos y otros obstáculos, los trabajadores mexicanos de zonas urbanas formaron efectivamente sus propias secciones locales de la AFL y sus sindicatos [Maciel 1981: 68].

La Segunda Guerra Mundial vino a cambiar la dinámica de resistencia sindical a todos los niveles en los Estados Unidos. El ímpetu sindical manifestado por los mexicano nortea

mericanos durante los años treinta se vio aplacado debido a "las condiciones de guerra y al compromiso de no hacer huelgas, garantizado casi por todos los sindicatos, el conflicto laboral se calmó durante la mayoría de los años de guerra" - [Maciel 1981: 89].

El conflicto político e ideológico de la postguerra entre la Unión Soviética y los Estados Unidos tuvo, también, - resultados adversos para los trabajadores mexicano norteamericanos. Las tendencias del ala derecha reforzaron, de manera importante, a muchos líderes obreros "reaccionarios" [Maciel 1981: 112]. Por otro lado, la persecución de rojos alcanzó de manera notable, a todo lo largo de los años cincuenta, a muchos líderes de diversas minorías y, desde luego, a la mexicana norteamericana entre ellas.

Los años sesenta trajeron cambios sustanciales para todas las minorías norteamericanas y los mexicano norteamericanos no fueron la excepción. En materia sindical, es en este periodo cuando surge el sindicato que agrupa mexicano norteamericanos en mayor número y que ha alcanzado proyección nacional de gran importancia. Se trata, desde luego, del National Farm Workers Association que aparece en 1967 que actualmente es conocida como el United Farm Workers Organizing Committee [Bilbao y Gallart 1981: 38]. Puede decirse que la United Farm Workers ha sido la organización de mexicano norteamericanos que ha logrado alcanzar proyección nacional de mayor escala a la vez que ha crecido y madurado políticamente, de manera constante, desde su aparición. Esta organiza-

ción se cuenta como de primera línea en la lucha económica.

Mediante sus tácticas militantes, como las huelgas, así como el empleo del boicot y de la opinión pública, su participación en las políticas electorales y su empleo imaginativo de la cultura mexicana para organizar a los trabajadores, el sindicato logró -- reunir una fuerza de trabajo mexicana en su mayoría, pero también de otras nacionalidades [Maciel 1981: 170].

El sindicato ha logrado vencer a las agroindustrias, al gobierno estatal de California y a los intereses a quienes -- ha afectado su acción política. Sin embargo, a pesar de tener repercusión nacional importante, no ha quedado claro su programa ni su estrategia para la organización fuera de California [Maciel 1981: 171]. Entre los planes a mediano y largo plazo de Chávez, se encontraba el profesionalizar al sindicato en años venideros [Maciel 1981: 169], para darle mayor fuerza y consistencia a su acción. Por otro lado, consideraba indispensable luchar contra la mecanización en el -- suroeste que estaba desplazando enormes cantidades de trabajadores agrícolas. En la década de los ochentas los trabajadores mexicano norteamericanos todavía no han recibido beneficios de salud ni de seguridad, ni el derecho a organizarse. Puede decirse que la lucha de los trabajadores agrícolas está lejos de haber terminado.

En lo que respecta a la injerencia de mexicano norteamericanos en otros sectores de la economía, éstos tienen una importancia creciente en los sindicatos de las industrias automovilística, minera, ferroviaria, enlatadora, del transporte, de alijadores, del vestido, de la construcción, del

acero, etc. [Gómez Quiñones 1978: 44]. "La presencia de los trabajadores mexicanos en los sindicatos es significativa para el futuro" [Gómez Quiñones 1978: 44].

Movimiento Chicano.

En el interior de los Estados Unidos, los sesentas desencadenaron fuerzas que sacudirían hasta los cimientos de la sociedad. A mediados de esta década estalló una serie de -- disturbios raciales en toda la nación. El movimiento pro-de -- rechos civiles iniciado por los negros fue seguido rápidamente por otras minorías entre las que se cuentan como principales la mexicana norteamericana. En contraste con las décadas anteriores, la época de los sesentas presentó cambios impresionantes, y el más importante fue la resistencia en -- muchos niveles diferentes y el inicio de un movimiento social que de muchos modos "consolidaría las luchas pasadas y aún -- daría esperanzas para el futuro" [Maciel 1981: 132].

Para 1960, los mexicanos norteamericanos se habían constituido ya en la segunda minoría nacional en los Estados Unidos por su tamaño, con una población de 4 millones aproximadamente [Maciel 1981: 125]. Al evidenciarse la prosperidad de la mayoría de los sectores de la sociedad norteamericana, los mexicanos resultaban relativamente más pobres. Otro elemento que influyó en el clima de efervescencia política de -- ese momento fue el clima ideológico internacional desatado --

por la Revolución Cubana, las guerras de liberación africanas y vietnamitas.

El llamado Movimiento Chicano emergió como un desafío a los supuestos, la política y los principios de los líderes - sindicales y políticos consagrados, las organizaciones y la actividad de dentro y fuera de la comunidad. "Una vez más - pasaba al primer plano la cuestión de la identidad nacional" [Maciel 1981: 134]. Las pretensiones del Movimiento Chicano fueron de enorme amplitud en el sentido que intentaban recuperar la experiencia de vida del mexicano en los Estados - Unidos para crear en un futuro un movimiento que lograra activar a todos los sectores de la comunidad mexicana norteamericana [Moore 1972: 280-281]. Sin embargo, sus alcances reales se han visto seriamente limitados debido a que este movimiento es caracterizado por una enorme "heterogeneidad y - localismo" [López y Rivas 1971: 92]. De ninguna manera se puede considerar al Movimiento Chicano como un movimiento -- unificado. "Este movimiento social dista de ser un movimiento organizado bajo una dirección hegemónica. Es más bien un proceso de reacción de legítima defensa de una parte de la - población de ascendencia mexicana en los Estados Unidos contra una situación de opresión" [Bustamante 1976: 531]. Bilbao y Gallart consideran que a pesar de su falta de unificación "su lucha común es por los derechos que como ciudadanos norteamericanos merecen y que hasta la fecha les han sido negados" [Bilbao y Gallart 1981: 38-40].

Cabe señalar que los sectores de la población mexicana

norteamericana que se vieron movilizados en mayor medida dentro de lo que se dio en llamar el Movimiento Chicano fueron los sectores de clase media. "Casi imperceptible ha sido la continua presencia e influencia de las asociaciones patrióticas y mutualistas en la comunidad" [Maciel 1981: 136]. Se puede decir -como ha señalado Moore- que la ideología del 'chicano' incluye una amplia definición de la actividad política

Irónicamente, esta manera de pensar fue posible solamente a una nueva generación de jóvenes mexicanizados urbanizados y anglizados; es decir, asimilados con menos cargas sociales y restricciones de --clase que sus mayores, cuya educación los había expuesto a nuevas ideas [Moore 1972: 276-277].

La que se ha dado en llamar la ideología del chicanismo intenta redefinir la identidad de los mexicanos sobre la base no de clase, generación o área de residencia, sino sobre la "experiencia única y compartida en los Estados Unidos. - Esto significa que el llamado a la acción política, por el - progreso económico y la reorientación de identidad cultural, se hace en términos de historia, cultura y pasado étnico comunes de la raza" [López y Rivas 1971: 92]. Según apunta la doctora Moore, la ideología del chicanismo es básicamente -- ecléctica y deriva su inspiración de fuera del grupo. A partir de este movimiento social, el término chicano ha adquirido una connotación fuertemente política. Ya no define únicamente a los miembros de la sociedad norteamericana de ascendencia mexicana, sino toda una posición política y de autoidentificación.

Ser chicano es un estado de conciencia política obtenida a partir de haber hecho propios los símbolos de una cultura de origen (la mexicana) y de haberles dado un contenido político derivado de una lucha contra un estado de opresión [Justamente 1976: 533].

Las repercusiones ideológicas del Movimiento Chicano resultaron ser considerables, muy en especial entre la gente joven de edad universitaria y la que asistía a las escuelas secundarias [Moore 1972: 285-286]. Es indudable que a partir de la movilización llevada a cabo por este movimiento se sentaron las bases de la minoría mexicano norteamericana. Gracias a este tipo de movilización fue posible también identificar un enemigo común a los diferentes sectores del conglomerado organizacional y clarificar una serie de demandas defendidas por todos estos subgrupos. Sin embargo, es necesario hacer notar que el Movimiento Chicano tuvo serias limitaciones. Maciel señala como un defecto central que "el movimiento, debido a la heterogeneidad de organizaciones, regiones, intereses y conciencia de clase no formó una ideología que compartieran la comunidad, los activistas y las organizaciones" [Maciel 1981: 208]. Sin duda alguna, la falta de un plan ideológico dominante tuvo por consecuencia la fragmentación y las luchas por el poder entre grupos, y no se formó una base organizacional que uniera los diferentes sectores de la comunidad [Maciel 1981: 208].

Entre las organizaciones mexicano norteamericanas que llegaron a alcanzar mayor importancia en los años sesentas y setentas, se cuentan la League of United Latin American Citi-

zens (LULAC), el American G.I. Forum, el Political Association of Spanish-Speaking Organizations (PASO o PASCO), la Mexican American Political Association (MAPA), las Mexican American Youth Organizations (MAYO) y la United Mexican American Students (UMAS) [Burma 1970: 252] y un sinnúmero de organizaciones pequeñas. Entre los líderes mexicano norteamericanos surgidos en este periodo el que logró alcanzar -- cierta importancia, conservarla e incrementarla a lo largo de los años fue César Chávez del que ya hablamos en párrafos anteriores.

Otro líder relativamente importante aparecido en la década de los sesentas fue Reyes López Tijerina de Nuevo México. En 1963 formó la Alianza Federal de Mercedes. Bajo su dirección se hizo una reclamación de millones de hectáreas -- que fueron usurpadas a las comunidades hispanoamericanas y -- que habían sido otorgadas como mercedes reales en la época colonial española. Dichas tierras habían sido tomadas tanto por compañías federales como por terratenientes norteamericanos independientes [Bilbao y Gallart 1981: 39].

A la vez que esto ocurría, en Denver, Colorado, se levantó Rodolfo "Corky" González, seguido por un grupo que luchaba en favor de los derechos civiles para los mexicano norteamericanos. Su movimiento enfatizaba demandas educativas, de mejoramiento de vivienda, de oportunidades diversificadas de empleo y reformas a la tenencia de la tierra. González -- proponía tomar las bases materiales que fundamentan el poder, y construir un 'nacionalismo chicano' recurriendo a las raf-

ces históricas que identificasen al grupo en su lucha por la autodeterminación, que llevaría a la liberación social, económica y política [Bilbao y Gallart 1981: 39]. Para lograr sus objetivos "Corky" fundó en 1965 la Crusade for Justice - y más adelante ayudó a fundar el Partido de la Raza Unida de Colorado.

José Angel Gutiérrez es otro de los líderes mexicano -- norteamericanos que alcanzó gran relevancia. En 1967 él y - otros estudiantes fundaron la Mexican American Youth Organization (MAYO), en el Colegio St. Mary en San Antonio. De es - tos primeros intentos organizacionales surgiría más tarde -- una estrategia política significativamente novedosa entre los mexicano norteamericanos que veía en la organización partidaria la vía correcta para labrar un lugar decoroso para los mexicano norteamericanos en la sociedad estadounidense. Los partidos políticos tradicionales norteamericanos ofrecían muy poca representatividad para los miembros mexicano norteamericanos. Muy difícilmente se podría encontrar algún candidato de origen mexicano para algún puesto de elección popular -- [Acuña 1981: 388].

La idea de una organización partidaria propia para la - participación mexicano norteamericana culminaría con la crea - ción del Partido de la Raza Unida en 1970. Si bien es cierto que el Partido de la Raza Unida tuvo un éxito significati - vo muy breve, también lo es que sentó las bases para la forma - ción de un principio de totalidad muy amplio. Un partido político, por definición, tiene expectativas de influir en -

las estructuras mismas de la sociedad. Con la creación del Partido de la Raza Unida se rompía la tradición mexicano -- norteamericana en que las esferas de cambio se limitaban a las necesidades concretas de los miembros de cada una de las organizaciones. El partido político impulsado por José Ángel Gutiérrez surgió bajo la premisa de que "sólo un partido político independiente y exclusivo respondería a las demandas de los chicanos en su lucha por el acceso al poder" [Díaz y Gallart 1980: 39]. El Partido de la Raza Unida sentó un precedente muy importante en cuanto a la necesidad de una estrategia de organización mucho más universal y con objetivos a largo plazo más claros. Gutiérrez decidió buscar una alternativa al sistema bipartidista tradicional norteamericano que satisficiera las necesidades de la comunidad mexicano norteamericana. En su estrategia entraba la participación política dentro de los márgenes considerados netamente norteamericanos, es decir, participación electoral. Sin embargo, quería garantizar un mínimo de representatividad de la minoría a que él pertenecía dentro del juego político. Gutiérrez aseguraba que "los chicanos no siempre pueden decir la diferencia entre un anglo bueno y uno malo, pero ellos saben la diferencia entre un García y un Smith" [Acuña 1981: 362]. El Partido de la Raza Unida fue creado en Texas en el año de 1970 y ya para 1972 se había apoderado del Consejo de Educación de la ciudad de Crystal City y había arrasado en las elecciones de la ciudad y el condado. El proyecto a corto plazo que se propuso Gutiérrez establecía como necesari-

rio controlar las esferas políticas, económicas y sociales - de los 20 distritos electorales del sur de Texas, donde había mayoría de población de origen mexicano [Dilbao y Gallart 1980: 39]. En el estado de Colorado, el 30 de marzo de 1970, "Corky" González anunció la formación del Partido de la Raza Unida de Colorado. Ya para el año de 1971 se hablaba de la existencia de un partido nacional [Acuña 1981: 388]. En California, tan sólo, para el año de 1971 existían cerca de -- 10 000 afiliados al Partido de la Raza Unida. En este mismo estado, en el año de 1971, el Partido de la Raza Unida postuló candidatos para elecciones y obtuvo el 7.93% de los votos. Cabe señalar que este porcentaje fue tomado del total de votos esperados para el Partido Demócrata. Esta situación -- dio el triunfo a los Republicanos [Acuña 1981: 388]. A partir de este incidente, los demócratas se vieron precisados a asegurar ciertas candidaturas y representación a los mexicano norteamericanos para poder continuar gozando de su apoyo [Acuña 1981: 388]. Sin embargo, el proceso de recuperación de adeptos para el Partido Demócrata tomó más tiempo del que hubieran deseado, en el año de 1972, por ejemplo, existían 22 358 personas afiliadas al Partido de la Raza Unida tan sólo en el estado de Texas. Según indica Acuña, casi todos -- ellos fueron extraídos de las filas del Partido Demócrata -- [Acuña 1981: 388]. Durante los últimos años, sin embargo, muchos militantes del Partido de la Raza Unida han renunciado al partido para volver al demócrata ya que ven muy pocas probabilidades de participación política fuera de los cana--

les tradicionales de participación política y por que al interior del Partido Demócrata se les ha prometido un incremento sustancial en sus posibilidades de participación y su representación como minoría. En años recientes, se ha dado lo que Acuña cita como "Born Again Democrats" [Acuña 1981: 400] y muchos de los exmiembros del Partido de la Raza Unida se han integrado al Mexican American Democrats (MAD) [Acuña --- 1981: 400].

Participación dentro de los partidos políticos tradicionales.

A lo largo de la historia de los mexicano norteamericanos se ha podido constatar que las condiciones generales de vida de esta minoría han sido las mismas cuando gobiernan demócratas y cuando gobiernan republicanos [Gutiérrez A. 1979: 355]. Ambos partidos, lejos de trabajar para la mejoría de las condiciones de vida de estos sectores de la sociedad norteamericana, se han manejado dentro de una retórica que ha tenido como propósito perpetuar las condiciones existentes de vida para los grupos marginados [Gutiérrez A. 1979: 342]. Sin embargo, tradicionalmente ha existido una muy fuerte identificación con el Partido Demócrata por parte de las minorías norteamericanas en desventaja. Según reporta un informe de la Comisión de Derechos Civiles en 1980, entre 1968 y 1978 prácticamente nueve de cada diez miembros de las comunidades negra e hispana en el estado de Texas, declaraban --

identificarse con el Partido Demócrata, ya fuera con mucha o poca convicción [U.S. Commission on Civil Rights 1980: 127]. "Históricamente, los mexicano norteamericanos han estado comprometidos fuertemente con el Partido Demócrata. Entre 1956 y 1964, el Partido Demócrata disfrutó del apoyo consistente de los electores mexicano norteamericanos" [De la Garza 1977: 65]. Para el año de 1969, por ejemplo, el 85% de los mexicano norteamericanos en el estado de Texas reclamaron ser demócratas en tanto que únicamente el 3% de los mismos consideran ser republicanos [De la Garza 1977: 65]. No cabe duda de la enorme popularidad que a todo lo largo del siglo ha tenido el Partido Demócrata ante los ojos mexicano norteamericanos, sobre la que el Partido Republicano ha conseguido. Sin embargo, es de hacerse notar que el Partido Demócrata no ha retribuido a los mexicano norteamericanos de la misma forma en que ha sido apoyado por ellos. En 1968, por ejemplo, "el estudio del Consejo Legislativo de Texas encontró a los mexicano norteamericanos 'enormemente subrepresentados en el ámbito estatal, especialmente en los niveles medio y alto'" [De la Garza 1977: 65]. Es de hacerse notar, sin embargo, que al interior del Partido Demócrata se han hecho grandes esfuerzos por incluir mexicano norteamericanos entre sus candidatos para no perder este electorado. Tenemos, por ejemplo, que -según reporta la Comisión de Derechos Civiles-, entre 1968 y 1972 la representación en convenciones de delegados de apellido español más que se duplicó [Civil Rights Commission 1980: 120]. En lo que respecta a la representación

que han alcanzado los mexicano norteamericanos en el seno -- del Partido Republicano, es de hacerse notar que ésta ha sido prácticamente nula. En el siguiente cuadro se ha dado la representación de personas de apellido español al interior de ambos partidos entre 1968 y 1979:

Partido	1968	1972	1978
<u>Partido Demócrata</u>			
Convención nacional	4.2%	10.6%	8.4%
Convenciones estatales (Texas)	2.4	6.5	6.5
<u>Partido Republicano</u>			
Convención nacional	1.8	1.9	1.0
Convenciones estatales (Texas)	2.0	2.1	1.7

Fuente: United States Commission on Civil Rights. Status of Civil Rights in Texas, Vol I. A report on the participation of Mexican Americans, blacks and Females in the political institutions and Processes in Texas - 1968-1978; Enero 1980, pp. 121, 124, 130, 132.

Como puede observarse en el cuadro, la participación de mexicano norteamericanos en el Partido Demócrata se ha incrementado en algo en los últimos años, en tanto que en el Republicano no.

En numerosas ocasiones el voto mexicano norteamericano ha demostrado ser crucial para ciertas elecciones. El caso más prominente es el de Kennedy, quien en 1960 fue capaz de ganar en Nuevo México y Texas únicamente gracias a la inmensa mayoría de votos a favor que obtuvo de los mexicano norteamericanos. En las votaciones de ambos estados "Kennedy - recibió menos que una mayoría por parte del voto 'anglo' --

-ganando por el apoyo mexicano norteamericano" [Gutiérrez A. 1979: 334], que fue de un 90%. En otros casos el voto mexicano norteamericano ha resultado ser muy significativo para el éxito del Partido Republicano. De la Garza menciona el caso de las votaciones presidenciales para la elección de -- Nixon en 1972. En estas elecciones Nixon ganó con el apoyo mexicano norteamericano en regiones del sur de California, -- Nuevo México y otras áreas. En otros casos, la cooperación con los republicanos ha sido indirecta, por medio del apoyo a otras fuerzas electorales que desvían el éxito de los demócratas [De la Garza 1977: 67].

Participación electoral.

En lo que hace a la conducta electoral que han seguido los mexicano norteamericanos a través del tiempo, es de hacerse notar que "a pesar de que no existe una diferencia significativa en los niveles de empadronamiento entre los mexicano norteamericanos y los anglos, los mexicano norteamericanos aparecen con un nivel de participación en elecciones significativamente inferior al nivel de los anglos" [De la Garza 1977: 64], e incluso al de los negros. En el siguiente cuadro se muestran las cifras de empadronamiento y votaciones según las elecciones de 1978 para los grupos étnicos más importantes en los Estados Unidos.

Grupos	Total (millones)	empadronados		votaron		no votaron	
		No. (m)	%	No. (m)	%	total (m)	emp. (m)
Estados Unidos	151.65	94.88	62.6	69.60	45.9	82.06	25.3
blancos	133.37	85.09	63.8	63.11	47.3	70.26	21.99
Negros	15.64	8.92	57.1	5.81	37.2	9.82	3.10
Hispanos	6.79	2.23	32.9	1.55	23.5	5.20	.64

Fuente: U.S. Department of Commerce, Bureau of the Census, "Voting and Registration in the Election of November 1978". Current Population Reports. Population Characteristics. Series P-20, No. 344, Septiembre 1979, pp. 11-12.

En el cuadro que aquí presentamos se puede observar cómo el porcentaje de ciudadanos norteamericanos de apellido - español empadronados representa únicamente la mitad del porcentaje de los ciudadanos blancos empadronados. También resulta claro que su participación en elecciones es de menos de la mitad del grupo blanco y sustancialmente más baja que el grupo de población negra tradicionalmente considerado el más marginado en la sociedad norteamericana. Mucho se ha discutido acerca del potencial político que inherentemente tiene la minoría mexicana norteamericana debido a su número, a su rápido crecimiento y a su alta concentración geográfica. Y mucho se ha criticado que en lugar de explotar este potencial, hayan manifestado tan alto nivel de abstencionismo. "Muchos observadores han concluido, por lo tanto que - si los mexicanos norteamericanos se hubieran tan sólo molestado en votar, hubieran podido elegir a sus propios candidatos en muchas localidades" [De la Garza 1977: 74]. Si bien es cierto que en muchos casos esto puede ser cierto, este tipo de críticas cae en el error de culpar a la víctima. -

existen ya a la disposición estudios muy serios en que se demuestra que los sectores de clase más baja en cualquier sociedad tienden a participar en elecciones mucho menos que cualquier otro sector [ver Almond y Verba 1965 y Ambrecht - 1976]. Si se tiene en cuenta este elemento y se considera que los mexicanos norteamericanos han estado sometidos históricamente a una situación de discriminación y separación sociopolítica se comprende fácilmente el alto nivel de abstencionismo.

En el siguiente cuadro presentamos la relación que existe entre grupo poblacional, ingreso y niveles de empadronamiento y participación electoral según los datos de noviembre de 1978:

Grupo e ingreso	total personas (m)	empadronados		votaron		no votaron	
		No. (m)	%	No. (m)	%	total (m)	No ciudadanos (m)
Total estadounidense (mayores de 18 años)	128.26	81.73	63.7	60.41	47.1	67.85	4.56
Debajo de \$5000	10.70	5.43	50.7	3.27	30.6	7.43	.55
\$5 000 a \$9 999	21.51	12.14	56.4	8.42	39.2	13.30	1.14
\$10 000 a \$14 999	24.52	14.95	61.0	10.79	44.0	13.71	1.06
\$15 000 a \$19 999	19.66	13.08	66.9	9.74	49.8	9.02	.57
\$20 000 a \$24 999	16.54	11.68	70.0	8.79	53.1	7.75	.42
\$25 000 y más	23.02	17.19	74.7	13.83	60.1	9.18	.45
Biancos	113.23	73.62	65.0	55.04	48.6	58.20	3.42
Debajo de \$5 000	7.46	3.81	51.1	2.33	31.3	5.12	.33
\$5 000 a \$9 999	17.73	10.13	57.1	7.23	40.3	10.50	.93
\$10 000 a \$14 999	21.87	13.55	62.0	9.82	44.9	12.05	.77
\$15 000 a \$19 999	17.88	12.09	67.6	9.03	50.5	8.85	.41
\$20 000 a \$24 999	15.35	10.91	71.1	8.28	54.0	7.06	.27
\$25 000 y más	21.77	16.30	75.2	13.20	60.6	8.58	.33

continuación

Grupo e ingreso	total personas (m)	empadronados		votaron		no votaron	
		No. (m)	%	No. (m)	%	total (m)	no son ciudadanos (m)
Negros	12.74	7.33	57.5	4.76	37.4	7.98	.32
Debajo de \$5 000	3.07	1.57	51.1	.90	29.4	2.17	.06
\$5 000 a \$9 999	3.40	1.91	56.0	1.12	33.0	2.28	.07
\$10 000 a \$14 999	2.19	1.28	58.2	.87	39.8	1.32	.09
\$15 000 a \$19 999	1.36	.88	64.9	.62	45.3	.75	.05
\$20 000 a \$24 999	.86	.54	62.7	.41	47.7	.45	.03
\$25 000 y más	.82	.61	75.1	.46	56.7	.35	.01
Origen hispano	6.00	2.02	33.7	1.46	24.2	4.55	1.89
Debajo de \$5 000	.89	.24	26.8	.16	18.0	.73	.24
\$5 000 a \$9 999	1.76	.45	25.6	.31	17.7	1.45	.70
\$10 000 a \$14 999	1.43	.50	34.8	.37	25.7	1.06	.46
\$15 000 a \$19 999	.65	.28	42.4	.17	26.5	.48	.19
\$20 000 a \$24 999	.43	.23	54.5	.19	45.0	.23	.06
\$25 000 y más	.34	.18	51.8	.14	41.9	.20	.06

(m) millones

Fuente: U.S. Department of Commerce, Bureau of the Census "Voting and Registration in the Election of November 1978".
Current Population Reports, Population Characteristics.
 Series P-20, No. 344, Septiembre 1979, pp. 70-71.

Como el cuadro indica, la tendencia al empadronamiento y a participar en elecciones es mayor en los estratos de mayor ingreso en todos los grupos étnicos. Sin embargo, cabe remarcar que en todos los niveles de ingreso la tendencia a la participación de las personas de origen hispano es muy inferior al resto de los grupos que aparecen en el cuadro.

El nivel de ingresos está íntimamente relacionado con el nivel de educación en la sociedad norteamericana. En el capítulo correspondiente, hemos mencionado ya que el nivel general de educación entre la población mexicana norteamericana se distingue por ser muy bajo en relación a los demás -

grupos poblacionales norteamericanos. Es un hecho también - que el nivel de escolaridad se correlaciona de manera casi - perfecta con el nivel de participación electoral como lo muestra el siguiente cuadro:

Escolaridad	Blancos		Negros		Hispanos	
	empadron.	votaron	empadron.	votaron	empadron.	votaron
Total	63.8%	47.3%	57.1%	37.2%	32.9%	23.5
Elemental						
0-4 años	34.5	20.0	48.2	27.2	19.3	12.7
5-7 años	50.6	31.6	59.2	36.2	23.7	16.8
8 años	60.6	42.2	56.4	34.8	29.3	20.3
Bachillerato						
1-3 años	53.3	36.0	52.4	31.9	29.2	21.2
4 años	63.0	46.4	55.9	36.4	39.9	27.2
Universidad						
1-3 años	70.2	52.7	60.4	43.4	45.6	33.8
4 años	77.1	63.4	74.4	54.0	44.7	36.5
5 años ó más	80.5	68.6	81.8	66.2	57.2	50.3

Fuente: U.S. Department of Commerce, Bureau of the Census. - "Voting and Registration in the Election of November 1978". Current Population Reports, Population Characteristics. Series P-20, No. 344, Septiembre 1979, pp. 63-64.

En el cuadro se presenta de manera clara la estrecha -- correlación que existe entre escolaridad y tendencia a la -- participación electoral. Esto se aplica a todos los grupos poblacionales que se incluyen, sin embargo, llama la aten-- ción que la población de origen hispano en todos los niveles presenta una participación muy baja. Mientras que los blan-- cos con cinco o más años de estudios universitarios tienden a empadronarse en un 80% y a votar en un 68.6%, los hispanos con igual escolaridad sólo se empadronan en un 57.2% y votan

en un 50.3%. Esto es aún mucho peor en los niveles más bajos de la escala educacional, a la que, dicho sea de paso, pertenece la mayor parte de la población mexicano norteamericana. El cuadro muestra que las personas de origen hispano con educación elemental se empadronaron y votaron la mitad de lo -- que lo hicieron la población blanca y la negra en las elecciones de 1978. El mismo reporte en que aparecen estos datos, informa que la tendencia a votar y empadronarse en menor medida se da principalmente en los trabajos de cuello azul y en servicios y trabajo agrícola [Bureau of the Census 1979c: 66-69]; curiosamente los sectores de la escala ocupacional en que se encuentra concentrada una buena parte de este grupo.

Ha sido práctica común acusar a la población de origen hispano y en particular a los mexicano norteamericanos de indolencia por su poca participación electoral. Sin embargo, poco se tienen en cuenta las razones que les orillan a no -- participar y en especial a no votar.

En el siguiente cuadro se muestran las razones que los miembros de diferentes minorías dieron por no haber votado en noviembre de 1978:

Razones	total E.U.	blancos	negros	hispanos
total empadronado que no votó	100.00	100.00	100.00	100.00
No pudieron llegar a las casillas.....	3.7	3.4	5.7	2.9
No pudieron tomar tiempo de trabajo.....	11.3	11.2	11.7	16.2
Estaban fuera de la ciudad.....	12.8	13.7	6.8	8.2

continuación

razones	total E.U.	blancos	negros	hispanos
Enfermedad o emergencia familiar.....	15.7	15.5	17.3	16.7
No preferían a ningún candidato.....	8.4	8.7	5.9	7.0
No les interesaba.....	17.0	17.3	15.2	18.4
Otras razones.....	17.5	17.7	15.9	15.8
No sabían.....	9.2	8.1	16.4	10.5

Fuente: U.S. Department of Commerce, Bureau of the Census. "Voting and Registration in the Election of November 1978". Current Population Reports, Population Characteristics. Series P-20, No. 344, Septiembre 1979, pp. 80-81.

El cuadro muestra que efectivamente el porcentaje de los ciudadanos de origen hispano que dejaron de votar por falta de interés sobrepasaba al promedio de la población norteamericana que se abstuvo por la misma razón. Cabe subrayar, -- sin embargo, que la falta de interés en la participación -- electoral, lejos de significar una debilidad natural que padece la minoría mexicano norteamericana, es reflejo de la -- falta de confianza que se tiene en la efectividad de este mecanismo político para las condiciones en que se encuentran. La experiencia posterior al movimiento pro-derechos civiles iniciado por los negros en los sesentas, ha dejado ver que el poder real de la votación como tal es muy limitado. "El voto puede bien ser efectivo pero únicamente en la conjunción con otro tipo de despliegues de fuerza: marchas, demostraciones, etc." [Gutiérrez A. 1979: 498]. Otra de las razones por las cuales los mexicano norteamericanos no se presentaron a votar es que, a diferencia de los otros grupos poblacionales que se tienen en cuenta, los mexicano norteamerica

nos contaron menos que los otros grupos con la posibilidad de abandonar sus trabajos para acudir a votar. Esta es una circunstancia que pocas veces se tiene en cuenta al calificar a los mexicano norteamericanos de indolencia.

Mucho se ha hablado de que la falta de participación electoral por parte de la población de origen mexicano ha tenido como consecuencia una alarmante subrepresentación de este grupo en puestos de toma de decisiones. Se ha dicho, por ejemplo, que su número y concentración les permitiría elegir, cuando menos a nivel local sus propios representantes en muchas regiones en donde llegan a ser mayoría. Esto podría -- ser extendido al nivel estatal e incluso nacional de decidir se a ir a las urnas y votar como bloque. Ciertos autores como Rodolfo de la Garza, consideran que este fenómeno se está dando y que cada vez es más posible hablar de la existencia de un bloque electoral mexicano norteamericano [De la Garza 1977]. Cualquiera que sea la verdad, lo cierto es que tradicionalmente, los mexicano norteamericanos no han sido tomados en cuenta al interior de los partidos políticos típicamente norteamericanos. Como hemos visto en páginas anteriores, los candidatos de origen mexicano a puestos de elección empezaron a aparecer tardíamente y hasta que se vió como necesidad para no perder este electorado. Además, al interior de los partidos, la elección de los que van a ser los candidatos de origen mexicano son escogidos por el grupo mayoritario 'anglo' y por lo tanto es de esperarse que la lealtad de estos candidatos esté orientada, en primer término, a defen-

der las consignas de quienes los escogieron.

Participación en puestos de gobierno.

La toma de conciencia étnica de los mexicano norteamericanos y la traducción de ésta en diversas formas de organización política durante los sesentas, dio como resultado un -- cierto incremento en la representación de este grupo en puestos gubernamentales tanto por elección como por nombramiento.

Puestos de elección.-

Es indudable que durante los últimos veinte años se ha incrementado el número de mexicano norteamericanos que han sido -- electos a puestos de gobierno tanto a nivel nacional como es tatal, y no se diga local. A pesar de que esto ha ocurrido así, su participación en actividades gubernamentales es aún muy baja en comparación con el porcentaje de la población de los estados del suroeste que representan. Al igual que en -- otras formas de participación, el grado de representación va ría de acuerdo al estado que habitan. La Comisión de Dere-- chos Civiles publicó en 1980 los siguientes datos en cuanto a la participación de personas de apellido español en las ca sas bajas de los estados del suroeste.

Estado	Personas de apellido español	
	participación en la población	participación en la representación
Arizona	13.9%	10.0%
California	11.1	3.8
Nuevo México	31.9	31.4
Texas	18.4	11.2

Fuente: U.S. Commission on Civil Rights. Status of Minorities and Women, 1980, pp. 50-51.

Según reporta el mismo informe de la Comisión de Derechos Civiles, en el año de 1978, entre los estado del suroeste, California tenfa dos representantes negros en el senado (5.0%)., a la vez que tres personas de origen hispano (7.5%) estaban en la misma cámara. El mismo año, en el estado de Arizona habfa 5 (16.7%) hispanos de 30 en el senado del estado y ningún representante negro. En Nuevo México, en cambio, el senado estatal contaba con 13 (30.9%) miembros de origen hispano, ninguna representación de los negros y un (2.4%) representante indígena norteamericano. De todos los estados del suroeste, sólo California tuvo un porcentaje de representación de hispanos menor al de Texas. Este último estado tenfa en 1978 tres (9.6%) representantes al senado de apellido español, ningún representante negro y un total de representación minoritaria de 9.6% [Commission on Civil Rights 1980]. Esto da como resultado que Texas tiene el porcentaje de representación minoritaria más bajo de todos los estados del suroeste.

Participación en la burocracia.-

Otro punto de importancia para un grupo es la participación dentro de la burocracia. En un estado moderno, la burocracia sirve como fuente de innovación legislativa, a la vez -- que funge como árbitro en políticas y programas nacionales. Puede decirse que las personas en puestos de toma de decisión burocrática tienen mayores oportunidades de satisfacer o retardar las aspiraciones de su clientela política.

De hecho, puede decirse que las burocracias revis-- ten mayor importancia que el Congreso o la Presiden-- cia en términos de consecución o retardación de ob-- jetivos, en la misma medida en que poseen la necesi-- dad discrecional de administrar programas y políti-- cas en el ramo. Son, en realidad, las burocracias, las que llevan a cabo el trabajo de gobierno [Gómez R. 1977: 11].

Es de esperarse que si un sector de la sociedad no está representado en la diferentes instancias de la burocracia, - esos sectores no representados verán sus aspiraciones satis-- fechas notablemente más despacio de lo que lo serían en caso de estar representadas. Específicamente, mucho se ha dicho que los grupos marginales en los Estados Unidos, como son -- los negros, los mexicano norteamericanos y los indígenas nor-- teamericanos, no han satisfecho sus aspiraciones tan rápido como hubieran querido porque no han tenido la suerte de con-- tar con representación significativa en la burocracia nacio-- nal norteamericana [Gómez R. 1977: 12].

Es un hecho que los mexicano norteamericanos se encuen-- tran subrepresentados en los distintos niveles de la burocracia

cia norteamericana. Aun si se considerara que todas las personas de apellido español fueran de origen mexicano, éstas - no pasarían de representar más que un 0.6% del total de los burócratas norteamericanos [Gómez R. 1977: 15] -según indica el estudio elaborado por Rodolfo Gómez. Señala este autor - que en 1973, el censo manifestó que el 2.5% de la población total de los Estados Unidos era de origen mexicano. Debido a que el 57.2% del total de las personas de apellido español eran de origen mexicano, Gómez concluyó que los mexicano norteamericanos estaban únicamente representados en los altos - niveles de la burocracia en un 0.3% [Gómez R. 1977: 13-15]. el siguiente cuadro muestra claramente este fenómeno.

Departamentos o agencias gubernamentales (1973)
Empleadores de personas de apellido español

Departamento o agencia	No. de puestos	No. personas de apellido español
Oficina Ejecutiva del presidente.....	178	3
Departamento de Estado	305	3
Departamento del Tesoro	155	2
Departamento de Defensa	475	2
Departamento de Justicia	220	1
Departamento de Agricultura	491	1
Departamento de Comercio	583	1
Departamento del Trabajo	208	1
Departamento de Salud, Educación y Bienestar	561	4
Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano	278	4
ACTION	21	2
Comisión del Servicio Civil	111	1
Comisión para la igualdad de oportunidades de empleo	34	5
Comisión para el Comercio Interestatal	45	1

continuación

Departamento o agencia	No. de puestos	No. de personas de apellido español
Consejo Nacional de Consulta para la Educación de Niños Deshabilitados	7	1
Administración del pequeño negocio	55	1
Institución Smithseniana	61	1
Comisión de Derechos Civiles	<u>18</u>	<u>2</u>
Total (18 agencias)	3806	36

Fuente: Gómez, Rudolph. "Mexican Americans in American Bureaucracy", Mexican Americans: Political Power, Influence or Resource. 1977, p. 15.

Varios de los estudios hecho por la Brookins Institution [ver Stanley 1967], señalan las condiciones que se ha dado - en establecer para la reclusión de burócratas de alto nivel. Las principales tendencias que han aparecido a este respecto son necesariamente prohibitivas para la mayoría de los mexicano norteamericanos, y de no cambiar estos patrones de reclusión, pocas esperanzas tiene este grupo de estar mínimamente representado.

Es notorio que el suroeste norteamericano se encuentra subrepresentado en los puestos burocráticos del Ejecutivo -esto, incluyendo 'anglos-', principalmente en California y Texas, donde se encuentran concentrados los mexicano norteamericanos en mayor medida [Gómez R. 1977: 16]. Es innegable también que durante un largo periodo la gran mayoría de los ejecutivos políticos federales han procedido de ciudades grandes del Este. Han sido "muchachitos de ciudad grande del Es

te" [Stanley 1967: 13]. Se ha dado también que la mayoría - de estos altos funcionarios han asistido a escuelas particulares y han hecho sus estudios universitarios en las grandes ciudades norteamericanas de alto prestigio y reconocimiento. Una buena parte de éstos procede de Yale, Harvard y Princeton. "Las terceras partes de los ejecutivos políticos asistieron a escuelas de postgrado, y por lo general en las universidades de mayor renombre en el país" [Stanley 1967: 21]. Por lo general ha sucedido que los burócratas de alto nivel proceden de los estratos más altos de la escala ocupacional. - Se trata de funcionarios públicos, abogados, u hombres de negocios [Gómez R. 1977: 17]. "Los patrones ocupacionales de los ejecutivos políticos no son muy diferentes de aquellos - correspondientes a los senadores y congresistas. En Capitol Hill, las ocupaciones principales son el servicio público, - derecho, negocios, agricultura y enseñanza -en ese orden-" [Stanley 1967: 33].

Hemos visto, en este capítulo lo que ha sido la participación de los mexicano norteamericanos en los diferentes niveles de la acción política en los Estados Unidos. Se ha - podido apreciar que si bien es cierto que ha existido algún tipo de participación entre los mexicano norteamericanos casi desde el principio de su anexión, también se ha podido - apreciar que no es sino hasta hace muy poco tiempo que ésta toma magnitudes de importancia y se hace con alguna organización sistemática.

Los mexicano norteamericanos, como minoría, toman conciencia de su situación dentro de la sociedad norteamericana a raíz del movimiento iniciado por los negros, y al igual que otras minorías inician un movimiento con intención de modificar sustancialmente su condición. A partir de los sesentas se da un gran despliegue organizacional entre las diferentes agrupaciones de mexicano norteamericanos que se verían apagadas al poco tiempo. Sin embargo, si bien es cierto que la efervescencia duró poco, ésta tuvo ciertas consecuencias positivas para la situación política de esta minoría, sin que esto quiera decir que se encuentren cerca de conseguir la equidad política con respecto del grupo mayoritario de sus conciudadanos.

El aparato organizacional mexicano norteamericano se distingue por una gran fragmentación. Hasta el momento ha sido imposible darle unidad al universo de organizaciones mexicano norteamericanas. Por otro lado, al no tener unidad tampoco cuentan con un principio de totalidad amplio que dirija una estrategia a largo plazo.

Hemos visto que dentro de los mecanismos tradicionales de participación norteamericanos, los mexicano norteamericanos se encuentran sumamente subrepresentados, al igual que el resto de las minorías hispanas. Sin embargo, es de hacerse notar que en los últimos veinte años, su representación ha ido creciendo, aunque de manera lenta. Por último, se nota que al elevarse su nivel general de vida, como de hecho ha ocurrido en los últimos años, también se ha elevado su nivel de participación electoral.

CONSIDERACIONES FINALES

La población de origen mexicano en los Estados Unidos se ha mantenido, a lo largo de su historia, en una situación de subordinación y marginalidad con relación al resto de la sociedad norteamericana. Varios son los factores que han coadyuvado a que esto ocurra así. Entre éstos se cuenta como principal las condiciones mismas de su incorporación a la sociedad estadounidense. La población de origen mexicano en los Estados Unidos se originó a raíz de la anexión de los territorios mexicanos en 1848. Desde ese momento los intereses económicos que impulsaron la expansión norteamericana han decidido la suerte de los mexicano norteamericanos. El Estado norteamericano, supuestamente representante de todos los sectores de la sociedad, ha intervenido únicamente para preservar el estado de cosas que mantiene subordinada a la minoría mexicano norteamericana.

La población de origen mexicano en los Estados Unidos, históricamente, ha tenido asignada una posición claramente establecida dentro de la sociedad norteamericana. Aparece como población colonial por conquista y es mantenida como población colonial por segregación. Es incrementada por un constante flujo migratorio que ha tendido siempre a satisfacer las necesidades de mano de obra barata que requieren los

grupos económicos importantes en los Estados Unidos. Si bien es cierto que existen mexicano norteamericanos de todas las clases sociales, también lo es que la inmensa mayoría se encuentra concentrada en los estratos más bajos de la escala social norteamericana como claramente se puede observar en el capítulo tres. Por otro lado, es innegable que en cada uno de los diferentes estratos sociales en que se encuentran situados, los mexicano norteamericanos son víctimas de prejuicio y discriminación por su origen nacional.

La minoría mexicano norteamericana tienen ciertas propiedades distintivas que la han diferenciado del resto de las minorías norteamericanas. Si bien es cierto que ha seguido muchas de las normas de conducta de todas las minorías norteamericanas igualmente en desventaja, las características de su origen nacional le han dado un estatus muy particular dentro de los Estados Unidos. Casi todas las minorías norteamericanas han padecido discriminación durante sus primeros años en el país. Sin embargo, les ha sido posible asimilarse de una u otra forma al grueso de la sociedad norteamericana. Para la minoría de origen mexicano, la geografía ha dispuesto que esto no ocurra así. El inevitable contacto que esta minoría tiene con su país de origen por encontrarse del otro lado de la frontera, y el constante fenómeno de re-troalimentación de nuevos miembros que se da con la migración de mexicanos a Estados Unidos, ha dado como consecuencia que se preserven culturalmente como una minoría. El hecho de compartir una cultura común da pie para pensar en la posibi-

lidad de superar la heterogeneidad que, por otro lado, ha -- distinguido a los miembros de esta minoría.

La discriminación racial y étnica ha estado presente a todo lo largo de la historia de los Estados Unidos, y no es sino hasta la década de los años sesentas que se inició un - esfuerzo sistemático por parte de estas minorías subordinadas por cambiar el orden de cosas que les mantenía en sujección. Es a la luz de la efervescencia de movimientos sociales que se dieron durante esta década que toman lugar los movimientos sociales étnicos, entre ellos el llevado a cabo -- por la minoría mexicano norteamericana.

Existen evidencias de intentos organizativos tendientes a mejorar las condiciones de vida de los mexicano norteamericanos registradas desde el momento de la anexión de los territorios del suroeste. Sin embargo, se trata de esfuerzos aislados, muy locales, mismos que no llegaron a alcanzar mayor trascendencia ni resultados efectivos para mejorar las condiciones generales de vida de los mexicano norteamericanos en los Estados Unidos. Es hasta mediados de los sesentas que se da todo un despliegue organizacional que tendría como consecuencia una serie de cambios de cierta importancia en este sentido.

En el capítulo cuatro de este trabajo se presenta una breve revisión de lo que ha sido la experiencia participativa mexicano norteamericana tendiente a cambiar sus condiciones de vida. Se hace notar en qué forma aparece la conciencia étnica y el reconocimiento a la necesidad de organización

política para este fin.

Es indudable que las condiciones de vida de los mexicano norteamericanos han mejorado considerablemente en los últimos veinte años como bien se puede notar en los capítulos tres y cuatro. Los indicadores socioeconómicos se muestran notablemente mejorados en relación a sus niveles anteriores, pero muestran aún un considerable atraso en relación al grueso de la sociedad norteamericana. En términos de la apertura al espacio político al que tradicionalmente se les había tenido constreñidos, es notoria, también cierta mejoría. --- "La lucha chicana ha afectado a empleos y salarios, cultura, modos de vivir, relaciones familiares y política [...]. Las ganancias concretas significan que los chicanos vivan mejores vidas en lo social y lo económico" [Maciel 1981: 195].

Sin embargo, aún cuando es cierto que los despliegues organizacionales iniciados en los sesentas trajeron resultados positivos para la minoría mexicano norteamericana, no se puede decir que exista entre ésta un movimiento social fuerte, bien consolidado y con expectativas de seguir creciendo y fortificarse. Hemos visto cómo lo que pareció ser un movimiento social con futuro más bien resultó ser un reflejo de la organización de otros grupos adaptado a una minoría con necesidades organizacionales. La falta de homogeneidad e identificación de sus miembros con el grupo tuvieron como consecuencia la paulatina desmantelación del desplante organizacional. No se puede hablar de que haya existido nunca unidad en el liderazgo del movimiento representativo de la

minoría mexicano norteamericana. Tampoco se puede hablar de alguna organización que lograra unificar por completo los intereses y expectativas defendidas por el mundo de organizaciones que se propagaron en este periodo. Se trata más bien de un conjunto de esfuerzos independientes y mal coordinados que difícilmente pueden constituir un movimiento social que logre realmente promover una acción social significativa y eficiente en términos de la consecución de los objetivos o expectativas del grupo poblacional de origen mexicano.

Los principios de identidad, oposición y totalidad como se dan en el que sería el movimiento social mexicano norteamericano no son suficientes para conseguir una acción colectiva que logre movilizar a la mayoría de miembros de la comunidad mexicano norteamericana. Vimos de qué manera la identidad étnica entre la población de origen mexicano en los Estados Unidos lejos de constituir un elemento de cohesión social entre quienes pertenecen a este grupo, constituye un elemento de controversia. Tampoco se puede decir que exista un principio de oposición bien establecido y universalmente reconocido por las diversas facciones que constituyen el universo organizacional de los mexicano norteamericanos. En lo que se refiere al principio de totalidad, el problema es más serio aún ya que cada pequeña o grande organización responde a los intereses muy próximos de sus representados y pocos ejemplos se han dado de estrategias a largo plazo con visión de cambios estructurales amplios. Tenemos así que la organización que logró constituirse con mayor fuerza y durabili-

dad ha sido el sindicato dirigido por César Chávez, que, como sindicato que es, sus logros reales no pueden ir muy a -- fondo en el problema real que ha mantenido a la minoría mexicano norteamericana (así como a otras minorías) en la sujección. El Partido de la Raza Unida pudo haber sido la organi zación con un principio de totalidad suficientemente amplio como para poder dirigir a la minoría mexicano norteamericana por un camino si no más exitoso, cuando menos si más lejos - del error. Sin embargo, su periodo de vida, así como el de su éxito fueron demasiado efímeros para poder hacer elucubra ciones al respecto. La fuerza de la tradición política nor teamericana fue más fuerte y los repentinos adeptos al Parti do de la Raza Unida volvieron a las filas demócratas casi -- por completo.

Hemos visto que aún dentro del Partido Demócrata se encuentran subrepresentados, aunque es cierto que su represen tación nominal ha mejorado considerablemente en los últimos años. Cabe mencionar, sin embargo, que se trata de represen tación meramente para cubrir el requisito. Los candidatos supuestamente mexicano norteamericanos son por lo general -- personas de apellido español pero elegidos por 'anglos'. Tam poco se puede decir que el incremento en las posiciones de este tipo significan necesariamente la posibilidad de mejo ría para la comunidad mexicano norteamericana como un todo.

En términos generales, se puede decir que, a pesar de - que los resultados obtenidos por las organizaciones mexicano norteamericanas han sido muy limitados y de que poco a poco

se ha logrado en el incremento de la participación política mediante las vías tradicionales netamente norteamericanas, la minoría mexicana norteamericana posee el potencial necesario para llegar a imponerse como la primera minoría nacional en los Estados Unidos en un futuro no lejano. Como mencionamos en el capítulo tres, el crecimiento demográfico de este grupo étnico permite predecir que en un lapso mediano de tiempo llegarán a sobrepasar a la minoría negra en cuanto al número. El bajo promedio de edad de sus miembros permite predecir -- una tasa de fertilidad aún mayor para un futuro próximo, lo que hace pensar en un reforzamiento aún mayor de su elevada tasa de crecimiento. Se deja ver, también, que si bien es cierto que aún se encuentran constreñidos como grupo a los niveles más bajos de las escalas ocupacional, salarial y educativa, también lo es que su situación en términos absolutos ha mejorado considerablemente en los últimos años. Les falta mucho para alcanzar al promedio de la población norteamericana mayoritaria, pero no se puede negar que ha habido mejoría relativa. Es bien sabido que los bajos niveles de participación política, así como la indolencia por estos asuntos se da por regla general entre los estratos de la población de menor estatus, ingreso y nivel educativo, es de esperarse por lo tanto que en la medida en que estos aspectos -- continúan mejorando para la minoría mexicana norteamericana, sus niveles de participación política también se incrementen y esto redunde en la toma de conciencia de la necesidad de acción colectiva realmente fuerte. Sin embargo, mientras es

to no se dé, no puede dejar de reconocerse que las posibilidades de acción política de la minoría mexicana norteamericana son aún muy limitadas.

BIBLIOGRAFIA

- Acuña, Rodolfo [1981]. Occupied America. A History of Chicanos. 2nd. ed., New York: Harper & Row.
- Alcorta, Joe H. [1977]. "The Role and Responsibility of the Mexican American in Politics" in Frank L. Baird (ed), Mexican Americans: Political Power, Influence or Resource. Lubbock, Texas: Texas Tech University (Graduate Studies no. 14).
- Almond, Gabriel and Verba, Sidney [1965]. The Civic Culture. Boston: Little, Brown and Co.
- Alvírez, David [1979]. "Demographic Trends of Chicanos in Texas, 1950-1970" en Melville, Margarita & Castillo Pharriss, Hilda eds. Reflections of the Mexican Experience in Texas: a symposium sponsored by Texas Committee for the Humanities and Mexican Americans Studies Program, Houston Texas: University of Houston.
- Ambrecht, Biliiana C.S. [1976]. Politicizing the Poor. The Legacy of the War on Poverty in a Mexican American Community. New York: Praeger Publishers.
- Baird, Frank L. [1977]. "The Search for a Constituency: Political Validation of Mexican American Candidates in the Texas Great Plains" en Mexican American Political Power, Influence or Resource. Lubbock, Texas: Texas Tech University (Graduate Studies no. 14).
- Barrera, Mario [1979]. Race and Class in the Southwest: a theory of racial inequality. Notre Dame, Ind.: University of Notre Dame.
- [1977]. "Colonial Labor and theories of inequality: the case of International Harvester" en Perspectives in Chicano Studies (Papers presented at the third annual meeting of the NACSS), Los Angeles, CA: Chicano Studies Center Publication, UCLA.
- Bell, Daniel [1981]. "Ethnicity an social change" en Glazer & Moynihan (eds), Ethnicity. Theory and Experience, Cambridge MA: Harvard University Press.
- Bilbao, Elena y Gallart, Ma. Antonieta [1980]. Los Chicanos Segregación y Educación, México: CIESAS (Centro de Investigaciones Superiores en Antropología Social) y Nueva Imagen.

- Blauner, Robert [1972]. Racial Opression in America. New York: Harper & Row.
- Boniach, E. [1979]. "The Past, Present and Future of Split Labor Market Theory" en Research in Race and Ethnic Relations, C.B. Marlett (ed), Greenwich, CT: JAI Press.
- [1972]. "A Theory of Ethnic Antagonism: the -- Split-Labor Market" en American Sociological Review V. 37, No. 5.
- Bullock, Paul [1970]. "Employment Problems of the Mexican - American" en Burma (ed), Mexican Americans in the United States, A reader. Cambridge MA: Schenkman Publishing Co.
- Burma, John H. [1970a]. "A Comparison of the Mexican American Subculture with the Oscar Lewis Culture of Poverty-Model", en Mexican Americans in the United States. A Reader, Cambridge MA: Schenkman Publishing Co.
- [1970b]. "Introduction" en Burma (ed) Mexican Americans in the United States. A Reader. Cambridge MA: Schenkman Publishing Co.
- [1970c]. "Social and Political Behavior", en Burma (ed), Mexican Americans in the United States. A Reader. Cambridge, MA: Schenkman Publishing Co.
- Bustamante, Jorge Agustín [1982]. "Síntesis preparada para el Lic. Miguel de la Madrid sobre población mexicano -- norteamericana en los EE.UU.", México, mimeo.
- [1979a]. "Emigración indocumentada a los Estados Unidos" en Indocumentados, mitos y realidades. México: El Colegio de México.
- [1979b]. "Las propuestas de política migratoria en los Estados Unidos y sus repercusiones en México", en Indocumentados, mitos y realidades. México: El Colegio de México.
- [1978]. La inmigración indocumentada en los debates del Congreso de los EE.UU., Encuesta Nacional de Emigración a la Frontera Norte del País y a los EE.UU.. México: Secretaría del Trabajo y Previsión Social (Estudios I).
- [1976]. "El Movimiento Chicano y su relevancia para los mexicanos" en Contemporary Mexico, Papers of the IV International Congress of Mexican History. James Wilkie (ed), Los Angeles CA: UCLA, Latin American Center.

- [1975a]. "Chicanos: biografía de una toma de conciencia", en Cuadernos Políticos, México (Oct/Dic).
- [1975b]. "Espaldas mojadas: materia prima para la expansión del capital norteamericano", Cuadernos del CES, No. 9, México: El Colegio de México.
- [1973]. "El 'espalda mojada', Informe de un observador participante", en Revista de la Universidad, Vol 27, No. 6 México: UNAM.
- Camarillo, Albert [1979]. Chicanos in a Changing Society, Harvard MA: Harvard University Press.
- Cárdenas, Gilberto [1980]. "The Economics of ilegal immigration in the 1980's". Seminario de México y EE.UU. sobre migración indocumentada. México: CEESTEM.
- [1977]. "Los desarraigados: chicanos en la región del medio oeste de los Estados Unidos", en Maciel, David (comp). La otra cara de México: el pueblo chicano. México: El Caballito.
- Cervantes, Fred A. [1976]. "Chicanos Within the Political Economy: some Questions Concerning Pluralist Ideology, Representation an the Economy", en Aztlán, V 7, No. 3
- Cornelius, Wayne A. [1981]. "Migración, la política mexicana de desarrollo y el futuro de las relaciones entre México y los EE.UU.", en Ciencia y Desarrollo, No. 39, Año VII, México: CONACYT.
- [1979]. "La nueva mitología de la emigración indocumentada mexicana a los Estados Unidos" en Indocumentados, Mitos y Realidades, México: El Colegio de México.
- Chapa, Evey & Gutiérrez, Armando [s.f.]. "Chicanos in Politics. An overview and a case study" en Perspectives in Chicano Studies (Paper presented at the Third Annual Meeting of the NACSS). Los Angeles CA: Chicano Studies Center Publications, UCLA.
- Dahl, Robert [1956a]. A Preface to Democratic Theory. Chicago: University of Chicago Press.
- [1956b]. "Hierarchy Democracy and Bargaining in Politics and Economics" en Political Behavior: A Reader in Theory and Practice, Heinz Eulau (ed), Glencoe, Ill: The Free Press of Glencoe.
- De la Garza, Rodolfo [1980a]. "Chicanos & U.S. Foreign Policy: the future of Chicano-Mexican Relations", en The Western Political Quaterly, Utah: University of Utah.

- [1980b]. "Chicano-mexican relations: a Framework for Analysis", Texas: University of Texas, mimeo
- [1979]. "The Politics of Mexican Americans" en Trejo, Arnulfo (ed), The Chicanos: As We See Ourselves. Tucson, Arizona: The University of Arizona Press.
- [1977]. "Mexican-American Voters: A Responsible Electorate" en Frank L. Baird (ed), Mexican Americans: Political Power, Influence or Resources. Lubbock, Texas: Texas Tech University (Graduate Studies No. 14).
- Díez-Cañedo, Juan [1980]. "La migración indocumentada a Estados Unidos: un nuevo enfoque", Seminario de México y EE.UU. sobre migración indocumentada. México: CEESTEM, mimeo.
- Fernandez, Raúl [1980]. "La frontera y más allá. Indocumentados y Chicanos", en Barkin (ed). Las Relaciones México-Estados Unidos. México: UNAM y Nueva Imagen.
- Flores, Esteban T. "The immigration crisis and the repression interphase: a salient issue for the chicano community in the 1980's", Seminario de México y EE.UU. sobre migración indocumentada. México: CEESTEM, mimeo.
- Foley, Douglas; Mota, Glarice; Post, Donald; Lozano, Ignacio [1977]. From Peones to Politicos: Ethnic Relations in a South Texas Town, 1900-1977. Austin, Texas: Center for Mexican American Studies of the University of Texas at Austin.
- Forbes, Jack D. [1970]. "Mexican Americans" en Burma (ed) Mexican Americans in the United States. A Reader. Cambridge MA: Schenkman Publishing Co.
- Fredrickson, George [1982]. White Supremacy. A Comparative Study in American and South African History. New York: Oxford University Press.
- Frisbie, Parker [1973]. "Militancy among Mexican Americans High School Students" Social Science Quarterly, Vol 53, No. 4, Texas: University of Texas, Austin.
- Gándara, Arturo [1979]. "Chicanos y Extranjeros ilegales. La conjunción de sus derechos constitucionales frente al Estado norteamericano" en Indocumentados: mitos y realidades. México: El Colegio de México.
- García, Chris [1973]. "Orientation of Mexican American and Anglo Children Toward the United States Political Commu-

- nity" en Social Sciences Quaterly, V. 53, No. 4.
- García, John A. [1981]. "Yo soy mexicano... Self-Identity and and Sociodemographic Correlates" en Social Sciences Quaterly V. 62, No. 1.
- García, Richard A. [1977]. The Chicanos in America. 1540-1974; A Cronology. New York: Oceana Publications Inc.
- [1974]. La Causa Política. A Chicano Political Reader. Notre Dame IN: University of Notre Dame Press.
- Gerth, H.H. & Mills, C. Wright (eds) [1948]. From Max Weber: Essays in Sociology. New York: Oxford University Press.
- Glazer, Nathan; & Moynihan, Daniel (eds) [1981]. Ethnicity Theory and Experience, Cambridge MA: Harvard University Press.
- Gómez, Rudolph [1977]. "Mexican Americans in American Bureaucracy" en Frank L. Baird (ed) Mexican Americans: Political Power, Influence or Resource. Lubbock, Texas: Texas Tech University (Graduate Studies No. 14).
- Gómez Quiñones, Juan & Maciel, David [1981]. Al norte del Río Bravo (Pasado lejano) (1600-1930). México: Siglo XXI (Historia del Movimiento Obrero No. 16).
- Gómez Quiñones, Juan & Arroyo, Luis Leobardo [1978]. Orígenes del movimiento obrero chicano. México: Era (Serie popular No. 64).
- Gómez Quiñones, Juan [1977]. "La lucha política" en Maciel, David (comp). La otra cara de México: El pueblo chicano. México: El Caballito.
- Gómez Quiñones, Juan & Ríos Bustamante, Antonio [1977]. "La comunidad mexicana al norte del Río Bravo" en Maciel, David (comp.). La otra cara de México: el pueblo chicano. México: El Caballito.
- Gordon, Milton M. [1981]. "Toward a General Theory of Racial and Ethnic Group Relations" en Glazer and Moynihan (eds) Ethnicity. Theory and Experience. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Grebbs, Leo (et. al) [1970]. The Mexican American People; the Nation's Second Largest Minority. New York: Free Press.
- Gusfield, John R. [s.f.]. "Estudio de los Movimientos Sociales en Movimientos Sociales. Enciclopedia de la Ciencias Sociales, V. VII, México: Aguilar.

Gutiérrez, Armando [1980]. "Hispanics and the Sunbelt" en Dissent. New York: Foundation for the Study of Independent Social Ideas Inc.

----- [1979]. "Chicano Political Strategies" en Melville, Margarita & Castillo Pharriss, Hilda (eds). Reflections of the Mexican Experience in Texas. Symposium sponsored by Texas Committee for the Humanities and Mexican Americans Studies Program, Houston, Texas: University of Houston.

Gutiérrez, José Angel [1980]. "Apuntes sobre la historia de relaciones entre grupos chicanos y el primer mandatario de México: 1972-1980". Seminario de México y EE.UU. sobre migración indocumentada. México: CEESTEM, mimeo.

Hechter, Michael; Friedman, Debra & Appelbaum, Malka [1982]. "A Theory of Ethnic Collective Action" en International Migration Review, V. XVI, No. 2

Hechter, Michael [1978]. "Group Formation and the Cultural Division of Labor", American Journal of Sociology V. 84 No. 2.

Hernández, José; Estrada, Leo; Alvírez, David [1973]. "Census Data and the Problem of Conceptually Defining the Mexican American Population" en Social Science Quarterly, V. 53, No. 4.

Hernández, Norma [1979]. "The education of the Mexican American. A Continuing Aspiration" en Melville, Margarita & Castillo Pharriss, Hilda (eds), Reflections of the Mexican Experience in Texas. Symposium sponsored by Texas Committee for the Humanities and Mexican American Studies Program, Houston, Texas: Univeristy of Houston.

Horowitz, Donald L. [1981]. "Ethnic Identity" en Glazer & Moynihan (eds). Ethnicity. Theory and Experience. Cambridge MA: Harvard University Press.

"Introducción" [1980] al Seminario de México y EE.UU. sobre migración indocumentada. México: CEESTEM, mimeo.

King, Allan [1979]. "El efecto de los inmigrantes ilegales sobre el desempleo en los Estados Unidos" en Revista Mexicana de Sociología, V. XLI, No. 4, México: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

López y Rivas, Gilberto [1979]. Conquest and Resistance: the Origins of the Chicano Minority, Palo Alto CA: R & E Research Associates, Inc.

----- [1971]. Los Chicanos: una minoría nacional explotada. México: Nuestro Tiempo.

- Lozano, Diana [1970]. "Historical Perspective" en The National Principal, V. L, No. 2. Washington: National Association of Elementary School Principals, National Education Association.
- Maciel, David [1981]. Al norte del Río Bravo (Pasado Inmediato) (1930-1981). México: Siglo XXI.
- [1980]. "Hispano Political Views Toward Mexican Immigration to the United States". Seminario de México y EE.UU. sobre migración indocumentada. México: CLESTEM, mimeo.
- [1977]. La otra cara de México: el pueblo chicano, México: El Caballito.
- Maciel, David y Bueno, Patricia (eds) [1976]. Aztlán: Historia Contemporánea del pueblo chicano. 1910-1972. México: Secretaría de Educación Pública (Colección Sep-Setentas).
- Maciel, David & de los Ríos, Patricia [1977]. "Capitalismo y opresión: la situación económica" en Maciel, David (comp.). La otra cara de México: el pueblo chicano. México: El Caballito.
- Marden, Charles F. & Meyer, Gladys [1968]. Minorities in -- American Society. New York: American Book.
- McWilliams, Carey [1972]. Al norte de México: el conflicto entre 'anglos' e 'hispanos'. México: Siglo XXI.
- Melville, Margarita (ed) [1980]. Twice a Minority: Mexican American Women. St. Louis Missouri: The C.V. Mosby Company.
- Milbrath, Lester W. [1965]. Political Participation: How and Why Do People Get Involved in Politics?. Chicago: Rand McNally.
- Mills, Wright C. [1956]. The Power Elite. New York: Oxford University Press.
- Montiel, Miguel [1977]. "Un perfil del pueblo chicano" en Maciel, David (comp). La otra cara de México: el pueblo chicano. México: El Caballito.
- Moore, W. Joan [1972]. Los mexicanos de los Estados Unidos y el Movimiento Chicano. México: Fondo de Cultura Económica.
- Morales, Patricia [1980]. "Migración y desarrollo". Seminario de México y EE.UU. sobre migración indocumentada. México: CLESTEM, mimeo.

- Myrdal, Gunnar [1962]. An American Dilemma. New York: Pantheon
- Nic, Norman H.; Powell, G Bingham Jr.; Prewitt, Keneth [1969]. "Social Structure and Political Participation: Developmental Relationship, Part I & II" en American Political Science Review, V. 63.
- Nimetz, Matthew [1978]. "U.S.-Mexican Relations and the Indocumented Alien Problem" en Current Policy, No. 46; Department of State, Bureau of Public Affairs, Office of Public Communication.
- Omvedt [1973]. "Towards a Theory of Colonialism" en Insurgent Sociologist.
- Parsons, Talcott [1981]. "Some Theoretical Considerations on the Nature and Trends of Change of Ethnicity" en Glazer & Moynihan (eds). Ethnicity. Theory and Experience. Cambridge MA: Harvard University Press.
- Parenti, Michael [1970]. "Power and Pluralism: A view from the Bottom" en Journal of Politics, V. 32.
- Peñalosa, Fernando [1971]. "Hacia una definición operante de lo mexicano -norteamericano". Apéndice I en López y Rivas, Gilberto. Los chicanos: una minoría nacional explotada. México: Nuestro Tiempo.
- [1970]. "The Changing Mexican American in Southwestern California" en Burma (ed), Mexican Americans in the United States. A Reader. Cambridge MA: Schenkman Publishing Co.
- Pinkney, Alphonso [1970]. "Prejudice Toward Mexican and Negro Americans: A Comparison" en Burma (ed), Mexican Americans in the United States. A Reader. Cambridge MA: Schenkman Publishing, Co.
- Rico, Carlos [1980]. "Trabajadores indocumentados y capacidad negociadora global del gobierno norteamericano: una propuesta para su análisis". Seminario de México y Estados Unidos sobre migración indocumentada, México: CEES-TEM, mimeo.
- Rivera, Vidal [1970]. "The Forgotten Ones: Children of Immigrants" en The National Principal, V. L, No. 2, Washington: National Association of Elementary School Principals, National Education Association.
- Rochin, Refugio J. [1973]. "Economic Deprivation of Chicanos Continuing Neglect in the Seventies" en Aztlán. (Primavera 1973).

- Rodríguez Huerta, Rosa Elisa [1981]. "Organizatividad socio-política de la comunidad mexicano-estadounidense: características y tendencias hasta 1970" Mimeo.
- Sheldon, Paul [1970]. "Mexican American Formal Organizations" en Burma (ed), Mexican Americans in the United States. A Reader. Cambridge MA: Shenkman Publishing Co.
- Stanley, Daird T; Mann, Dean E; Doig, Jameson W. [1967]. Men Who Govern: A Biographical Profile of Federal Political Executives, Washington, D.C.: The Brookings Institution.
- Touraine, Alain [1978a]. Introducción a la Sociología. Barcelona: Ariel.
- [1978b]. Las sociedades dependientes. México: Siglo XXI.
- [1973]. Production de la société. Paris: Editions du Seuil.
- [1969]. La Sociedad Post-Industrial. Barcelona: Ariel.
- Trejo, Arnulfo D. (ed) [1980]. The Chicanos: as we see Ourselves. Tucson, AZ: University of Arizona.
- United States Commission on Civil Rights [1980]. Status of Civil Rights in Texas, V. I: A Report on the Participation of Mexican Americans Blacks and Females in the Political Institutions and Processes in Texas 1968- 1978; (enero de 1980).
- United States Department of Commerce. Bureau of the Census. [1979a]. Current Population Reports. Population Characteristics. Series P-20, No. 356. "Education Attainment in the United States: March 1979 and 1978".
- [1979b]. "Persons of Spanish Origin in the United States: March 1971 (Advance Report)". Current Population Characteristics. Series P-20, No. 347, (Octubre 1979)
- [1979c]. "Voting and Registration in the Election of November 1978". Current Population Reports, Population Characteristics. Series P-20, No. 344, (Septiembre 1979)
- [1979d]. "Persons of Spanish Origin in the United States. March 1978". Population Characteristics. Current Population Report. No. 39, (Junio 1979)
- [1979 e]. "Persons of Spanish Origin in the United States: March 1979 (Advanced Report)". Current Population Reports. Population Characteristics. Series P-20 No. 347, (Octubre 1979).

- [1978]. "Population Profile of the U.S. Current Population Reports. Series P-20, No. 324, (Abril 1978).
- [1974]. 1970 Census of Population: Characteristics of the Spanish Surname Population by Census Tract for SMSA, in New Mexico. (Abril 1974).
- United States Commission on Civil Rights [1978]. Social Indicators of Equality for Minorities and Women (Agosto 1978).
- United States News and World Report (1981) "1980 Census Advance Report".
- Vázquez Mantecón, Carmen [1981]. "Indocumentados: ¿guerra -- práctica?", en Barkin (et. al), Las Relaciones México-Estados Unidos. México: UNAM y Nueva Imagen.
- Weaver, Jerry L. [1977]. "Government Doctrine as a Component of Political Power" en Frank L. Baird (ed), Mexican Americans: Political Power, Influence or Resource. Lubbock, Texas: Texas Tech University (Graduate Studies No. 14).
- Welch, Susan; Commer, John; Steinman, Michael [1973]. "Political Participation Among Mexican-Americans: an Explanatory Examination" en Social Sciences Quarterly, V. 53, No. 4, (Marzo 1973).
- Wolfe, Alan [1973]. The Seamy Side of Democracy. New York: David McKay.
- Young, Crawford [1976]. The Politics of Cultural Pluralism, Madison, Wisconsin: The University of Wisconsin Press.
- Sazueta, Carlos H. (et. al) [1980]. "El mercado de trabajo norteamericano y los trabajadores mexicanos: algunos elementos técnicos y empíricos para su discusión". Seminario de México y EE.UU. sobre migración indocumentada. México: CRESTEM, Mimeo.